3 1761 09545100 1

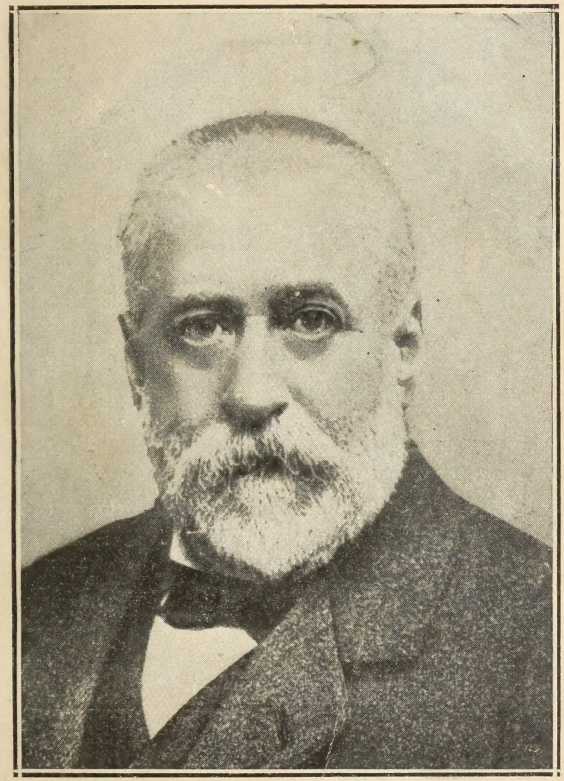
Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/menndezpelayo00antn

LUIS ANTÓN DEL OLMET
Y
ARTURO GARCIA CARRAFFA

LOS GRANDES ESPAÑOLES

MENÉNDEZ PELAYO



EX VOTO DE AMOR Y DE RESPETO QUE RINDEN ANTE LA IMAGEN DE UN COLOSO :::: ESPAÑOL, DOS PATRIOTAS ::::

LOS GRANDES ESPAÑOLES

VOLUMEN VIII

LS
M5427

LUIS ANTÓN DEL OLMET
Y
ARTURO GARCIA CARRAFFA

LOS GRANDES ESPAÑOLES

MENÉNDEZ PELAYO

EX-VOTO DE AMOR Y DE RESPETO QUE
RINDEN ANTE LA IMAGEN DE UN COLOSO
:::: ESPAÑOL, DOS PATRIOTAS ::::

292202
10. 33
16

MADRID
IMPRENTA DE JUAN PUEYO
Mesonero Romanos, 34.
1913

Para D. GONZALO CEDRÚN DE LA PEDRAJA y D. ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN, con nuestra gratitud y nuestro cariño.

MENÉNDEZ PELAYO

El primer cerebro crítico del orbe. Una montaña inmensa que se alza como baluarte, guardando los prestigios de la raza. Algo que nos enorgullece porque fué nuestro, español, neta y soberbiamente español. Tal ha sido en la tierra y será para la inmortalidad D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Capítulo primero.

La cuna del maestro.

Los padres.—Los abuelos.—La fe de bautismo.—A la escuela.—Los primeros profesores.—El «fenómeno» asombra.—Precauciones de la madre.—Ambiente de literatura.—Los «sabios de la Abeja».

Don Marcelino Menéndez Pelayo, murió todavía joven. Había nacido el día 3 de Noviembre de 1856. Tenía, pues, cincuenta y seis años cuando falleció. ¡Cincuenta y seis años de labor incesante, consagrados al estudio y á la producción, sin descansos ni placeres, casi hasta sin amores; años de fecundidad maravillosa, que nos han dejado la gloria de un nombre y la ventura de unos libros, pero que acabaron pronto con aquella naturaleza sometida al despotismo del talento! Menéndez Pelayo fué como un mártir. Patriota, quiso pensar, sentir y escribir por todo un pueblo. En el atraso intelectual de su país, don Marcelino luchó por miles de hombres dormidos. Fué como el general que ofrece su pecho para enardecer á las tropas desalentadas. Y así, como un caudillo, pereció el maestro con la sublimidad de un héroe.

Nació Menéndez Pelayo en Santander, cuna de otros muchos ilustres varones, junto al mar.

Fueron sus padres D. Marcelino Menéndez Pintado, asturiano, persona cultísima, catedrático de Matemáticas del Instituto de Santander, y doña María Jesús Pelayo, santanderina, dama de grandes virtudes y de clara inteligencia. Abuelos paternos, don Francisco Antonio Menéndez y doña Josefa Pintado; maternos, D. Agustín Pelayo y doña María Josefa de España.

Bautizósele en la catedral de Santander el día 5 de Noviembre del 56, siendo padrinos su abuelo paterno y su abuela materna.

He aquí, reproducida al pie de la letra, la fe de bautismo.

DON AMALIO CERECEDA, CURA ECÓNOMO DE LA PARROQUIA DE LA CATEDRAL DE ESTA CIUDAD

CERTIFICO: Que al folio 84 vuelto del libro 52 de bautismos se halla la partida siguiente: Marcelino Valentín Menéndez, "A cinco de Noviembre de mil ochocientos cincuenta y seis, yo, D. Pablo de la Lama Roiz, Presbítero Cura Ecónomo de la Santa Catedral de Santander, bauticé solemnemente en ella y unjí con los sagrados Oleos y Crisma, á Marcelino Valentín que nació en esta Ciudad á las siete de la mañana del día tres del mes actual, hijo legítimo de D. Marcelino Menéndez, natural de la Villa de Castropol en Asturias, y de D.ª María Jesús Pelayo, natural y vecinos de esta Ciudad de Santander: Abuelos paternos, D. Francisco Antonio Menéndez, natural de San Julián de Lavandera, en el Concejo de Gijón, y D.ª Josefa Pintado, natural de

la Ciudad de Oviedo: Abuelos maternos, D. Agustín Pelayo, natural de Santa María de Tezanos, en el Valle de Carriedo, y D.ª Maria Josefa de España, natural de de la Ciudad de Palencia: fueron padrinos, D. Francisco Antonio Menéndez, y D.ª María Josefa de España, abuelo paterno y abuela materna, á quien advertí lo necesario; y para que conste lo firmo dicho día mes y año.—*D. Pablo de la Lama y Roiz*".

Es copia que concuerda á la letra con su original.—Santander á diez y nueve de Septiembre, año del sello.—*Amalio Cereceda.*

Derechos doce rs. gratis

Hay un sello que dice: Parroquia de la Catedral, Santander.—Timbre del Estado, Sello 11.°, Año 1874, 50 céntimos de peseta.

Comenzó D. Marcelino á estudiar las primeras letras en una escuela particular de Santander, dirigida por D. Víctor Setién y Zubieta, auxiliándole, como pasantes, D. Lope Zubieta y D. Marcelino Santa María.

Don Gonzalo Cedrún de la Pedraja, que asistió á esta misma escuela y que era amigo inseparable de D. Marcelino desde la infancia, contó en un folleto, publicado á raíz de la muerte del maestro, que Menéndez Pelayo, sin dejar de ser afectuoso y expansivo con sus compañeros de colegio, denotaba por entonces cierta gravedad algo melancólica, impropia de sus pocos años.

Rara vez tomaba parte en los juegos con que se divertían otros niños. Su afición favorita era ya la

lectura, hasta el punto de que doña Jesusa, su madre, tuvo que tomar precauciones para que no se pasase las noches leyendo á la luz de los cabos de vela sobrantes.

En aquellos días, á juicio de sus infantiles compañeros, Marcelino era ya un *fenómeno*

Aprendió las primeras letras con una rapidez maravillosa. Había instantes en que los maestros contemplaban con asombro á aquel párvulo que á diario daba muestras de una inteligencia potente, de un cerebro privilegiado, cerebro de penetración, de taladro, de concepción rapidísima y exacta.

Pensaban sus profesores que por muchas horas que estudiara, que por mucha atención que en las explicaciones pusiera, no era posible que avanzase tan vertiginosamente en los conocimientos. Sin embargo, la realidad se imponía.

Según declaración propia, Menéndez Pelayo aprendió á leer *casi en el libro "Escenas Montañesas", de Pereda.*

Había desechado los sencillos manuales de la escuela, para recrear su fantasía de niño en la prosa castiza del autor de *Sotileza.*

Esas *Escenas* fueron dadas á luz el año 1864, antes de que don Marcelino cumpliese los ocho años. Algunas se publicaron en un periódico de Santander, y allí, sin duda, fueron leídas por el precoz parvulito.

Titulábase ese periódico *La Abeja Montañesa*, y todos los redactores, entre los que se encontraba D. José M.ª Pereda, á quienes el público designaba con el nombre de *los sabios de la Abeja*, eran amigos de la familia de Menéndez Pelayo, como el maestro

lo confirmó al pronunciar el discurso en el acto de descubrir el monumento á Pereda, en aquella hermosísima invocación:

—Tú, mi inmortal amigo, *amigo de los de mi sangre antes que yo naciese...*

Don Marcelino trataba entonces á todos los redactores de *La Abeja*. Atentamente oíales discutir sobre arte, sobre letras. Y así, en un ambiente de literatura, comenzó á desenvolverse su vida genial, gloriosísima.

Capítulo II

El bachillerato

Los que alentaron al genio.—La librería de Fabián.—A caza de libros.—El catedrático de latín.—El alumno humanista.—Un obsequio de Posada Herrera.—Surge el poeta.—"Yo guardo con amor un libro viejo".—¡Ergo conclusus!—La hoja de estudios.

En 1866, es decir, cuando tenía diez años, comenzó D. Marcelino á cursar el bachillerato en el Instituto de Santander.

Estos estudios superiores le alentaron en sus aficiones literarias.

Mucho influyó también en éstas su tío carnal don Juan Pelayo y España, médico notable y hombre aficionadísimo á las Letras y á las Artes.

No era literato de profesión. De vez en cuando escribía en algún periódico ó versificaba por donaire. Pero su palabra pintoresca, ingeniosísima, era de las que más entretenía á los concurrentes á los cenáculos de *La Abeja*.

Los redactores y colaboradores de este periódico, entre ellos D. Juan Pelayo, solían reunirse en la librería de Fabián Hernández (editor del famoso

Menéndez Pelayo cuando tenía quince años.

Libro Becerro de las Behetrías de Castilla), y á esta librería acudía también D. Marcelino en las horas que las clases y los estudios le dejaban libre.

Mientras los allí reunidos charlaban, el pequeño alumno no cesaba de escudriñar en los estantes con curiosidad insaciable. Constantemente veíasele buscando libros, que ávido leía después arrebatándoles la entraña.

Mucho influyó también en su vocación, contribuyendo á desarrollar sus innatas facultades, su catedrático de latín D. Francisco M. Ganuza, bajo cuya docta dirección adquirió D. Marcelino tal conocimiento de la lengua latina, que llegó á poder escribirla en prosa y verso con gran facilidad.

Opiniones tan autorizadas como la del Sr. Cedrún de la Pedraja, afirman que Menéndez Pelayo manejaba el latín en aquellos días como un humanista del Renacimiento, y eso fué antes que nada en el orden del tiempo, un humanista cristiano como aquellos del siglo XVI, á quienes luego tanto ensalzó al exponer el tema elegido para el segundo ejercicio de sus célebres oposiciones á la cátedra de Historia Crítica de la literatura española.

En aquellos días, el abogado santanderino don Tomás C. Agüero, amigo del padre de D. Marcelino, presentó á éste á D. José Posada Herrera, y el ilustre latinista quedó tan admirado de los conocimientos que de dicha lengua poseía Menéndez Pelayo, que le regaló una edición microscópica de los tres poetas eróticos latinos, Cátulo, Tibulo y Propercio, en un solo y pequeñísimo volumen, obsequio que D. Marcelino agradeció mucho, llevándolo en el bolsillo del chaleco para leer en los viajes.

¡Siempre fué decidida la admiración del maestro por los poetas latinos!

En ellos encontró la inspiración soberana de sus primeros versos, que comenzó á escribir cuando cursaba la carrera de Filosofía y Letras en Barcelona. Entre las obras que más acarició siempre, figuraba, en primer término, un libro viejo de Horacio. En su hermosa *Epístola* al poeta latino, que publicó el 28 de Diciembre de 1876, palpitaba ese amor intensamente.

¿Quién no recuerda con placer aquellas primeras estrofas que por sí solas hacían la reputación de un vate?

Repitámoslas, lector, nuevamente.

«Yo guardo con amor un libro viejo,
de mal papel y tipos revesados,
vestido de rugoso pergamino;
en sus hojas, doquier, por vario modo,
de diez generaciones escolares,
á la censoria férula sujetas,
vese la dura huella señalada.
Cual signos cabalísticos, retozan
cifras allí de incógnitos lectores;
en mal latín sentencias manuscritas,
escolios y apostillas de pedantes,
lecciones varias, apotegmas, glosas,
y pasajes sin cuento subrayados;
y *addenda*, y *expurgada* y *corrigenda*,
todo pintado con figuras toscas,
de torpe mano, de inventiva ruda,
que algún ocioso en solitarios días
trazó con tinta por la margen ancha
del tantas veces profanado libro.»

Y ahora, tras esta breve digresión, que ampliaremos en otras páginas, volvamos á la época en que estudiaba el bachillerato.

Contó también el Sr. Cedrún de la Pedraja, que no alcanzaron tanto ascendiente en D. Marcelino las doctrinas de su profesor de Psicología, Lógica y Ética, D. Agustín Gutiérrez, afiliado á la escuela ecléctica de Cousín. Y añadía:

"El Sr. Gutiérrez había escrito un *Curso de Filosofía*, que Fray Zeferino González consideraba como uno de los mejores tratados elementales que en su tiempo corrían por las aulas; pero Marcelino, respetando mucho al autor, le tachaba, sin embargo, de excesivamente retórico y poco preciso. No sé si en busca de mayor precisión, ó simplemente por satisfacer su afán de leerlo todo y por el gusto de comparar las diversas doctrinas, hubo de unir al estudio del libro de texto la lectura de las obras de Balmes, por lo menos, quien como es sabido, siguió la dirección de la *Escolástica*, pero libremente, separándose en cuestiones muy importantes de la ortodoxia tomista.

¿Acaso en estas lecturas y estudios de su infancia habrá de encontrarse el germen de algunas opiniones filosóficas posteriores de Menéndez?"

Cuando se llegaba á cierta altura del curso, don Agustín Gutiérrez acostumbraba á distribuir á los alumnos en trincas, dando á cada cual un tema para que lo desarrollase por medio de un discurso escrito, á cuya tesis habían de hacer objeciones los contrincantes, en forma silogística.

Un día tocóle disertar á D. Marcelino, y como su fama de estudiante aprovechado era notoria entre todos los escolares del bachillerato, se llenó el aula, figurando entre los concurrentes muchos alumnos que aún no estudiaban Filosofía.

El disertante mantuvo como tesis la inmortalidad del alma, y todos sus condiscípulos y amigos se quedaron pasmados al verle, con los papeles arrollados en la mano, recitar en latín, á guisa de tema, un larguísimo párrafo de las *Tusculanas*, de Cicerón, pertinente al caso.

D. Marcelino no contaba aún más que trece años.

Pero al llegar á los argumentos, debió sufrir alguna distracción y hubo un instante en que no supo continuar.

¡Ergo conclusus!, exclamó su adversario con la voz tonante y triunfadora que era de rigor en tales casos. Por el momento no pasó nada más. Pero testigos mayores de toda excepción aseguraron que, al terminar la clase, se había visto á Marcelino llorar de rabia y darse materialmente de cabezadas contra las paredes del patio. Aquella fué la primera derrota que sufrió Menéndez Pelayo.

Su carrera, en general, fué una serie de triunfos.

¡Ya lo creo! Al hacerse bachiller en 1871 era un verdadero erudito. No tenía, claro es, un conocimiento tan cabal ni una visión tan comprensiva del Arte y de la Literatura como más tarde llegó á poseer.

Le faltaba para eso, entre otras cosas, el conocimiento del Griego. Entonces no se estudiaba en el bachillerato. Pero el latín, el único elemento filológico que entonces podía manejar, lo dominaba completamente.

Para que el lector pueda formar idea de la brillantez conque Menéndez Pelayo cursó el bachillerato, publicamos á continuación su hoja de estudios.

Dice así:

DON JOSÉ ESCALANTE Y GONZÁLEZ, LICENCIADO EN CIENCIAS, CATEDRÁTICO POR OPOSICIÓN DE LA ASIGNATURA DE HISTORIA NATURAL, ENCARGADO DE LA DE FISIOLOGIA É HIGIENE Y SECRETARIO DEL INSTITUTO PROVINCIAL DE SEGUNDA ENSEÑANZA Y PRIMERA CLASE DE SANTANDER

CERTIFICO: Que D. Marcelino Menéndez Pelayo, natural de Santander, provincia de Santander, previas las formalidades legales, ha ganado, mediante examen, las asignaturas de segunda enseñanza, que, así como el tiempo y forma en que lo ha verificado, se expresan á continuación:

En el año académico de mil ochocientos sesenta y seis á mil ochocientos sesenta y siete, cursó y probó en este Instituto con las notas de "Sobresaliente" las asignaturas de primer año de Latín y Castellano y Doctrina cristiana é Historia sagrada; habiendo obtenido el Premio ordinario en las dos.

En el de mil ochocientos sesenta y siete á mil ochocientos sesenta y ocho, íd., íd., en el mismo con las notas de "Sobresaliente" las asignaturas de segundo año de Latín y Castellano y Doctrina cristiana é Historia sagrada, obteniendo en ambas el Premio ordinario.

En el de mil ochocientos sesenta y ocho á mil ochocientos sesenta y nueve, cursó y fué "Aprobado" en las asignaturas de Retórica y Poética, Geografía, Historia de España y Aritmética y Álgebra; habiendo obtenido en pública oposición el Premio ordinario, en las cuatro.

En el año académico de mil ochocientos sesenta y

nueve á mil ochocientos setenta, cursó en este Establecimiento, las asignaturas de Psicología, Lógica y Ética, Fisiología é Higiene, Historia universal y Geometría y Trigonometría, habiendo sido "Aprobado" en las cuatro y obteniendo el Premio ordinario en las tres primeras.

Renunció hacer la oposición que había solicitado al Premio ordinario de la asignatura de Geometría y Trigonometría por ser su Señor Padre uno de los Jueces que componía el Jurado.

En el de mil ochocientos setenta á mil ochocientos setenta y uno cursó y fué "Aprobado" en las asignaturas de Física y Química é Historia Natural, obteniendo el "Premio ordinario" en ambas.

El día veinte y seis de Junio último, practicó en este Instituto los dos ejercicios del grado de "Bachiller", los cuales le fueron "Aprobados por unanimidad".

El día veinte y ocho del mismo mes, obtuvo en pública oposición el Premio extraordinario del grado de Bachiller, en la Sección de Letras, en cuya virtud le fué expedido por esta Dirección el correspondiente Título.

Y para que lo haga constar donde convenga al interesado, expido, á petición suya, la presente, visada por el Sr. Director de este Establecimiento y sellada con las armas del mismo, en Santander, á diez y seis de Septiembre de mil ochocientos setenta y uno.

V.° B.°, El Director, *Agustín Gutiérrez*.—El Secretario, *José Escalante*.—Sin derechos.

Hay un sello que dice: Instituto provincial de segunda enseñanza de Santander.—Timbre del Estado, Sello 11.° Año 1874, 50 céntimos de peseta.

Capítulo III

La carrera de Filosofía y Letras.

El estudiante montañés marcha á Barcelona.—Un catedrático insigne.—Su admiración por el discípulo.—Dos cursos bien aprovechados.—A la corte.—El último año de la carrera.—Don Marcelino se licencia en la Universidad de Valladolid.—No se interrumpen los triunfos.

Don Marcelino Menéndez Pelayo, salió del Instituto de Santander el año de 1871 cargado de laureles académicos. Había obtenido premio en todas las asignaturas, excepto en la que explicaba su padre. No quiso presentarse á la oposición, por un rasgo de delicadeza.

También, como hemos dicho, alcanzó el premio extraordinario del grado de bachiller en la sección de Letras.

Conocía además á la perfección en aquella época el francés, el inglés y el alemán. Su traducción de Shakespeare, fué siempre insuperable.

Su elección de carrera, no dió lugar á dudas. La vocación del joven bachiller á las letras y á la filosofía, marcó el camino que había de seguir en tal sentido.

Fué á estudiar la carrera de Filosofía y Letras á Barcelona. Y fué, por dos razones. La primera, porque en la Ciudad Condal vivía, siendo profesor de aquella Universidad, D. José Ramón Luanco, erudito historiador de la alquimia española, paisano y gran amigo de su padre. El doctor Luanco fué el encargado de dirigirle y de tenerle por completo á su vigilancia y cuidados. La segunda razón de que marchase á estudiar á la capital de Cataluña, fué la de que no le agradaban las doctrinas racionalistas de algunos catedráticos de la facultad de Filosofía y Letras de Madrid.

Así, al comenzar el curso académico de 1871 á 72, aparecía en las calles de Barcelona el estudiante *montañesuco*, flaco y recio, de largas piernas y desairados modales, de gesto nervioso, rostro pálido, mirada inquietante y pronunciación trabajosa, que lo mismo recitaba largas tiradas de versos latinos y griegos, como disertaba sobre filosofía ó discurría con asombrosa clarividencia por el vasto campo de la Historia literaria.

En la Universidad hízose pronto famoso entre sus profesores y condiscípulos. El sabio catedrático Milá y Fontonals le adoctrinó y dirigió con espontáneo cariño. Enamorado del talento de su discípulo, fué para él un guía, un protector, un compañero; oíale suspenso y emocionado, porque adivinaba en él la cumbre y presentía al genio. Le ofreció su biblioteca y su experiencia, le inculcó un amplio concepto de la nacionalidad española, le alentó fervientemente en sus estudios é investigaciones y le inspiró el amor á la lengua y á las letras catalanas, que Menéndez Pelayo no perdió nunca.

Desde principios de curso fué discípulo predilecto, no sólo de Milá y Fontanals, sino de otros ilustres catedráticos, como Rubio y Ors, Díaz, Vidal, Bergues de las Casas, Garriga y Viscasillas.

Sus amigos íntimos eran Antonio Rubio y Lluch, Franquesa y Gomis, cuyos artículos publicados en la *Ilustración Catalana* en 1888, son dignos de consulta, Beltrán y Bros, Gres, Federico Schwarzt y Herminio Fornés, que le rodeaban á la salida de las aulas y le acompañaban á su casa, calle de San Miguel, número 2, piso tercero, domicilio del señor Luanco. Algunas veces daban frecuentes paseos por la carretera de Sarriá ó la muralla del mar, sitio éste predilecto de Menéndez Pelayo.

De esos íntimos del estudiante insigne, era el más fraternal y entrañable de don Marcelino, Antonio Rubio y Lluch, hijo del catedrático don Joaquín, y que en la misma Universidad de Barcelona ha sido dignísimo continuador de las glorias de su padre.

Antonio Rubio y Menéndez Pelayo, estaban perfectamente compenetrados. Sus aficiones, sus gustos, sus deseos eran idénticos. Su amistad estrechísima quedó sintetizada en un legajo de correspondencia no interrumpida durante treinta años, que constituye una colección de 110 cartas.

En aquella época, todos los domingos, invariablemente, comía Menéndez Pelayo en la casa de su profesor D. Joaquín Rubio. Allí, D. Marcelino y su amigo Antonio, resolvían innumerables consultas bibliográficas y literarias, suscitadas por la suprema afición que tenían á los libros. D. Joaquín, con paternal cariño y como profesor de ambos, aclaraba

muchas veces con su afabilidad sin límites las dudas de los escolares.

La vida de Menéndez Pelayo en la Ciudad Condal, fué una vida de estudio. Su único recreo era la lectura. Los lugares de esparcimiento de su espíritu las aulas, la biblioteca, la muralla del mar.

Dos cursos de la carrera de Filosofía y Letras estudió en la Universidad de Barcelona. En el primero ganó las asignaturas de Literatura general españolas, Literatura latina, y Geografía, con la nota de Sobresaliente, y la de Lengua griega con la de notablemente aprovechado.

En el segundo curso ganó las asignaturas de Historia universal, Literatura griega y Lengua hebrea, con las notas de aprobado, á pesar de ser aventajadísimo alumno, por haber suprimido don Manuel Ruíz Zorrilla, ministro de Fomento, toda otra clase de calificaciones.

Obtuvo también los premios extraordinarios de Literatura general y española, Literatura latina y Geografía.

También optó al premio de Lengua griega, en unión de D. Ramón Font y D. Andrés Badosa. Los ejercicios de D. Marcelino fueron aprobados, pero no se le concedió el premio, por no haber tratado bien el tema.

Don Manuel Rubio Borrás, bibliotecario archivero de la universidad de Barcelona, publicó no hace mucho un notable folleto recogiendo los cuatro trabajos con que optó Menéndez Pelayo á los citados premios y conquistando, como hemos dicho, tres de ellos.

He aquí los asuntos sobre que versaban:

"El Teatro Español" en Literatura General y Española; "Verbos en μι en Lengua griega; "La Tierra considerada como cuerpo celeste" en Geografía, y "Poetas Trágicos latinos, fijándose especialmente en los de la segunda época" en Literatura latina.

En estos trabajos reveló ya D. Marcelino sus aficiones á los asuntos á que más tarde habría de dedicar preferente atención.

"La erudición demostrada en los temas de Literatura española y Literatura latina—escribe en su folleto el Sr. Rubio y Barros—hizo adivinar esos grandiosos monumentos de crítica literaria que constituyen obras tan inmortales cual *La Novela entre los latinos*, *La epístola á Horacio*, *Las Antologías de Poetas Líricos Castellanos* y, en una palabra, su grandiosa Bibliografía, de cuyo estudio puede deducirse la apreciación de que sin literatura no hubiera existido Menéndez Pelayo, pero sin tan sabio polígrafo tampoco existiría aquélla. Él ha sido el encargado, con su asidua labor rebuscadora en archivos y bibliotecas, de divulgar y popularizar hasta los más desconocidos datos.

„Causa verdadero asombro leer su disertación acerca del tema de Literatura general "Teatro Español"; y nunca mejor aplicada que á Menéndez Pelayo la frase que éste dedica en dicho trabajo al Fénix de los ingenios, el gran Lope de Vega, del que dice "que era uno de esos genios que la Providencia concede algunos veces á las naciones».

„Para desarrollar con la extensión que lo efectúa aquel asunto, el detenimiento con que trata los orígenes del Teatro y su desenvolvimiento al través de las diversas épocas, el estudio que hace de Rodrigo

de Cota, Juan de la Encina, Lope de Rueda y Juan de la Cueva, el bosquejo de Lope de Vega, la riqueza bliográfica que le acompaña y las innumerables citas que aduce, sería necesario no un año de enseñanza universitaria y dos horas para escribirlo, sino largo tiempo de investigaciones literarias. Otro tanto puede decirse del tema de Literatura latina, sólido cimiento de erudición de cuantos estudios figuran relativos á este género literario en su extenso catálogo bibliográfico.

„La facilidad con que los ejecutó, se manifiesta de modo categórico en las cuartillas originales, en las que puede apreciarse la desenvoltura caligráfica y la carencia en absoluto de toda errata. ¡Hermosísimos manuscritos! Basta consignar, en prueba de lo expuesto, que la copia, hecha par hábil pendolista, para este folleto, invirtió algunas horas más."

El Sr. Rubio y Borrás considera también esos cuatro trabajos como los primeros en prosa que brotaron del ingenio del escolar insigne, lo cual avalora su importancia bibliográfica.

El tercer curso de la carrera no lo estudió, como equivocadamente han dicho algunos biógrafos de D. Marcelino, en la Universidad barcelonesa.

Lo cursó en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid.

Era aquel el curso académico de 1873 á 1874 y ganó las asignaturas de Historia de España y Estudios críticos sobre autores griegos, con la nota de aprobado.

Su vida en la corte fué muy retraída; una vida de trabajo, de estudio, de investigaciones.

Entre los empleados de la Biblioteca Nacional y

de los archivos, llegó á ser motivo de asombro la laboriosidad de aquel muchacho que permanecía horas y horas registrando infolios y manuscritos viejos con un ansia devoradora.

El 27 de Septiembre de 1874, obtuvo el grado de Licenciado en Filosofía y Letras.

En muchos escritos sobre el insigne maestro, se dice que esta licenciatura la hizo en Barcelona. No es cierto.

Se licenció en la Universidad de Valladolid el citado día.

A causa del anatema lanzado por D. Nicolás Salmerón el último día de curso prometiendo suspender á sus alumnos "por no haber sorprendido las sublimidades de la ciencia Kraussista" marchó á la vieja capital de Castilla y examinóse de Metafísica en su vetusta Universidad.

El ejercicio de Menéndez Pelayo causó la admiración del ilustre catedrático D. Gumersindo Laverde.

Ese cambio de Universidad en la forma por nosotros explicada, lo confirmó el propio D. Marcelino en una carta que el 5 de Octubre de 1874 dirigió á su íntimo amigo Antonio Rubio y Lluch.

Véase algo de lo que en esa carta decía el maestro:

"Empiezo por participarte que ya soy Licenciado en Filosofía y Letras, habiendo obtenido el título por premio extraordinario.

„Voy á explicarte cómo se ha verificado esto: Has de saber (¡oh amigo mío muy querido!) que deseando no tropezar con la falange Kraussista, que tantos malos ratos me hizo pasar en Junio, deliberé

buscar asilo en la Universidad Valisoletana y recibir en ella el título de Licenciado."

Constituído el Tribunal, sacó de la urna tres bolas. Salieron las de los números 1, 2 y 77, de las cuales eligió la del número 1 que contenía el siguiente tema: "Examen y juicio crítico de los Concilios de Toledo."

El ejercicio fué soberbio. El Tribunal otorgóle la nota de sobresaliente.

El 29 del mismo mes, hizo oposición al premio extraordinario del grado de Licenciado en Filosofía y Letras.

Para el discurso del opositor, señaló el Tribunal la siguiente tésis:

"Conceptismo, gongorismo y culteranismo.—Sus precedentes.—Sus causas y efectos en la Literatura española."

Esto ocurría á la una de la tarde. A las siete, después de haber permanecido incomunicado el opositor el tiempo que marca el Reglamento, compareció ante el Tribunal y leyó su trabajo. La lectura duró media hora. El discurso era hermosísimo. En votación secreta resultó agraciado por unanimidad D. Marcelino con el premio extraordinario de la Licenciatura.

Fué un triunfo completo. El estudiante montañés era un verdadero sabio en aquella época, sin que pueda existir sospecha de exageración alguna en tal adjetivo.

La Universidad de Valladolid, que recordó siempre con orgullo los brillantes ejercicios que en sus aulas hizo el escolar insigne al obtener el grado de licenciado en Filosofía y Letras, publicó, de una ma-

nera oficial, á raíz del fallecimiento de Menéndez Pelayo, el expediente académico de sus estudios.

De ese expediente están sacados algunos de los datos que figuran en este capítulo. Son exactísimos. Están comprobados de una manera minuciosa, por lo mismo que vienen á deshacer lamentables errores cometidos en casi todos los ligeros apuntes biográficos que sobre Menéndez Pelayo se habían escrito.

Estudiando en Madrid el último año de su carrera, dió el maestro una nueva prueba de su enorme cultura en un artículo, combatiendo ciertos juicios del notable crítico D. Manuel de la Revilla, sobre la publicación de cuatro obras inéditas de Cervantes que acababa de hacer D. Aureliano Fernández Guerra.

He aquí cómo D. Marcelino refería esto en esa misma carta que el 5 de Octubre de 1874 dirigió á su condiscípulo Antonio Rubió:

"Habrás visto, en el último de los artículos publicados en la *Miscelánea* (1), una invectiva feroz contra cierto D. Manuel de la Revilla, muy conocido entre los Kraussistas de Madrid. Tal vez te habrá sorprendido lo áspero y duro de la forma; pero me limitaré á decirte que dicho artículo está escrito en aquellos días de infausta recordación en que, como tú puedes comprender, estaba irritado y lleno de furor contra todo lo que oliese á Krauss y su escuela.....

(1) *Miscelánea Científica y Literaria*, periódico estudiantil de Barcelona, en el cual había publicado otros varios artículos D. Marcelino durante su permanencia en la Ciudad Condal.

"Por lo demás, ya sabes que no olvido aquello de "diligite homines, interficite errores" y que soy enemigo de la sátira acre y personal. La tomé con él como pudiera haberla tomado con cualquiera otro miembro de su abominable secta."

Por entonces concurrió D. Marcelino á un concurso de la *Ilustración Española y Americana*, obteniendo los tres premios ofrecidos á los tres mejores artículos.

Capítulo IV

De la vida en la Corte.

El último curso de la carrera.—La clase de Castelar.—Salmerón, imponente.—Un hallazgo feliz. El asombro de un académico.—El prestigio de don Marcelino.—Una solicitud famosa.

Hemos narrado, en conjunto, en el anterior capítulo, cómo cursó D. Marcelino la carrera de Filosofía y Letras y los éxitos que obtuvo.

Ahora queremos trazar algunos rasgos de aquel estudiante insigne; referir donosos episodios de su vida en la Corte durante el último año de su carrera y reflejar, contando interesantísimas anécdotas, la fama que tenía y el prestigio que gozaba, no sólo entre sus compañeros, sino entre los hombres más ilustres de la Corte.

Esos rasgos, esos detalles de la vida estudiantil del maestro durante el curso de 1873 á 1874, completarán el conocimiento de la colosal figura del estudiante santanderino.

Al llegar á Madrid, después de haber estudiado los dos primeros años de la carrera en Barcelona, se instaló D. Marcelino en una modesta casa de

huéspedes establecida en la calle de Silva, núm. 4 y reanudó su vida de trabajo y de estudio.

D. Emilio Castelar, que había vuelto á su cátedra después del golpe de Estado de Pavía, era profesor de Historia de Menéndez Pelayo y éste oía encantado sus explicaciones.

Esas explicaciones aprovechábalas en cierto modo D. Emilio para justificar su evolución política, y á este propósito relacionaba sucesos políticos de otros siglos con los que en aquella época se desarrollaban en España, para sacar las consecuencias que se proponía.

D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja, que estudiaba entonces la carrera de Derecho, pero que algunas veces asistía como oyente á la clase de Castelar para permanecer al lado de D. Marcelino, recuerda que Menéndez Pelayo descubrió al momento aquel afán del orador insigne de aprovechar las explicaciones en su cátedra para justificar su evolución política, y que en voz baja iba comentando las palabras de D. Emilio.

Un día comenzó Castelar la explicación diciendo: "La primera República francesa..."

Y Menéndez Pelayo añadió, dirigiéndose á los que le rodeaban: "Como si dijéramos española", demostrando con ello á sus condiscípulos que aun cuando el catedrático hablaba de hechos ajenos á España, referíase en un todo á sucesos acaecidos en nuestra Patria en aquella época.

También afirmaba Menéndez Pelayo que Castelar decía pocas cosas en sus explicaciones, pero las decía tan bien, que quedaban grabadas para siempre en el cerebro de sus discípulos.

Salmerón era el catedrático de Metafísica y asiduamente concurrió á esta clase Menéndez Pelayo. No dejó por ello de demostrar su repugnancia á las teorías racionalistas del profesor.

Combatiólas ardientemente en cuantas ocasiones pudo, sosteniendo muchas veces vivísimas discusiones. Pero, á pesar de esta enemiga sin límites á las tendencias del catedrático, era tan enorme el prestigio que D. Marcelino tenía entre los discípulos predilectos de Salmerón, que trataron de catequizarle y de llevárselo á su campo.

Tal propósito fué estéril. Menéndez Pelayo no cesó en sus convicciones. Y temeroso de que por esta causa le suspendiesen y le echaran un borrón en su hoja de estudios, fué por lo que marchó á Valladolid á examinarse de Metafísica y á realizar los ejercicios de la Licenciatura.

En Madrid, á pesar de todo, hubiera también triunfado. Su talento causaba la admiración de los hombres más ilustres.

He aquí un interesante episodio que descubre la sorpresa que en todos producía en aquella época la cultura enorme de Menéndez Pelayo.

Uno de los primeros literatos que conoció en Madrid D. Marcelino el año 74, fué el académico de la Lengua y sabio erudito D. Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar.

Las causas que dieron origen á esta amistad, son verdaderamente interesantes.

Seguía estudiando D. Marcelino en la Universidad Central el último curso de la carrera de Filosofía y Letras y vivía en la casa de huéspedes de la calle de Silva, núm. 4.

D. Leopoldo Augusto de Cueto había formado la colección de poetas castellanos del siglo XVIII, que constituye tres tomos notabilísimos de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.

En una de las notas de los volúmenes que hasta entonces iban publicados, manifestaba el coleccionador que, á pesar de las detenidas investigaciones y numerosas diligencias que había hecho, no le había sido posible encontrar ciertas poesías de un poeta de segunda fila del citado siglo. Este poeta creemos recordar que era Fray Jerónimo de los Agonizantes.

Es el caso que D. Marcelino, que había leído la citada colección, conocía la nota aclaratoria del marqués de Valmar. Y un día en que, como de costumbre, se encontraba estudiando y recogiendo apuntes en la sala de manuscritos de la Biblioteca Nacional, donde pasaba todas las horas que sus tareas escolares le dejaban libre, halló un legajo que guardaba las poesías que D. Leopoldo Augusto de Cueto no había tenido la satisfacción de encontrar.

Menéndez Pelayo devoró aquellos manuscritos, leyó las poesías y las analizó detenidamente. Acto seguido escribió una carta muy larga al marqués de Valmar, dándole detallada cuenta del hallazgo. Copiábale también estrofas de algunos de aquellos versos y se extendía en acertadas consideraciones críticas que acusaban una erudición y un talento extraordinarios.

Y fué tal la sorpresa que produjo en el ilustre académico la carta de D. Marcelino, que decidió en el acto visitarle para establecer con el autor estrechas relaciones literarias.

La persona que ha escrito esta carta—pensaba el marqués de Valmar—y que tan atinadas consideraciones críticas hace, tiene que ser, forzosamente, un hombre de extraordinaria erudición.

Y el ilustre académico no demoró la visita. Tomó el coche y se presentó en la casa núm. 4 de la calle de Silva, donde el insigne estudiante se hospedaba.

Salió á abrirle la puerta la patrona.

—¿Don Marcelino Menéndez Pelayo?—preguntó don Leopoldo Augusto de Cueto.

—No está.

—¿A qué hora volverá á casa?

—No tardará. Ha ido á clase.

El marqués de Valmar añadió, muy convencido:

—¡Ah! ¿Pero es catedrático?

—¡Ca! No, señor. Es un estudiante de diez y ocho años.

D. Leopoldo se quedó atónito. Creía que soñaba.

—¿Pero dice usted...?

—Sí, señor; es un estudiante muy joven—repitió la patrona.

Esta insistencia aumentó la perplejidad del señor Cueto.

¿Sería todo aquello una broma? ¿Era posible que un mozo de diez y ocho años hubiese escrito aquella carta? La cosa merecía la pena de ser aclarada y, decidido á ello, exclamó el académico:

—¡Voy á esperarle!

Condújole la patrona á la habitación de Menéndez Pelayo, y D. Leopoldo escudriñó la estancia ávidamente.

Era un cuarto pequeño, modestísimo. Unas sillas ordinarias, algunos cuadros, una mesa de es-

tudiante. Y sobre la mesa una docena de libros.

Esta contemplación aumentó en parte la perplejidad del marqués de Valmar. Se acercó á la mesa, tomó un libro, abriólo. Era la obra de un humanista. Repitió la prueba con otro volumen. Volvió á repetirla con otro y con otro y siempre con idéntico resultado.

No cabía ya duda. Aquel era el cuarto de estudio de un verdadero erudito. D. Leopoldo no salía de su asombro.

Al cabo de unos minutos penetró en la estancia D. Marcelino. Fué una escena interesantísima.

Menéndez Pelayo tenía entonces, como ya hemos dicho, diez y ocho años; pero como era su cara aniñada, su cuerpo delgado y su estatura más bien baja que alta, no representaba más de quince.

Se saludaron, se descubrieron y hablaron largamente de literatura, de poesía, del célebre hallazgo de D. Marcelino y de sus atinadas observaciones críticas. Y el marqués de Valmar quedó encantado. Desde aquel día no se cansó D. Leopoldo de alabar el talento de D. Marcelino. Le presentó á otras ilustres personas, le dió facilidades para sus estudios y fué uno de sus primeros y más desinteresados protectores.

Aquella amistad se estrechó de tal forma, que fueron después grandes amigos.

Cuando, años más tarde, vivía Menéndez Pelayo en la Academia de la Historia, iba á visitar con gran frecuencia al marqués de Valmar.

Este le regaló, en los últimos años de su vida, sus mejores libros y una hermosa colección de obras de arte que el Sr. Cueto había adquirido en Italia du-

rante el tiempo que allí desempeñó un cargo diplomático.

El año 74 entabló también Menéndez Pelayo relaciones de amistad con otras ilustres personas.

D. Gumersindo Laverde informó á D. Juan Valera de la valía de aquel joven estudiante.

Quiso conocerle Valera y tuvo con él una conferencia, donde pudo cerciorarse de que era maravilla de conocimientos, y no tardó en comunicárselo á D. Antonio Cánovas del Castillo. El ilustre estadista llamó á Menéndez Pelayo y tuvo con él otra larga entrevista, quedando también admirado de la portentosa erudición histórica, filosófica y literaria que poseía y que parecía imposible reunirse en una sola persona.

Entre los estudiantes madrileños era popularísimo el insigne polígrafo. Le admiraban y le querían. El trato afable y cariñoso de D. Marcelino le granjeó la simpatía de los escolares, aun cuando únicamente convivía con ellos en los claustros y en las clases de la Universidad. El resto del día pasábalo, alejado de sus compañeros, en las Bibliotecas y en los Archivos. No iba nunca á tertulias de café ni á los Centros de reuniones estudiantiles.

Pero sus compañeros, que le tenían por excelente camarada, acudían á él cuando les era necesario, seguros de que habría de complacerles.

Contaremos una anécdota que lo confirma.

En uno de los muchos alborotos estudiantiles que estallaron aquel año, fué detenido por la Policía un alumno de Medicina apellidado Toca, paisano del maestro.

Los estudiantes santanderinos se reunieron inmediatamente y acordaron dirigir una solicitud al gobernador civil, que lo era entonces, con un Ministerio de Sagasta, el Sr. Moreno Benítez, pidiendo la libertad del alumno detenido.

Pero la solicitud tenía que ir bien redactada. ¿Quién había de escribirla?

La solución fué inmediata: Menéndez Pelayo.

Acudieron á verle, y D. Marcelino se prestó á todo afabilísimo. Redactó la solicitud, se unió á sus paisanos y juntos se dirigieron al Gobierno civil para pedir la libertad de Toca.

En el Gobierno les recibió un señor de semblante hosco, ademanes bruscos y voz de trueno.

Les dijo que el gobernador no estaba en su despacho y que no los recibiría aunque estuviera, porque la autoridad civil no podía escuchar á estudiantes alborotados.

Fué tal el gesto, el ademán y la energía con que pronunció estas palabras el empleado del Gobierno, que la Comisión de estudiantes, con D. Marcelino á la cabeza, bajó más que deprisa las escaleras del edificio, sin haberse atrevido á hacer entrega de la solicitud que llevaba.

Capítulo V

El Doctorado.

En la Universidad Central.—Catedrático y amigo.—La Biblioteca de traductores españoles de lenguas clásicas.—Lectura de poesías en el Congreso.—El discurso del Doctorado.—El abrazo de Camús.

Al comenzar el curso de 1874 á 1875, volvió á la Corte D. Marcelino para estudiar en la Universidad madrileña el Doctorado de la carrera de Filosofía y Letras.

Se instaló de nuevo en su antigua casa de huéspedes de la calle de Silva, núm. 4, y reanudó su vida de trabajo y de estudio, de asistencia á las clases y de investigaciones en las Bibliotecas y Archivos.

Su presencia en la Universidad le valió muchos abrazos y enhorabuenas de sus condiscípulos, por la brillantez con que había hecho la Licenciatura en la Universidad valisoletana.

Sus nuevos profesores en las asignaturas del Doctorado tuvieron también para D. Marcelino las atenciones y los afectos que el insigne licenciado merecía.

El ilustre Amador de los Rios, catedrático de Historia crítica de la Literatura española, dispensó á Menéndez Pelayo, desde el primer día de curso, toda la intimidad de relaciones de un profesor que estima á su discípulo. Veíaseles con frecuencia pasear juntos, charlando sobre asuntos de Literatura.

D. Marcelino trabajaba sin descanso en aquellos días, no sólo en las asignaturas del Doctorado, sino también en su obra *Biblioteca de traductores españoles de las lenguas clásicas.*

Gran parte de esta *Biblioteca* está inédita.

La *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* ha publicado algo, pero con un plan distinto de como primeramente la escribió D. Marcelino.

El plan de su primera obra era el de un Diccionario bibliográfico, conteniendo á la vez extensas noticias biográficas de cada uno de los traductores, y atinadísimos juicios críticos. Y en la *Revista de Archivos, Bibliotecas* y *Museos* publicó únicamente el maestro la noticia bibliográfica ordenada de las traducciones, pero sin la biografía de los traductores. Eso es lo que permanece todavía inédito.

En su cuarto de la calle de Silva leyó Menéndez Pelayo muchas cuartillas de esa *Biblioteca* á su íntimo amigo D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja.

Un día fué llamado al Congreso, y en el despacho del presidente de la Cámara popular leyó á varios diputados escritores diversas composiciones poéticas y algunas traducciones griegas y latinas.

En aquel acto fué presentado á D. Emilio Castelar. Aunque el orador insigne había sido catedrático de D. Marcelino, no estaban unidos por relaciones particulares.

Castelar, que ya admiraba á Menéndez Pelayo, tuvo grandes elogios en aquel instante para su ilustre discípulo.

Este trabajo intensísimo y otros muchos que entonces realizaba, no impidieron que D. Marcelino hiciera el Doctorado con brillantez estupenda.

Obtuvo la nota de sobresaliente en todas las asignaturas. La tesis del discurso del Doctorado versó sobre "La novela entre los latinos".

Tan hermoso fué este trabajo, que D. Alfredo Adolfo Camús, catedrático de Literatura griega y latina, que presidía el Tribunal, le abrazó efusivamente al acabar de leerlo.

D. Marcelino no olvidó nunca aquella prueba de admiración y de afecto del profesor inolvidable.

Años después, siendo ya catedrático, dedicó un recuerdo sentidísimo á D. Alfredo al leer un discurso en el acto inaugural de un curso.

Decía Camús que raras veces había encontrado personas que participaran de su amor á la antigüedad clásica, y que una de ellas había sido Menéndez Pelayo.

Abrazo tan entusiasta á un discípulo insigne, habíalo dado únicamente D. Alfredo en otra ocasión, en otro examen de D. Emilio Castelar. Desde entonces, quizás, hasta que llegó D. Marcelino, no había vuelto á encontrar motivo Camús para demostrar de manera tan entusiasta su admiración por un discípulo.

Todos estos triunfos continuaron extendiendo la fama de D. Marcelino. Su prestigio era enorme. Su talento y su cultura motivaban el asombro de las gentes.

Pero Menéndez Pelayo, aunque el éxito le sonreía, no se detuvo un momento á descansar; ni siquiera hizo un alto para oir los ecos del elogio de la intelectualidad española.

Siguió estudiando día y noche, abriendo cauces más anchos al caudal de su erudición extraordinaria, escribiendo obras fundamentales que eran maravilla de todos.

Lector: en el siguiente capítulo te hablaremos algo de esa labor ciclópea.

Capítulo VI

Viajes por el extranjero.

Ampliando los estudios.—En Portugal.—Una pregunta de Latino Coelho.—La amistad de D. Marcelino con los literatos portugueses.—En Italia.—Tres meses en Roma.—Investigaciones afortunadas.—En otras ciudades.—Cartas á Pereda.—Durante los viajes.—Labor de D. Marcelino en Francia, Bélgica y Holanda. El regreso.

Acababa de doctorarse Menéndez Pelayo.

El Ayuntamiento y la Diputación de Santander le pensionaron para que ampliase sus estudios en el extranjero, y á esas pensiones agregó el Estado una subvención con igual objeto.

Primeramente marchó D. Marcelino á Portugal. Allí conoció y trató á varios hombres ilustres, entre ellos á Latino Coelho, quien le regaló la traducción que había hecho de la oración de Demóstenes *Pro Corona*.

Le preguntó á Menéndez Pelayo si estaba afiliado á la masonería, y D. Marcelino le contestó que no, de una manera definitiva.

Coelho le manifestó que á él no le había ido mal en ella.

Durante el tiempo que el insigne polígrafo permaneció en Portugal realizó detenidos estudios é investigaciones en las bibliotecas y archivos de Lisboa, Coimbra y otras poblaciones.

En el archivo de la Torre Do Tombo, que dirigía el erudito y novelista Antonio Oliveira Marreca, copió, entre otras cosas, el famoso proceso de *Damian de Goes*, protestante portugués del siglo XVI.

En las Bibliotecas de Lisboa y Coimbra encontró un buen número de obras desconocidas para los mismos bibliógrafos del país, y que omite Inocencio Silva en su gran *Diccionario*. Estos éxitos le valieron el respeto y los agasajos de los varones más ilustres de Portugal. Trabó amistad con el notable bibliógrafo Silva Tulio; con el distinguido helista D. Antonio José Viale, que puso en verso algunos cantos de los *Luisadas* de Camoens; con el hijo del poeta Antonio Feliciano de Castilho, literato también de gran nota; con Tomás Ribeiro, autor de *Don Jaime*, de la *Dephina do mal* y de otras obras muy inspiradas, pero de animosidad contra Castilla y de espíritu anti-ibérico, y con el Dr. Ayres de Gonvea, obispo electo de los Algarbes y traductor de las *Elegías de Tíbulo*.

Con gran acopio de datos regresó D. Marcelino á Santander, donde permaneció un mes al lado de sus padres.

Luego marchó á Italia. Permaneció tres meses en Roma registrando la Biblioteca Vaticana, la Casanatense, ó sea la de la Minerva, la Corsiniana, la Barberina, etc.

Sus trabajos é investigaciones tuvieron gran éxito. Descubrió documentos utilísimos, sacó copias

de códices olvidados, entre ellos el *De artificio omnis scibilis*, de Fernando de Córdoba, y encontró hasta catorce tratados inéditos de Arnaldo de Vilanova.

En la Biblioteca de Minerva fueron numerosos los documentos que halló acerca de la herejía de Miguel de Molinas. También encontró otros muchos libros inéditos de gran interés para la Historia de la Filosofía Española.

El ilustre filólogo y catedrático de lenguas y literaturas romances en la Universidad de Roma, Ernesto Monací, tributó á D. Marcelino cariñosa acogida y le felicitó por el resultado de sus investigaciones.

Asistió también Menéndez Pelayo á algunas cátedras, entre ellas, á la de Filosofía, de Mamiani, el más ilustre, en opinión de D. Marcelino, de todos los discípulos de Gioberti.

Ilustres personalidades de Roma quisieron presentar al Sumo Pontífice, que era entonces Pío IX, á Menéndez Pelayo. Negóse el maestro, y sólo como católico fué en tres distintas ocasiones á besar los pies del Papa.

Desde Roma marchó á Nápoles. Allí tenía un ilustre amigo, el bibliotecario de la Nacional, Fornari, con quien había cruzado correspondencia latina.

Era Fornari discípulo de Gioberti y uno de los mejores prosistas italianos.

Había escrito obras tan notables como *Del bello e de la poesía*, *Arte del dire y Vita de Jesu-Cristo*.

Creía Fornari que D. Marcelino era ya un hombre maduro, encanecido en el estudio, y al encontrarse

con que se trataba de un muchacho de diez y nueve años, experimentó una sorpresa inaudita.

En Nápoles encontró y copió el maestro, entre otras cosas, una carta inédita de Garcilaso y un cancionero de poetas castellanos del siglo XVI.

Trató también en Nápoles al Dr. Bohemer, que había publicado una bibliografía de protestantes españoles del siglo XVI.

Trasladóse después á la hermosísima Florencia, y asistió á la Escuela de Estudios superiores, de la que era catedrático Camporetti, eminente humanista, autor del *Virgilio en la Edad Media.*

En la biblioteca Magliabechiana descubrió un nuevo códice de las *Cantigas del Rey Sabio.* Continuó D. Marcelino su excursión por Italia. Visitó la melancólica Venecia, y encontró en la biblioteca de San Marcos el códice de las lecciones *de anima* dadas en Padua en los primeros años del siglo XVI por el profesor averroísta español Juan Montes de Oca.

Estuvo, por último, en Milán, y allí entabló estrechas relaciones literarias con P. Raina, que explicaba en la Universidad literaturas neo-latinas, y con el orientalista Antonio Ceriani, prefecto de la biblioteca Ambrosiana.

En Italia visitó también D. Marcelino los museos, pero según él mismo confesaba en unas cartas que escribió á D. José Maria Pereda y que se publicaron en aquellos días en una revista de Santander titulada *La Tertulia*, que editaba D. Francisco Azón, las artes plásticas le producían la emoción natural en todo hombre apasionado de la belleza, mas se veía obligado á contemplarlas de una manera pasiva.

Modestamente quería indicar con esto, que no poseía cualidades para juzgarlas, desde la altura del crítico.

Por esto, quizás, todas las cartas que escribió á Pereda y á otros íntimos amigos comunicándoles las impresiones de su viaje, versan principalmente sobre sus investigaciones y descubrimientos bibliográficos.

Las que se publicaron en *La Tertulia*, eran notabilísimas.

Con objeto de reprodueir en este libro algunos de sus párrafos, buscamos por cuantos medios tuvimos á nuestro alcance los números de la citada revista. Pero fué estéril nuestro propósito. Esos números están agotados de tal forma, que ni noticia se tiene de una persona que posea algún ejemplar.

Los instantes que sus investigaciones en las bibliotecas y archivos extranjeros le dejaron libres, los aprovechó maravillosamente D. Marcelino para realizar otros trabajos de gran importancia.

Mientras iba en ferrocarril de una población á otra, escribió varios de los artículos de la célebre polémica sobre la ciencia española que sostuvo con Revilla, Azcárate, Salmerón y Perojo, y que se publicaron en la *Revista Europea.*

Estaban escritas en forma de cartas dirigidas á D. Gumersindo Laverde. Una de ellas la empezó al salir de Venecia y la terminó durante el viaje á Milán.

En el siguiente capítulo te hablaremos, lector, de esa famosa controversia. Ahora sigamos relatando los viajes de D. Marcelino por el extranjero.

De Italia pasó á Francia, donde tuvo también benévola acogida.

En París hizo pronto amistad con varios ilustres literatos, especialmente con los que se dedicaban al estudio de la literatura española, como el conde de Puymaigre y M. Pecoul, que publicó poco después en una revista francesa un artículo encomiástico de D. Marcelino.

Visitó el maestro numerosas bibliotecas, descubriendo en la de Santa Genoveva, en la del Arsenal, en la Nazarina, y especialmente en la Nacional, documentos interesantísimos. En la última encontró y copió el tratado *de procesione mundi* del arcediano Gundisalvo, panteísta español del siglo XII, preciosa adquisición para quien, como Menéndez Pelayo, preparaba la *Historia de los Heterodoxos españoles*

Fué después á Bruselas, guiado en sus investigaciones por el archivero general Gachard, á quien debe nuestra historia del siglo XVI notabilísimas colecciones de documentos cemo *El retiro y la muerte de Carlos V*, y la obra *Don Carlos* y *Felipe II.*

Don Marcelino trabajó en la Biblioteca Nacional con verdadero éxito, sobre todo en la sección de manuscritos del duque de Borgoña, en la que posee la Universidad de Lovaina, y por último en la de Amberes. En esta última había una riqueza en libros españoles.

Visitó también Gante, Brujas y Lieja, realizando con gran fortuna nuevas investigaciones.

Trasladóse después á Holanda y allí conoció y trató al catedrático de la Universidad de Leyden Dozy, historiador de los árabes españoles.

En la biblioteca de esa Universidad realizó detenidos estudios.

Como no conocía el idioma del país, al llegar el primer día al edificio, se dirigió á un estudiante y le preguntó en latín dónde estaba la biblioteca. El escolar le contestó en la misma lengua y le acompañó bondadosísimo.

Fué también á Amsterdam, pero viendo que la biblioteca pública valía poco, regresó á Santander, satisfechísimo de su viaje. Su cultura había aumentado considerablemente.

Capítulo VII

Una polémica y una obra.

Artículos de lucha.—La ciencia española.—Contra los kraussistas.—La «Historia de los Heterodoxos españoles».

Hemos recordado en el anterior capítulo la célebre polémica que sostuvo D. Marcelino con los kraussistas durante la época que realizó sus viajes por el extranjero, y en éste nos corresponde referir sucintamente aquella famosa controversia, que proporcionó á D. Marcelino uno de sus éxitos más ruidosos.

D. Gumersindo de Azcárate había escrito en uno de los artículos que publicó en la *Revista de España*, sobre el *Self Government* y *La Monarquía doctrinaria*, el siguiente párrafo:

"Según que, por ejemplo, el Estado ampare ó niegue la libertad de conciencia, así la energía de un pueblo mostrará más ó menos su peculiar genialidad en este orden y podrá hasta darse el caso *de que se ahogue casi por completo su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos.*"

D. Gumersindo Laverde leyó estas líneas, y como

su salud no le consintiera refutarlas, encargó de hacerlo á Menéndez Pelayo. Hízolo así D. Marcelino en la *Revista Europea*, con argumentos tan decisivos en favor de la ciencia española, que sus contrarios dieron plenos poderes á D. Manuel de la Revilla, crítico ilustre, de reconocida agudeza y de entendimiento clarísimo, para que contestara á don Marcelino, cosa que hizo en la *Revista Contemporánea*, que dirigía Perojo.

Venía á decir Revilla que la filosofía española no tenía importancia, y que no era otra cosa que simple objeto de mera curiosidad por parte de D. Gumersindo Laverde y de Menéndez Pelayo.

Por aquí la emprendió D. Marcelino con Revilla, y fueron sus artículos tan notabilísimos y donosos, que no salieron bien parados de la lucha, ni Azcárate, ni Revilla, ni Perojo, que también terció en la polémica, aunque con poca fortuna, escribiendo artículos en la *Revista Contemporánea*.

Salmerón intervino también en la contienda y arremetió contra Menéndez Pelayo, sostenedor de que en otros tiempos valió más, harto más que en los que entonces corrían.

Hizo el catedrático de la Central toda clase de esfuerzos para salir airoso en su empresa; pero don Marcelino lo avasalló, como á los demás polemistas, con el torrente de su cultura y de su talento extraordinarios.

Y de todo ello resultó un desagravio á nuestro pasado intelectual, que había sido escarnecido y pisoteado por los kraussistas.

Un año después, en 1876, cuando tenía veinte años, publicaba en la *Revista Europea* el prólogo y

el plan de su famosa obra *Los heterodoxos españoles.*

Animóle á escribir ese monumento de la literatura patria el catedrático D. Gumersindo Laverde, y no pudo ser más resonante el éxito que obtuvo.

Desde el año 76 al 80 dió cima á la empresa, publicando en este último año y en el siguiente los tres tomos de su *Historia de los heterodoxos españoles.*

Varios capítulos del primer tomo de tan monumental obra los leyó D. Marcelino en las veladas literarias que se celebraban los jueves en la casa de Pidal.

Y así, con una obra tan definitiva, cuando todavía era un muchacho, se abrió el camino de la inmortalidad y de la gloria el maestro insigne.

Capítulo VIII

La cátedra.

La vacante de Amador de los Ríos.—Historia de una proposición de ley.—La edad de los opositores.—El tribunal.—Su oposición.—¿Tú qué temes?.—Un momento de ansiedad.—La cultura de D. Marcelino y el reloj de D. Juan Valera.—Dos ovaciones y una protesta.—Catedrático á los veintún años.

Había muerto Amador de los Ríos y había quedado vacante en la Universidad Central la cátedra de Historia Crítica de la Literatura Española.

Don Marcelino pensó desde el primer momento hacer oposición á ella; pero había una dificultad enorme que impidíale realizar tal propósito.

Ocurría esto el año 78. El insigne polígrafo tenía sólo veintiún años. La ley exigía veinticinco para poder presentarse á oposiciones á cátedras. El contratiempo parecía inevitable. Hubo, sin embargo, un medio de allanar la dificultad que se presentaba.

Don Marcelino era ya entonces una gloria de la patria. Hombres insignes contemplábanle con la admiración que se contempla al genio. Pidal y Cánovas del Castillo, que conocían todos los méritos

indiscutibles de Menéndez Pelayo y que consideraban obra de justicia dejar libre el paso á quien tan gloriosamente caminaba, celebraron varias conferencias en tal sentido y encontrraon, al fin, el medio de que pudiera acudir á la oposición de la cátedrá vacante.

Cánovas del Castillo era entonces presidente del Consejo de Ministros. Podía presentarse á las Cortes una proposición de ley rebajando á veintiún años la edad que se exigía para hacer oposiciones.

La idea fué acogida con cariño por eminentes hombres públicos.

¿Pero quién había de presentar al Congreso la proposición de ley? Era indudable que si la iniciativa partía de un diputado de la oposición, había de encontrarse más facilidades; y surgió ese diputado. Don Manuel Alonso Martínez era jefe del grupo parlamentario del centro. Este ilustre hombre público admiraba á Menéndez Pelayo y mantenía con él relaciones literarias, porque el maestro había corrido con la edición de unas traducciones de Tíbulo y Catulo, hechas por Pérez del Camino, pariente del célebre jurisconsulto y publicadas años antes.

Esa obra se imprimió en Santander, en los talleres de José María Martínez, pariente también de D. Manuel Alonso Martínez, y desde entonces databa la amistad del ilustre político con Menéndez Pelayo.

Así, pues, acogió con gran cariño la idea patrocinada por Pidal y Cánovas del Castillo, y encargó á D. Germán Gamazo, perteneciente al grupo parlamentario que D. Manuel dirigía, que presentase á las Cortes la proposición de ley proyectada.

Gamazo aceptó el encargo con mucho gusto. Era otro de los admiradores de D. Marcelino, y presentó la proposición apoyándola bravamente.

No fué empresa fácil conseguir lo que se buscaba.

Aun cuando la proposición tenía carácter general, hiciéronla bastante oposición.

Había algunos elementos del partido liberal que, por creer que favorecía á un ultramontano, la combatieron en la forma que les fué posible.

De otro lado, aparecía el interés particular. Don José Canalejas y Méndez había decidido tambien presentarse á la oposición á la cátedra. Canalejas tenía veinticinco años, y no necesitaba la reducción de la edad que la ley exigía. Esto no le traía ninguna ventaja. Traíale, en cambio, un rival formidable.

Tenía también muchos amigos diputados, porque entonces aparecía ya D. José como uno de los jóvenes más insignes de su tiempo, y era natural y lógico que defendieran su causa.

La campaña fué á la Prensa. *El Imparcial* y otros periódicos combatieron la proposición, y en las Cortes se la hizo una guerra sorda y decidida.

Nada consiguieron, sin embargo, los elementos oposicionistas que, en honor á la verdad, estaban en gran minoría.

La proposición de ley fué tomada en consideración; la comisión parlamentaria emitió dictamen favorable, y se votó y fué aprobada.

Esto irritó á algunos, y no faltó quien dijera que el presidente de la Cámara había alterado el orden del día, sometiendo á votación la citada proposi-

ción de ley en un momento en que había pocos diputados en la Cámara.

El tribunal para las oposiciones quedó formado por personas eminentísimas, entre los que figuraban D. Juan Valera, D. Manuel Milá y Fontanals, D. Aureliano Fernández Guerra, D. Manuel Cañete, D. Cayetano Rosell, D. Francisco Fernández y González y D. Tomás R. Rubi.

Y llegó el mes de Marzo del 78 y llegó el día en que le tocó á D. Marcelino hacer el primer ejercicio. Este ejercicio se celebró por la tarde en el Paraninfo viejo de la Universidad, y consistió en contestar á diez preguntas sacadas á la suerte.

Los opositores eran cuatro: Menéndez Pelayo, Canalejas, Sánchez Moguel y Milego, catedrático de Retórica y poética del Instituto de Toledo.

De todos ellos, la oposición que más interés despertaba era la de D. Marcelino, aun cuando no eran de nadie olvidados los grandes méritos que los demás reunían.

Y era lógico que tal cosa sucediese.

Después de almorzar, salió aquel día Menéndez Pelayo de su casa de huéspedes de la calle de Silva, en unión de su inseparable amigo D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja.

Don Marcelino iba muy afectado. Pálido, nervioso, exteriorizaba claramente la preocupación que sentía.

Su cariñoso compañero trató de darle ánimos. Según avanzaban en dirección á la Universidad, le preguntó D. Gonzalo:

—¿Tú que temes?

El maestro, sonriendo amargamente, le dijo:

—Temo que me falte la palabra. Si la oposición se hiciera por escrito, no temería á ninguno de mis contrincantes. Pero ellos tienen la seguridad de que les obedezca la palabra, y yo no.

Ya hemos dicho que D. Marcelino era algo tartamudo, y en aquella época esa tartamudez estaba más acentuada que en sus últimos años.

Llegaron á la Universidad y penetraron en el Paraninfo viejo. Era un local amplio, hermoso, en forma de rectángulo. Al fondo se alzaba el estrado donde se colocaba el tribunal. A poca altura del suelo extendíase un balconaje en forma de palco con barandilla de madera, y en ese balconaje sentábase el público en una sillería semejante á las que existen en los coros de las Catedrales. Abajo, varias filas de bancos, ocupaban todo el espacio que la plataforma para el tribunal dejaba libre.

Este Paraninfo tenía en la puerta un rótulo en el que leíase: "Aula número 8", y en él, durante el curso, se daban algunas clases.

Aquel día, á pesar de ser, como hemos dicho, un local espacioso donde cabía numeroso público, estaba materialmente ocupado por una concurrencia distinguida, formada, en su mayor parte, por escolares y hombres de ciencia. Había también muchas personas pertenecientes á distintas clases sociales que, atraídas por el talento y la fama de D. Marcelino, habían acudido á presenciar su oposición á la cátedra.

Menéndez Pelayo, con los demás opositores, tomó asiento en la plataforma á la izquierda del tribunal.

El acto comenzó en medio del mayor silencio. La expectación era grandísima.

De pronto, el secretario del tribunal llamó á Menéndez Pelayo.

Don Marcelino se puso en pie rápidamente, se persignó devotamente y avanzó nervioso y emocionado hasta la mesa. El público contemplaba la escena sin perder detalle. No se oía el más leve ruido.

Sacó la primera papeleta y la leyó con voz vibrante, pero muy alterada. El enunciado era: "Causas de la decadencia de la poesía lírica en España á fines del siglo XVII".

Después de leerla permaneció unos instantes mudo. La emoción de la concurrencia aumentó con ello. ¿Qué motivaba aquel silencio? ¿Se habría cortado? No era esto posible. ¿Meditaría el plan que había de seguir para desarrollar el tema?

Fué aquel un instante de ansiedad enorme. Al fin rompió á hablar D. Marcelino con rapidez vertiginosa, sin tartamudear una sola vez en un período larguísimo.

Su explicación era maravillosa. No se concretó á desenvolver el enunciado de la papeleta. Habló de la poesía italiana del Renacimiento y de los vicios de la poesía latina de la decadencia, amontonando datos interesantísimos, acusadores de una erudición extraordinaria, y haciendo consideraciones atinadísimas que patentizaban su formidable espíritu crítico.

Todas las ilustres personas que formaban el tribunal le oían asombrados. Hallábanse ante un caso insólito de talento y de cultura.

El público participaba del mismo asombro.

Un cuarto de hora se llevó explicando la primera papeleta y hubiera empleado mucho más tiempo

en hacerlo, de no haber sacado el reloj D. Juan Valera, que presidía el tribunal, y de no haberle advertido á D. Marcelino que las papeletas eran diez y no iba á quedarle tiempo para desarrollarlas.

Y así hubiera ocurrido si el insigne novelista, entusiasmado por la forma en que D. Marcelino contestó á las restantes preguntas, no se hubiese olvidado de volver á mirar el reloj.

Tocóle después hablar de San Eugenio, considerado como poeta.

Y hubo un momento interesantísimo.

Cuando catedráticos, público y escolares hallábanse deslumbrados por el portentoso talento del opositor, comenzó éste á recitar de memoria una poesía latina de San Eugenio, arzobispo de Toledo. La dijo con tan admirable entonación y firmeza, que al acabar resonó en el Paraninfo una ovación unánime, estruendosa.

Esto dió motivo á que los amigos de Canalejas buscaran para éste análogo éxito el día que le correspondió hacer el segundo ejercicio, que consistía en explicar una de las lecciones del programa presentado por el opositor.

Era el padre de Canalejas director de la Compañía del ferrocarril de Madrid á Ciudad Real, y don José desempeñaba el cargo de secretario general de la empresa, en el que prestó excelentes servicios. Tenían, pues, á sus órdenes, numerosos empleados, y muchos de éstos acudieron aquel día al Paraninfo de la Universidad, para provocar, durante la oposición de Canalejas, una salva de aplausos parecida á la que espontáneamente habíase tributado á don Marcelino.

Pero la cosa no salió tan á derechas como se perseguía.

Los estudiantes de las diversas facultades que venían asistiendo á los memorables ejercicios, observaron aquella tarde la presencia de personas que ni tenían aire de escolares, ni traza de hombres cultivadores de la ciencia.

Pronto corrióse la voz de que eran empleados de las oficinas del ferrocarril de Madrid á Ciudad Real, y adivinóse el propósito que á la Universidad les llevaba.

En efecto: durante el ejercicio de Canalejas, tuvo este brillante opositor un párrafo elocuente, y el momento fué aprovechado para la ovación preparada. No hubo, sin embargo, protestas. Sólo se oyó decir á un estudiante:

—¡Silencio, guardafrenos!

La lección que en el segundo ejercicio explicó D. Marcelino, versó sobre los humanistas del siglo XVI.

En el tercer ejercicio, que consistía en la defensa del programa y en argumentarse un opositor á otro, no hubo trinca. Como eran cuatro los opositores, fueron divididos en dos bincas: Canalejas y Sánchez Moguel, y Menéndez Pelayo y Milego. Este último opositor, aun cuando hombre de gran mérito, era mucho más flojo que sus contrincantes, y don Marcelino no le atacó muy directamente. Procuró más bien, con sus argumentos, combatir á los otros dos opositores.

La cátedra, por unanimidad, la ganó D. Marcelino y este fallo fué acogido por todos con gran aplauso.

Pusiéronse en juego toda clase de recomendaciones para que figurara en el primer lugar de la terna D. José Canalejas; pero el tribunal, recto y justo, colocó el primero á D. Marcelino, el segundo á Canalejas y el tercero á Sánchez Moguel.

La oposición de estos dos últimos había sido brillantísima. La de Menéndez Pelayo asombrosa. Tenía, pues, ganada la cátedra en buena liz.

¡Como que algunos de los ilustres hombres que constituyeron el tribunal, no tuvieron inconveniente en decir que D. Marcelino, en aquel ramo del saber, abarcaba más que ellos!

Así, de esta manera tan avasalladora, tan definitiva, lograba los triunfos el ilustre polígrafo.

Capítulo IX

Una aventura inaudita

La presentación de una dama y el ofrecimiento de un libro.—El mayor monstruo, los celos.—Ricardo Calvo, finge.—En el cuarto de don Marcelino.—A puñetazos dentro de un coche.—Una carta de protesta y una fábula ofensiva.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo estaba en pleno triunfo. Era catedrático de la Universidad Central; había publicado varias obras notabilísimas, entre ellas la monumental *Historia de los Heterodoxos españoles;* tenía la admiración de los hombres más ilustres de España; el aplauso popular extendia la gloria de su nombre; las miradas curiosas y admirativas de los transeuntes le seguían por donde pasaba, y en la Prensa, en las Academias, en las aulas, en el Ateneo, en todos los Centros de la cultura patria, lograba su labor, asombrosa y definitiva, el elogio de las voces más insignes y elocuentes.

¿Cómo no sentir admiración espontánea ante aquel muchacho que aún no había llegado á la mayor edad y que ya era una de las más legítimas glorias de España?

No habíase conocido caso igual. La gente estaba maravillada. La Patria orgullosa. El genio español contemporáneo había surgido imponiéndose á todo, iluminándolo todo con las luces de su mentalidad estupenda.

Al conjuro del nombre preclaro del joven insigne, se abrieron todas las puertas; las academias se aprestaron á recibirle en su seno; la política le buscó un puesto en la tribuna parlamentaria; la admiración de los vulgares le ofreció el homenaje de su cariño; la crítica de los escogidos, de los intelectuales, proclamó su triunfo; los halagos de la aristocracia le condujeron hasta la intimidad de sus salones.

Claro está que estos éxitos ruidosísimos no envanecieron al maestro. Su vida austera le apartaba de toda vanidad mundana. Dejose llevar únicamente por el vaivén del triunfo, sin pararse á contemplarlo, sin importarle gran cosa.

En las bibliotecas, en los archivos, en los viejos legajos y en las páginas amarillentas de libros pretéritos, encontraba su espíritu mayores atractivos.

Pero como no era tampoco hombre huraño, ni de temperamento excesivamente retraído, no desdeñó la acogida cariñosísima que la alta sociedad madrileña le tributara, y hubo de frecuentar durante algún tiempo los salones aristocráticos.

Y he aquí que esto dió origen á que la fantasía popular creara en torno de D. Marcelino ciertas aventuras donjuanescas.

Verdad es que no hubiéranle faltado ocasiones de intensos amoríos y que acaso hubo alguno que logró inspirarle estrofas bellísimas.

Reunía condiciones excepcionales para que la mujer no le desdeñara. Lejos de ello, en aquella época, como en ésta, como en todas, había espíritus femeninos que se apasionaban de lo popular, de lo brillante, del hombre que brilla y que triunfa, ya sea literato, ya sea político, ya sea artista, ya sea torero. ¿Y quién como D. Marcelino gozaba, en-entonces, de la popularidad bien ganada?

Esa pasión, ó mejor dicho, ese capricho femenino, flotaba en torno suyo. Y fuérale propicio ó desdeñoso D. Marcelino, que en eso no hemos de meternos, es el caso que la fantasía popular le atribuyó conquistas no despreciables.

Contribuyó á ello cierta inaudita aventura acaecida en plena calle, que el comentario público manoseó durante algún tiempo.

Esa aventura fué recogida por varios periódicos. Se ha contado varias veces. No pecaremos nosotros de indiscretos volviendo á referirla en estas páginas. Por el contrario, destruiremos con nuestro relato la falsedad de la versión que hasta la fecha se ha dado al público. La aventura á que nos referimos no acaeció en la forma que los periódicos apuntaron. Fué otra cosa muy distinta. Y es interesante aclararla. Sucedió... que en el domicilio de una ilustre marquesa le fué presentada un día á Menéndez Pelayo otra dama linajuda de espíritu inquieto y tornadizo.

Esa dama hallábase casada, pero hallábase á la vez en relaciones amorosas con el insigne actor Rafael Calvo.

El día de la presentación, la dama de referencia elogió á Menéndez Pelayo el volumen de poesías

que acababa de dar á la luz pública y le expresó su deseo de poseer un ejemplar con la estimable dedicatoria del autor.

D. Marcelino, galante, bondadoso, le prometió llevar á su casa el volumen solicitado y ofrecerla, al mismo tiempo, sus respetos.

La dama era guapa. ¡Ya lo creo! Toda galantería estaba justificada.

Y un día cumplió el maestro su palabra. Fué al domicilio de la bella aristócrata, recibióle ésta afectuosísima, pasóle á un saloncito y en él le entregó D. Marcelino el tomo de versos y conversaron cordialmente.

Pero lo que son las coincidencias. En aquel instante apareció Rafael Calvo, á quien, como más adelante se verá, no hizo mucha gracia la entrevista. Sin embargo, nada expresó entonces y saludó con una inclinación de cabeza al maestro Este contestó en igual forma y á los pocos momentos se despidió y salió de la casa.

Pasaron dos días; D. Marcelino se había trasladado de su casa de huéspedes de la calle de Silva al Hotel de las Cuatro Naciones, situado en la calle del Arenal. Eran las últimas horas de la mañana y el maestro conversaba en su cuarto de la fonda con sus grandes amigos D. Alejandro Pidal y D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja.

De pronto se abrió la puerta y apareció Rafael Calvo:

—Perdonen ustedes — dijo el célebre actor.—Y añadió dirigiéndose á Menéndez Pelayo: Me habían dicho que estaba usted solo.

—Es igual—contestó don Marcelino.—Estos se-

ñores son amigos de confianza y puede usted decirme lo que de mí desea.

—Bien—replicó Calvo.—Ya sabrá usted que, con motivo del centenario de Calderón de la Barca, se piensa organizar una función extraordinaria en el Teatro Real. Será una fiesta miscelánea en la que tomarán parte diversas Compañías. La mía representará una obra de Calderón que ya tenemos ensayada. Aquí traigo el libreto. La he elegido porque tiene versos muy hermosos.

Y, abriendo el libro, comenzó Rafael Calvo á recítar unas estrofas, de la soberana manera que él lo hacía.

D. Marcelino, Pidal y Cedrún de la Pedraja le oían encantados.

Acabó Calvo la lectura y continuó diciendo:

—Pero hay más: en esa función se leerán poesías y yo quiero que usted, que ha dado tan brillantísimas conferencias sobre Calderón y su teatro en el Ateneo, me escriba una para que yo la recite.

Todo esto íbalo diciendo Rafael Calvo con una naturalidad tan grande, que no inspiró á los allí reunidos la más leve sospecha.

Lejos de esto, le contestó Menéndez Pelayo afablemente:

—Yo estoy ahora ocupadísimo. Trabajo mucho. Pero como deseo complacerle en su petición, le escribiré un soneto.

El ilustre actor expresó su agradecimiento y siguieron hablando de teatros, de literatura.

Al cabo de un rato exclamó D. Marcelino:

—Señores, están ustedes en su casa. Yo tengo que marcharme, porque estoy invitado á comer en

casa del marqués de Vallejo; pero ustedes pueden continuar aquí, con toda libertad.

Contestaron todos que saldrían juntos, y así abandonaron el cuarto y se dirigieron á la calle. Ya en el portal del Hotel, dijo Rafael Calvo al maestro:

—¿Dice usted que va á la calle de Fuencarral, á la casa del marqués de Vallejo?

—Sí, señor.

—Pues yo llevo la misma dirección. Si quiere usted acompañarme en mi coche...

Don Marcelino aceptó la invitación. Pidal y Cedrún de la Pedraja se despidieron de ellos y se alejaron por la calle del Arenal hacia la Puerta del Sol.

El coche de Calvo se hallaba parado cerca de la Plaza de Isabel II. Llegó, montaron y avanzaron por la calle del Arenal. Frente á la librería de Iravedra alcanzaron á Cedrún y á Pidal, y desde el carruaje les saludaron con la mano afectuosamente.

Nada había ocurrido que hiciera sospechar lo que segundos después acaeció.

Al doblar el coche la esquina de la calle de la Montera, la decoración cambió en absoluto. El rostro de Rafael Calvo tornóse serio, su expresión se hizo más dura, y, con gesto agrio, manifestó á don Marcelino:

—Hasta este instante he estado haciendo una farsa, porque se encontraban con usted en la fonda dos caballeros. Pero ya no es preciso seguir fingiendo. Yo no he ido á buscarle á usted para pedirle versos de ninguna clase; yo únicamente deseo de usted que me diga qué clase de relaciones sostiene con la condesa de... (aquí el título de la dama á quien

el maestro había ofrecido su libro de poesías).

Menéndez Pelayo se quedó atónito; pero le respondió enérgico que, para contestar á tal pregunta, necesitaba saber antes con qué autoridad se la dirigía, máxime no siendo Calvo el marido de la dama.

Esta contestación irritó al actor ilustre. Estalló de pronto toda la rabia que llevaba contenida y descargó un puñetazo tremendo sobre la frente del insigne polígrafo.

El coche, á todo esto, subía al galope la calle de la Montera.

El maestro contestó á la agresión como pudo, y ambos se enzarzaron á golpes dentro del coche y sin que el vehículo se detuviera.

La gente que transitaba por tan concurrida calle y que vió que dos hombres se iban pegando en un carruaje, reconociendo en ellos á D. Marcelino y á Rafael Calvo, siguió corriendo al coche para enterarse de lo que sucedía.

El vehículo se detuvo, al fin, en la Red de San Luis. Allí el Sr. del Río, magistrado del Supremo y amigo de Menéndez Pelayo, se acercó á D. Marcelino, que acababa de apearse del carruaje, nervioso é indignado.

La gente comenzaba á amontonarse, y, en vista de ello, el coche desapareció con Rafael Calvo, y el maestro se alejó por la calle de Fuencarral con su amigo, refiriéndole la agresión brutal é inopinada de que había sido víctima. En la frente, entre las cejas, presentaba una contusión de relativa importancia. Quiso el Sr. del Río llevarle á que le curaran, pero Menéndez Pelayo se opuso y continuó hasta la casa del marqués de Vallejo.

Allí se encontraban invitados á almorzar Cánovas del Castillo, Valera, Alarcón y otras ilustres personas. Vieron entrar herido á D. Marcelino y experimentaron la natural sorpresa. El maestro les refirió lo ocurrido, y todos condenaron la conducta de Rafael Calvo con frases enérgicas.

Y para patentizar á Menéndez Pelayo su protesta contra agresión tan censurable, le escribieron allí mismo una carta en tal sentido, poniendo á cubierto su honor y firmándola todos.

El suceso no tuvo, por el momento, otras consecuencias.

Don Marcelino aseguró siempre que no había sostenido relaciones amorosas con aquella dama, que su visita fué una visita de mera cortesía, y que Rafael Calvo obró obsesionado por celos que no reconocían fundamento de ninguna clase.

Días después del escándalo apareció en el *Madrid Cómico* una fábula, firmada por el Sr. Placer, alusiva al hecho que hemos relatado, y, como consecuencia de ella, entró el suceso en otra fase.

El marido de la bella aristócrata, que hasta aquel momento no había tenido intervención en el escándalo, se consideró ofendido por la fabulita, desafió al autor, y se batieron.

A esto se redujo la célebre aventura de D. Marcelino. Fué siempre referida en letras de molde con palmarias inexactitudes. Por eso hemos querido hacer nosotros la narración verdadera.

Capitulo X

El poeta.

La primera poesía que don Marcelino compuso.—La primera que publicó.—La «Epístola á Horacio».—«Estudios poéticos».—Juicios de don Juan Valera y de don Leopoldo Augusto de Cueto.

La aventura que hemos referido en el anterior capítulo tiene su origen, como el lector ya sabe, en el ofrecimiento que hizo D. Marcelino á una dama de un libro de versos que pocos días antes había publicado.

Ese volumen llevaba el título de *Estudios poéticos*. Alcanzó un éxito brillantísimo.

Era ya un gran poeta Menéndez Pelayo desde algunos años antes.

La primera poesía que escribió fué, sin duda alguna, el "Poema á la muerte de don Alonso de Aguilar", que compuso en octavas reales, siendo estudiante en la Universidad de Barcelona.

Se inspiró para escribir el poema en los romances viejos que tratan de ese episodio de las guerras de Granada, y en las obras históricas, entre ellas las de Domer, continuador de Zurita.

Hay dos razones para afirmar que era su primera poesía y que la compuso en Barcelona cuando cursaba la carrera de Filosofía y Letras.

Una de esas razones es la siguiente: Durante las vaciones de verano fué D. Marcelino á Santander, y paseando un día con su entrañable amigo don Gonzalo Cedrún de la Pedraja, le recitó varias estrofas del citado poema. La otra razón es también muy clara. Don Antonio Rubio y Lluch, compañero de estudios del maestro en Barcelona, manifestó un día en el Ateneo que cuando Menéndez Pelayo cursaba la carrera en la Universidad de la capital de Cataluña, le recitaba estrofas de un poema á la muerte de D. Alonso de Aguilar.

Lo que no se sabe es que ese poema se imprimiera ni se publicara. Créese que quedó inédito.

En cambio podemos afirmar que la primera poesía de don Marcelino que se publicó fué la "Elegía á la muerte de Eguilaz", impresa en un periódico de Santander en aquella época.

Esa poesía comenzaba:

> Ven á mis manos, mi olvidada lira,
> ministra á un tiempo de guerrero canto.

En este verso aludía al poema á la muerte de don Alonso de Aguilar, lo cual demuestra que fué anterior á la Elegía citada.

Otras muchas composiciones poéticas escribió después, entre ellas la "Epístola á Horacio" que lleva al pie la fecha de 28 de Diciembre de 1876, coleccionándolas en los *Estudios poéticos*, con los que mostró Menéndez Pelayo el fervoroso culto que rendía á la antigüedad clásica.

La mayor parte son traducciones que no ha perdido su prístina pureza al ser vertidas á nuestro idioma por la pluma del gran polígrafo.

Sus conocimientos del griego y del latín, así como del francés, inglés é italiano, unidos á la poderosa intuición conque se asimilaba lo bello, sirviéronle para sembrar las flores de extrañas literaturas en el jardín amenísimo de la poesía española.

Católico fervoroso, traduce á Safo y Teócrito, á Catulo y Petronio, á Lucrecio y Byron, no confundiendo lo *bello* con lo *verdadero* y entendiendo que la *forma* constituye el *alma* del arte; más aún, que sin ella no hay arte posible. Esclavo de este sentir, allí donde encontró *belleza* la cantó inspiradamente.

Si en un momento de entusiasmo se dirige á Horacio diciéndole: "*La belleza eres tú*", pronto ansía que torne *el sol del Renacimiento á iluminarnos*, cuando exclama:

> «Pero otra lumbre
> antes encienda el ánimo del vate,
> Él vierta añejo vino en odres nuevos,
> y esa forma purísima pagana
> labre con mano y corazón cristianos.»

Aunque enamorado de lo clásico, sabía Menéndez Pelayo velar lo feo y dañoso que llevaba en sus entrañas la filosofía pagana, sacrificando no pocas veces las exigencias del arte en aras de la moral.

El maestro D. Juan Valera, en una admirable carta dirigida al Sr. Cueto, sobre los *Estudios poéticos* y publicada en la *Revista de España*, decía sobre las traducciones de D. Marcelino "que había sido

tan delicado y circunspecto en la elección de composiciones para traducir, y había sabido velar tan púdicamente algún pasaje un poco vivo, al verterle á nuestro idioma, que casi lo podría leer la más recatada doncella, sin comprender lo pecaminoso".

Menéndez Pelayo traduce el idilio de Teócrito titulado *Oaristys*, composición bastante *viva;* pero se guarda de transcribirlo en los ejemplares destinados á la venta, que vieron la luz sin el diálogo entre el boyero y la pastora.

Valera reconoce, por último, la alta capacidad estética de D. Marcelino cuando dice: "Tiene admirable facilidad para el trabajo; pero su ardor, su fuga, su impaciencia son más admirables, si bien le perjudican á veces.

Se diría que todo lo quiere hacer á escape. Y en verdad que á escape lo hace todo. No se comprende de otra manera cómo en los pocos años que lleva de vida, ha escrito tanto, ha leído y ha aprendido tanto."

El Sr. Cueto, ocupándose de la tercera parte del libro de las poesías originales de Menéndez Pelayo, manifiesta: "Hasta el día de hoy, soñar con los aplausos científicos ó literarios en los albores de la juventud, escribir versos, afanarse por alcanzar triunfos en las aulas, es la historia honrosa de casi todos los estudiantes que sienten hervir en su pecho el ansia de la gloria. Pero encerrarse sin tregua ni descanso desde la edad de catorce años en archivos y bibliotecas para buscar, oscuro, reflexivo é incansable, sin excitación ni vigilancia de parte de la familia, sin la menor distracción humana, no los medios fáciles de lograr desde luego halagos y estímu-

los del amor propio, sino las verdaderas y primordiales fuentes del saber, esa es la historia única y exclusiva de Menéndez Pelayo."

El maestro supo robar al arte greco-romano los primores de su incomparable forma, la sobriedad de pensamiento, la tersura de la dicción y lo elegantísimo de sus giros, como lo demostró en su famosa *Epístola á Horacio* que por sí sola hace la reputación de un poeta.

Capítulo XI

Académico de la Lengua.

¡A los veinticinco años! – La juventud entre lo caduco. Una frase de Cánovas.—La poesía mística.

El 2 de Diciembre de 1880 fué elegido Menéndez Pelayo académico de la Lengua, ocupando la vacante que dejó al morir D. Juan Eugenio Hartzenbuchs.

Tomó posesión del cargo el 6 de Marzo de 1881, constituyendo su entrada en la Academia un verdadero acontecimiento. Fiesta solemne y de imperecedero recuerdo fué su admisión en la docta Casa.

Contaba entonces D. Marcelino veinticinco años. Nadie había llegado tan joven á tan alto puesto. Ocupó la presidencia el conde de Cheste, que tenía á su derecha al ministro de Fomento y al cardenal Benavides, y á su izquierda á los Sres. Valera y Cánovas del Castillo.

El salón de actos se hallaba completamente lleno de un público distinguido.

Algunos académicos cedieron sus sillones á aristocráticas damas, como la duquesa de Sexto, la

marquesa de Guaqui, las condesas de Velle y de Gomar, la señora de Valera y Cuma Madrazo.

Entre los académicos se veía al marqués de Molins, duque de Rivas, Tamayo, Cañete, Catalina, Alarcón, Madrazo, Campoamor, marqueses de Valmar y San Gregorio; Mesonero Romanos, Selgas, Fernández Guerra (D. Aureliano y D. Luis), Moyano, D. Agustín Pascual, D. Cayetano Fernández y otros.

El Sr. Cánovas del Castillo, al ver las dificultades con que se penetraba en el salón, exclamó: "¡Gracias á Dios que cuesta trabajo entrar en la Academia!"

Menéndez Pelayo se presentó en la sala entre los señores marqués de San Gregorio y D. Aureliano Fernández Guerra.

Todas las miradas convergieron en él. Su figura menuda, juvenil y nerviosa, en cuyo rostro apenas apuntaba el bozo, contrastaba con la de aquellos venerables señores, encanecidos y caducos.

Era la primera vez que un joven de veinticinco años ocupaba un sillón de la vestuta casa.

Habló primero el conde de Cheste para saludar á la juventud que con tales bríos y pujanza entraba por la puerta de la gloriosa mansión.

El discurso del Sr. Menéndez Pelayo versó sobre "La poesía mística". Tema muy á propósito para que su genio se elevara á concepciones sublimes.

"La poesía mística—dijo—no es sinónima de poesía cristiana. Abarca más y abarca menos. Porque, para llegar á la inspiración mística, no basta ser cristiano, ni devoto, ni gran teólogo, ni santo, sino que se requiere un estado especial psicológico, una

efervescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas y una metafísica ó filosofía primero, que va por camino diverso, aunque no contrario, al de la teología dogmática."

Luego añadía:

"Los conceptos que sirven de esencia y fundamento á la poesía mística son de tan alta naturaleza. tan sintéticos y comprensivos que, en llegando á columbrarlos, entendimiento, fantasía, voluntad, ciencia y arte se confunden en una misma cosa. Estudió después al heroico cantor del cristianismo Aurelio Prudencio, al melancólico Salomón-ben-Gebirol, y al filósofo, médico y astrónomo Abuleker-ben-Tofail, como precursores de la civilización cristiana que nace en el siglo XIII; á Ramón Lull y Ausias Morch, como prototipos del misticismo de la Edad Media que desaparece para dar paso al Renacimiento, "edad dichosa en que el entusiasmo religioso y la inspiración casi divina de los cantores se aunó con la exquisita pureza de la forma traída á sus aulas por los vientos de Italia y Grecia".

Aludiendo á su juventud é ingreso en la Academia, dijo:

"Si fué siempre favor altísimo y honra codiciada la de sentarse al lado vuestro; si todos los que aquí vinieron, tras larga vida de gloria para sí propios y para las letras, encontraron pequeños sus méritos en parangón con el lauro que los galardonaba y agotaron en tal ocasión las frases de agradecimiento y obsequio, ¿qué he de decir yo, que vengo á aprender donde ellos vinieron á enseñar, y que en los umbrales de la juventud, cubierto todavía con el

polvo de las aulas, no traigo en mi abono, como trajeron ellos, ni ruidosos triunfos de la tribuna ó del teatro, ni largos trabajos filológicos de aquellos que apuran y acendran el tesoro de la lengua patria?"

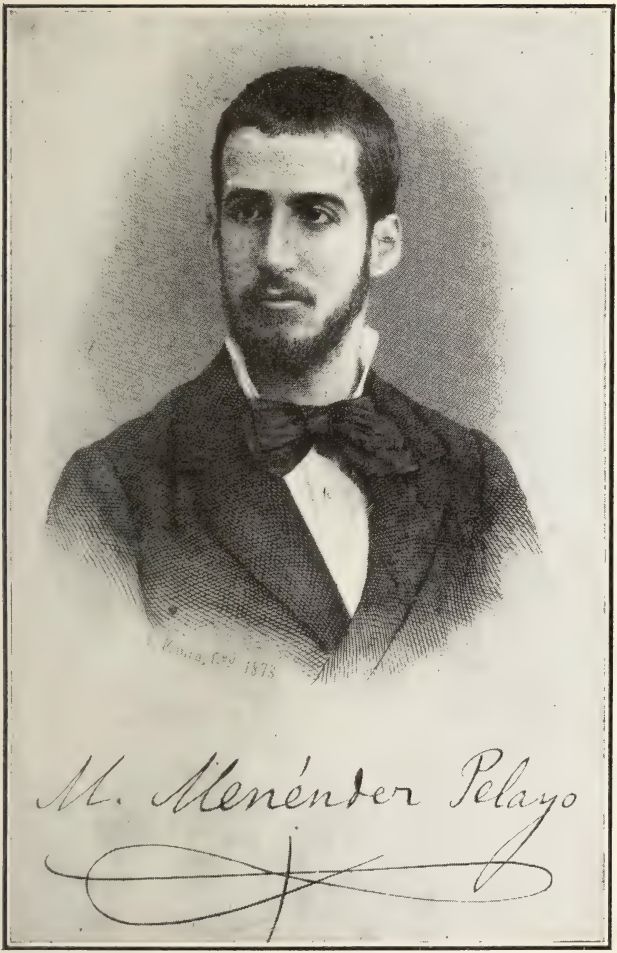
Terminó con un canto á la fe religiosa y un aliento de esperanza para los poetas que remueven las glorias de la clásica poesía mística, "que siempre ha de tener por refugio almas escogidas, aun en este siglo de duda y descreimiento".

El magnífico discurso del joven académico fué aplaudido con gran entusiasmo.

Su frase elevada y correcta, y las profundidades de sus observaciones y asertos, merecieron grandes encomios del ilustrado auditorio.

Fué encargado de contestar á este discurso don Juan Valera, que leyó un amenísimo trabajo é hizo asomar la risa á los labios de los oyentes con las frases ingeniosas que lo esmaltaban.

Fueron muy aplaudidos algunos párrafos en los que se ocupó de la prodigiosa memoria de Menéndez Pelayo.



Menéndez Pelayo cuando tenía veintidós años.

Capítulo XII

Académico de la Historia.

Recepción brillante.—«La historia como arte bello». Un gran discurso.

El 13 de Mayo de 1883 tomó posesión don Marcelino del cargo de miembro numerario de la Academia de la Historia.

El acto de la recepción fué, si se quiere, más solemne, más brillante que el de su ingreso en la Academia Española.

Solamente dos años habían pasado, y la fama de Menéndez Pelayo se había extendido por todas partes.

España le admiraba ya como una de sus glorias más legítimas. Bien se lo demostró en aquella memorable tarde en que todo el Madrid intelectual, científico y artístico, acudió en masa para rendir al sabio un homenaje de cariño.

Nunca se vió tan favorecida la vieja casa de la calle del León.

Desde mucho tiempo antes de la hora señalada para la solemnidad académica, se hallaba lleno el

salón de actos, los gabinetes, las antesalas, los pasillos, todo.

Y no era el simple deseo de escuchar los discursos académicos, más ó menos semejantes á los de otras ocasiones, lo que congregaba allí á tan numeroso y distinguido público; lo que llevó allí á damas de la aristocracia, representantes del alto clero, políticos de primera fila, generales, académicos de todas las Academias, y como un coro general de escritores y periodistas, fué la admiración y el deseo de ver tomar posesión del honroso cargo, no á un anciano envejecido en los archivos y bibliotecas y gastado en largas vigilias, sino á un mozo de veintisiete años, que en plena juventud era ya doctor en letras, profesor de la Universidad Central, académico de la Lengua y autor de varias obras diversas, unas de imaginación y otras de sabiduría y todas de preclaro y portentoso ingenio.

Presidió la sesión don Antonio Cánovas del Castillo.

En el estrado se hallaban representaciones de las Academias Española, Bellas Artes, Ciencias Morales y Políticas, Jurisprudencia y Medicina.

Acompañaron al recipiendario, al hacer su entrada en el salón, los señores Fernández Duro y Codera.

"La Historia como arte bello" fué el tema que desarrolló en su discurso, verdadera joya literaria.

Menéndez Pelayo, cuyas doctrinas ortodoxas tanto se habían puesto de manifiesto en el discurso de la Academia Española, se mostró en esta ocasión como un espíritu amplio, apreciando en todo su valor los trabajos de Lord, Macaulay, Niebuhr,

Nomsem, Curtins, Grote, Savigny y Herculano.

En el exordio hizo un acabado elogio de las cualidades que adornaban á su antecesor el Sr. Moreno Nieto, de quien dijo que era fácil en el concebir, facilísimo y brillante en la palabra, que tuvo la ambición de todo saber, pero no la avaricia de ninguno, que nació para hablar, para enseñar y para discutir, y que penetró en todas las ciencias como conquistador.

Calificó de balbuceo infantil las crónicas, y afirmó que en el hecho historiado lo importante es el temperamento artístico del historiador que, con la pasión única de la verdad, da nueva vida á la realidad histórica.

Hizo después atinadísimas observaciones sobre la forma externa de escribir la Historia.

Y dijo:

"De la Historia vengo á hablaros; pero no considerada en su materia y contenido, ni siquiera en las reglas críticas y método de investigación para escribirla, sino de lo que á primera vista parece más externo y accidental en ella; de lo que condenan muchos desdeñosamente con el nombre de forma; como si la forma fuese mera exornación retórica, y no el espíritu y el alma misma de la Historia, que convierte la materia bruta de los hechos y la selva confusa y enorme de los documentos y de las indagaciones en algo real, ordenado y vivo, que merezca ocupar la mente humana, nunca satisfecha con vacías curiosidades, y anhelosa siempre por las escondidas aguas de lo necesario y de lo eterno... No es la Historia arte lírica y personal, sino arte objetiva, guiada y dominada por los estímulos

y caricias del mundo exterior, del cual, como de inmensa cantera, arranca los hechos, que luego, con verdadera intuición artística, interpreta, traduce y desarrolla."

En otro párrafo añadió:

"Esperemos de la Historia, que no siempre se ha de ver encerrada en la caja de hierro de la ciencia pura, es decir, en libros sin estilo y abrumados de notas y testimonios, sino que algún día romperá la áspera corteza, y entonces (digámoslo con palabras de Niebuhr) "será semejante á aquella ninfa de la „luyenda eslava, aérea al principio é invisible, hija „de la tierra luego, y cuya presencia se manifiesta „sólo por una larga mirada de vida y de amor."

Esto escribía Menéndez Pelayo en 1883, dando, y al par dándose, reglas para escribir sus obras de carácter histórico, asombro del mundo de la cultura; y aun, veinticuatro años después, resumía tal doctrina en estas notables palabras: "La historia literaria, lo mismo que cualquier otro género de la historia, tiene que ser una creación viva y orgánica."

"La ciencia es su punto de partida; pero el arte es su término, y sólo un espíritu magnánimo puede abarcar la amplitud de tal conjunto y hacer brotar de él la centella estética. Para enseñorearse del reino de lo pasado, para lograr aquella segunda vista que pocos mortales alcanzan, es preciso que la inteligencia pida al amor sus alas, porque, como dijo profundamente Carlyle, "para conocer de veras „una cosa, hay que amarla antes; hay que simpati„zar con ella".

El secreto de la amenidad, que es gala maravi-

llosa de las obras de Menéndez Pelayo, consiste, principalmente, en el don que del cielo se recibe, que en vano se empeñaría en poseerlo quien no lo hubiese recibido con el primer aliento vital, y en la cuidadosa solicitud del que escribe, que no debe olvidar aquella sobria sentencia: "Sed amenos, si queréis ser leídos."

Contestó al discurso de Menéndez Pelayo, don Aureliano Fernández Guerra, que hizo un elogio elocuentísimo del joven é insigne académico.

Capítulo XIII

Menéndez Pelayo, político.

Dos veces diputado á Cortes. — La ciencia política. Algunas opiniones del maestro.

Como la mayor parte de los grandes hombres, Menéndez Pelayo se sintió atraído hacia la política, no tanto por la vocación decidida de su espíritu, como por las recomendaciones de amigos y compañeros.

Parecía á muchos que las admirables facultades del sabio, el hondo sentido que de todas las cosas acertaba á sacar, sus profundos conocimientos de la historia patria, sus concepciones y desentrañamientos del carácter español, todo lo que el gran polígrafo conocía, sentía y amaba respecto de su pueblo, había de obtener resultancias muy provechosas en la práctica, si Menéndez Pelayo, sin abandonar sus tareas literarias, descendía al palenque del Parlamento, para reñir allí la batalla en pro de los ideales que desde muy joven comenzó á defender.

Realmente la iniciativa de los admiradores y ami-

gos del maestro era digna de elogio, y mucho hubiera ganado la política si Menéndez Pelayo se hubiera incorporado á sus filas de una manera definitiva y estable.

No fué así. También, como muchos grandes hombres, no encontró propicia la atmósfera ni favorable el ambiente.

Acostumbrado á habitar en las cumbres de la investigación científica, á mirar cara cara al sol del progreso humano, se ahogaba en el valle donde riñen tantas y tan pequeñas pasiones, donde amengua la luz de la verdad, velada por el polvo del combate, donde no puede espaciarse la mirada.

Sin embargo, cediendo á las indicaciones de muchos de sus amigos, alentado por Pidal y Cánovas que le proporcionaron el acta, y comprendiendo acaso la necesidad de contribuir á atajar el desmoronamiento total de nuestro carácter, aquella ruina que él expresará en estas palabras: "No nos queda ni ciencia indígena, ni política nacional", á la política se lanzó con afanes de restaurar lo deteriorado y fomentar el progreso de lo que había permanecido intacto y en condiciones de poder avanzar.

Por eso fué elegido diputado en las Cortes del 84 al 85, últimas de D. Alfonso XII, y formó parte de la mayoría que apoyaba al Gobierno del Sr. Cánovas del Castillo.

Su intervención en los debates parlamentarios se redujo á un discurso. Pero este discurso, tan hermoso, tan elocuente, tan documentado, tan pletórico de ciencia y de lógica, cautivó al Congreso.

Merece capítulo aparte, y un capítulo, el inmediato, dedicamos á sintetizar esa oración parlamenta-

ria del maestro para que el lector la conozca y la saboree.

Volvió á ser diputado en las Cortes de 1891, representando á la ciudad de Zaragoza. Desde entonces figuró como senador, elegido unas veces por las Universidades y otras por las Academias.

Mucho se ha discutido sobre si Menéndez Pelayo fué ó no fué un hombre político.

Los que le niegan tal carácter fundamentan sus observaciones en aquel desvío que siempre sintió por las luchas políticas, en aquel alejamiento aun de meras colaboraciones que con insistencia le fueron solicitadas, en su inadaptación al medio, en el olvido en que dejó, después de un breve período de actividad, sus tareas parlamentarias.

En ese aspecto tienen razón. Menéndez Pelayo no fué un profesional de la política; rompió con sus convencionalismos y se deshizo gallardamente de sus mallas.

Pero sí fué un político, conforme defienden otros, por sus vastos conocimientos en la ciencia política, por su acertada crítica de lo que deben ser los directores de pueblos.

El tomo tercero de su monumental obra *Historia de los heterodoxos*, encierra grandes enseñanzas políticas, fundadas en los hechos.

En muchas páginas no sólo se refiere á sucesos de la historia, sino que refuta bastantes errores de los modernos partidos.

En esa elevación de las ideas fué, sobre todo, un político, por el conocimiento admirable del pueblo español. Precisamente en esto estriban muchas de las graves equivocaciones que hoy lamentamos.

Se han traído á nuestra legislación, incorporándolas prematuramente á nuestro Derecho, reformas para las cuales el pueblo no estaba lo suficientemente preparado.

Menéndez Pelayo, de haber dirigido alguna vez los destinos de la patria, no hubiera incurrido en ciertas precipitaciones.

Se lo habría vedado su conocimiento total, absoluto, del proceso decadente de nuestro espíritu.

He aquí cómo juzgaba el estado actual de este pueblo, nuestra idiosincrasia, el resultado obtenido después de largos períodos de luchas y ensayos.

"Dos siglos—dice—de incesante y sistemática labor para producir *artificialmente* la revolución, aquí donde nunca podía ser orgánica, han conseguido, no renovar el modo de ser racional, sino viciarle, desconcertarle y pervertirle. Todo lo malo, todo lo anárquico, todo lo desbocado de nuestro carácter, se conserva ileso y sale á la superficie cada día con más pujanza. Todo elemento de fuerza intelectual se pierde en infecunda soledad ó "sólo aprovecha para el mal."

Cualquiera que se pare á observar el estado de mentalidad del pueblo español, confirmará cuánta razón tenía el maestro al afirmar después:

"Cuanto hacemos es remedo y trasunto débil de lo que en otra parte vemos aclamado... Con la continua propaganda irreligiosa, el espíritu católico, vivo aún en los campos, ha ido desfalleciendo en las ciudades, y aunque no sean muchos los librepensadores españoles, bien puede afirmarse de ellos que son de la peor casta de impíos que se conoce en el mundo, porque (á no estar demen-

tado como los sofistas de cátedra) el español, que ha dejado de ser católico, es incapaz de creer en cosa ninguna, como no sea en la omnipotencia de un cierto sentido común y práctico, las más veces burdo, egoísta y groserísimo. De esta escuela utilitaria suelen salir los aventureros políticos y económicos."

No puede expresarse de manera más sintética y veraz nuestro estado social.

Pero Menéndez Pelayo no se limitaba á hacer política negativa de destrucción y derribo para solazarse, como las lechuzas, sobre las ruinas de las que un día fueron ingentes construcciones de secular existencia. Al lado de las censuras, del veto, pone la afirmación, el remedio, la panacea. Por eso afirmó después:

"No suelen venir dos siglos de oro sobre una misma nación; pero mientras sus elementos esenciales permanezcan lo mismo, por lo menos en las últimas esferas sociales; mientras sea capaz de creer, amar y esperar; mientras su espíritu no aridezca de tal modo que rechace el rocío de los cielos; mientras guarde alguna memoria de lo antiguo y se contemple solidaria de las generaciones que la precedieron (tradición), aún puede esperarse su regeneración, aún puede esperarse que, juntas las almas por la caridad, torne á brillar para España la gloria del Señor y *acudan las gentes á su lumbre y los pueblos al resplandor de su gloria.*"

Pocos políticos activos supieron expresar como Menéndez Pelayo en sus discursos, libros y programas, tan certeras observaciones.

Por eso fué un político en la alta acepción de la

palabra, porque poseyó esa suprema cualidad de gobernante que encierra y contiene en sí todas las demás; la cualidad de haber conocido hasta la médula la naturaleza del pueblo, sus enfermedades, sus causas y remedios.

Capítulo XIV

Único discurso parlamentario de Menéndez Pelayo.

La voz del maestro en la Cámara popular.—La libertad de la Ciencia.—La libertad de pensamiento.—La cátedra y la Constitución.—Las leyes desamortizadoras.

En la sesión del 13 de Febrero de 1885, el señor Menéndez Pelayo intervino en el debate sobre los últimos sucesos universitarios, tratando, de paso, de diversas cuestiones de enseñanzas.

El glorioso maestro no se limitó á refutar algunas observaciones hechas por D. Emilio Castelar, sino que, acaso sin darse cuenta, disertó sabiamente sobre puntos interesantísimos y capitales, como la libertad de pensamiento, la libertad de la ciencia, las reglas y leyes á que deben someterse los catedráticos al explicar en las aulas, misión de los gobiernos en lo que concierne á la defensa de las instituciones de los ataques de la cátedra, y juicio crítico de las leyes desamortizadoras.

En un bellísimo exordio, justificó su intervención en el debate, no para contestar al señor Canalejas, pues la falta de condiciones oratorias, que él mo-

destamente reconocía, y el respeto que le inspiraba el gran parlamentario, eran causas más que suficientes para desistir de tal empresa; sino para hacer algunas observaciones y refutar algunas pequeñas inexactitudes contenidas en el discurso del jefe democrático.

Dió las gracias al señor Castelar por los elogios que le había prodigado al aludirle en su discurso, y entró de lleno en materia, tratando punto tan interesante como la libertad de la ciencia, tópico de aquellos tiempos que se conserva en nuestros días lozano, sosteniendo con el sofístico aliento y la sonoridad de sus vocablos, posturas de hombres y escuelas.

Lamentóse Menéndez Pelayo de que un docto catedrático, como Castelar, hablara con demasiada insistencia á los escolares de la libertad de pensamiento.

He aquí cómo argumentaba su tesis:

"Señores, por lo mismo que yo amo de todo corazón á los escolares, yo no les diría nunca que invocasen la libertad del pensamiento; les diría que para invocar esta libertad era preciso antes haber pensado mucho, y les añadiría que la ciencia no se toma por asalto, y que aunque haya habido muchos hombres de ciencia impíos, no basta la impiedad para llamarse hombres de ciencia. Yo les hubiera dicho que la ciencia no es concubina que se entrega á los brazos del primero que llega, sino que es austera matrona cuyos halagos, si alguno los conquista, ha de ser con incesante ejercicio, atándose á los lomos la correa del trabajo, como dice la Escritura, y en una palabra, pensando, mucho más que en la

libertad de la ciencia, en que sea ciencia verdadera la que se enseña y aprende. Sí, señores; en mi concepto, á todo país, mucho más que la libertad de la ciencia, cualquiera que sea el concepto que de esta libertad se tenga, y luego veréis el que tengo yo; mucho más que esa libertad tan decantada, le importa que esa ciencia sea la que debe ser. Para mí, la frase libertad de la ciencia, ni en el terreno filosófico, ni en el terreno legal, ni en el terreno histórico, puede racionalmente legitimarse".

Sustentando una vez más sus ideas, aquellas ideas que formaban como el nervio del carácter español, añadía: "Yo no acepto el derecho al error y al mal, sino el derecho á la verdad y á la ciencia".

Para justificar estas afirmaciones empleó un bellísimo símil, en el siguiente párrafo:

"Lo que sí admito es, que por la debilidad humana, por los límites estrechos en que nuestra inteligencia se mueve, es muy difícil en esta vida terrena llegar á alcanzar algunos resplandores de esa verdad que el científico persigue con amor indeficiente; pero aun así, tan sólo lo que está averiguado con certidumbre científica, solamente lo que es conocido como verdad irrefragable, y enlazado y trabado en forma de sistema (por donde obtiene el título de ciencia), es lo que absolutamente y en todo rigor puede llamarse así. Todo lo demás son hipótesis, son sistemas, son teorías, son trabajos preparatorios, son el andamiaje del científico; pero nadie ha dicho que los andamios pertenezcan al edificio, aunque el edificio no pueda levantarse sin ellos. Es deber del científico exponer todo esto en la cátedra, sí, pero se debe exponer como tal sistema, como tal

hipótesis, como de la misma manera que es preciso tal andamiaje, exponer los errores con que la inteligencia tropieza en su camino hasta llegar á alcanzar una pequeña partícula de la verdad científica. No hay que temer, pues, conflictos, ni luchas, ni antinomias, á lo menos duraderas y eternas, entre la fe y la ciencia".

Así, en una tarde y de un solo aliento, echaba por tierra uno de los fantasmas con que se ha asustado á los incautos, "la incompatibilidad entre la ciencia y la fe" que son "los dos soles que Dios encendió para alumbrar á la especie humana en su peregrinación por la tierra".

Defendió después á la Iglesia católica de los cargos que se le hacen por su intransigencia, terminando el párrafo con esta exclamación:

"¡Cuán grande es el campo que se ofrece á la mirada del investigador científico, cuántos son los ensanches que le da el catolicismo, cuántas las temeridades, las audacias diré, que ha consentido al pensamiento científico esa misma Iglesia romana!"

Para probar esto adujo el ejemplo de que el más venerado, el más respetado en la Iglesia católica de todos los comentaristas de Santo Tomás, el Cardenal Cayetano, recomendado expresamente por Su Santidad León XIII en una de sus Encíclicas sobre los estudios filosóficos, sostiene con grande aparato de razones que es lícito tomar en sentido *alegórico* todo lo que se lee en los primeros capítulos del *Génesis*.

Luego añadió:

"Y no se diga que estos son recursos á que ha apelado la Iglesia á última hora para ponerse á sal-

vo de los ataques de la ciencia; porque esto lo decían los teólogos cuando las ciencias naturales estaban en la infancia; es decir, que estos teólogos exponían tales opiniones con entero desinterés y obedeciendo sólo á los dictados de su conciencia científica".

Trató, después, otra cuestión importantísima que enciende las pasiones y da motivo á interminables controversias. Nos referimos á la libertad de la cátedra. Reproduciremos uno de los párrafos más salientes para que juzguen los lectores el gran sentido constitucional del insigne catedrático

Decía así:

"Y si de esto llegamos al aspecto legal de la cuestión, ¿qué tengo que añadir sobre eso, cuando el señor Castelar me ha dado la razón, afirmando que los catedráticos deben someterse al Concordato, al Código penal y á la Constitución del Estado? ¿Pues no dice el Concordato que será católica la religión del Estado? ¿Y no lo dice la Constitución? ¿No hay otros artículos que todavía lo declaran más? Pues el catedrático que predica contra la religión del Estado, es claro que infringe los artículos del Concordato y la Constitución. Por otra parte, ¿cómo se puede exigir á un Gobierno que se suicide moralmente, abandonando la defensa de las instituciones fundamentales que son la base de su vida? ¿Cómo ha de consentir un Gobierno, ni lo consentiría el señor Castelar, que en las escuelas oficiales fuesen escarnecidas más bien que atacadas esas instituciones? Pues qué, la ley de propia conservación, ¿no obliga á las sociedades como á los individuos? ¿No confiesa el señor Castelar que el pueblo espa-

ñol es católico en su inmensa mayoría? Pues el pueblo católico quiere defenderse, no por medios ilegales, sino con todos los medios que el Concordato, la Constitución y el Código penal ponen en su mano".

Para el señor Menéndez Pelayo resultaba casi imposible la pretendida libertad de la cátedra, principio absoluto que puede defenderse en la esfera de la metafísica, pero que, al llegar á la práctica, tropieza con dificultades de todo género.

Para confirmar su opinión estudió el funcionamiento de las Universidades de Europa, citando multitud de casos de separación de catedráticos cuyas enseñanzas estaban en pugna con las instituciones vigentes. Y añadió:

"De España no hay que hablar: ninguna ley de instrucción pública, á pesar de que el señor Castelar ha querido exagerar el espíritu secularizador de nuestros Gobiernos, ni el proyecto del Duque de Rivas, que no llegó á pasar del papel, ni la ley de 1845 de D. Pedro José Pidal, ni la ley de 1857 de D. Claudio Moyano, autorizaron de ninguna manera la enseñanza de doctrinas contrarias á la religión y á la monarquía, sino que, al contrario, recordaban á los obispos y hasta les imponían la obligación civil de dar cuenta de todas las doctrinas heterodoxas que se vertiesen en los establecimientos de enseñanza, para que, previa formación de expediente, fuesen separados los catedráticos heréticos ó impíos. Por eso fueron separados, con arreglo á las leyes que entonces regían y que aún hoy rigen, los señores D. Julián San del Río, D. Fernando de Castro y otros, para hablar sólo de los muertos".

Se refirió después á la secularización de la enseñanza, que comenzó en los tiempos de Fenando VII, censurándola duramente.

También habló de la desamortización de los bienes del clero.

En apoyo de su tesis citó este trozo de un discurso del duque de Rivas:

"Fué procedimiento bárbaro, atroz, cruel, antieconómico y antipolítico. Todos sabemos que la mayor parte de esos bienes eran producto de sus dotes, eran su propio capital. Haberlas despojado de éste, ¿no es un robo? Y este atentado, ¿cómo se ejecutó? ¿En virtud de una ley? No; de la transgresión de una ley, abusando de un voto de confianza. Y todo, ¿para qué? Para que se enriquezcan una docena de especuladores que viven de la miseria pública... para que los comisionados de amortización hayan formado en poco tiempo fortunas colosales que contrastan con la miseria de las provincias... Los conventos han desaparecido, ¿y qué ha quedado en pos de esto? Escombros, lodo, lágrimas, abatimiento."

Y este otro de Río Rosas:

"Hemos arrebatado al clero sus bienes, absolutamente todos sus bienes; le hemos arrebatado su propiedad, que es sagrada, tan sagrada como la que posee el señor Castelar."

Y terminó reproduciendo este párrafo de Pi y Margall, en un discurso que pronunció en la discusión sobre la Internacional, habida en 1872:

"Para apoderaros de los bienes del clero secular y regular, habeis violado la santidad de contratos por lo menos tan legítimos como los vuestros; ha-

beis destruído una propiedad que las leyes declaraban poco menos que sagrada, inalienable é imprescriptible... Y luego extrañais que la clase proletaria diga: si la propiedad es el complemento de la personalidad humana, yo que siento en mí una personalidad tan alta como la de las clases medias, necesito la propiedad para completarla."

Este discurso, por lo documentado y elocuente, produjo gran impresión en la Cámara.

Alabóse la gran sinceridad del orador y la valentía con que expuso opiniones y juicios tan contrarios á los de las corrientes populares, y á los que, entonces como ahora, se rinden muchos preclaros entendimientos.

Capítulo XV

Vida de estudio.

En el Hotel de las Cuatro Naciones.—El sabio y los viajantes.—D. Marcelino estudiaba mientras comía.—Juicios de "Clarín".—La "Historia de las ideas estéticas en España".—Cómo la escribió.—El silencio de la Prensa.—Otras obras y trabajos notabilísimos.—Bibliografía.

Pensará el lector, tras de haber leído los cuatro capítulos anteriores, que el merecidísimo encumbramiento social que iba logrando D. Marcelino, transformaría su vida cotidiana.

Nada de eso. Ni honores, ni aplausos, ni altos puestos le apartaron del austero camino que seguía. Las vanidades y las exhibiciones estaban reñidas con su temperamento. No le envanecían los triunfos, no le seducía la ostentación, ni siquiera supo rodearse de ese natural entono de los hombres que están en las cumbres.

Su vida continuaba siendo casi la misma que de estudiante. Nadie hubiera creído que un varón insigne, como D. Marcelino, pudiera tener un vivir tan modesto y obscuro.

Vestía con sencillez extremada. Vivía en un cuar-

tucho de la fonda de las "Cuatro Naciones", establecida en la calle del Arenal, fonda de comisionistas y viajantes, de tráfico y de ruido, de ambiente contrario completamente al que estaba acostumbrado á respirar el insigne polígrafo.

Pero D. Marcelino vivía allí como podía vivir en otra parte, sin importarle lo que le rodeaba, sin preocuparse de la gente, sin que le molestara el ruido ni la charla sempiterna de los comisionistas y viajantes franceses, italianos y alemanes, principal elemento de la fonda.

Casi siempre comía y cenaba solo, junto á una columna de hierro, con la puerta de la calle á un metro de la espalda, sin sentir el frío que por aquella boca abierta entraba constantemente.

Todas las comidas hacíalas deprisa y corriendo, al mismo tiempo que leía un libro nuevo, intonso, cuyas hojas iba cortando con el cuchillo.

Y en medio de la confusión y del estrépito del bullicioso comedor, D. Marcelino estudiaba como pudiera hacerlo en el rincón más apartado del más viejo archivo. De vez en cuando levantaba los ojos y, absorto, sonreía á la idea nueva que en el libro encontraba.

El ilustre *Clarín*, que sorprendió esta vida de Menéndez Pelayo en un viaje que hizo á Madrid hacia el año 85, y que escribió sobre ella un precioso artículo que poco más tarde coleccionó con otros en un interesante folleto, decía lo siguiente:

"Si el ruido material y grosero no le altera, tampoco le da jaqueca, ni menos le atolondra el ir y venir de las ideas nuevas, el flujo y reflujo de la ciencia moderna; y en medio de sus batallas estre-

pitosas, vive y medita, aunque algunos que le conocen mal supongan que es un oscurantista que no sabe nada de los estudios contemporáneos y que desprecia los descubrimientos del día... No, por cierto; Menéndez Pelayo lee así lo nuevo como lo antiguo; tiene al dedillo la estética flamante; sabe lo que piensa la psicología fisiológica; habla de Spencer y de Haeckel, porque los ha leído... pero como tiene pensamiento propio, como es un talento original y fuerte, tampoco turban el orden de sus ideas estos otros ruidos de la calle, estas entradas y salidas de franceses, ingleses y alemanes.

Fácil es conquistar á uno de esos muchachos aplicados, espíritus incoloros, ánimos de cera que han nacido para ser sectarios, para repetir ideas ó frases; pero Menéndez Pelayo lleva en el alma todas las raíces del espíritu español... Las hojas y las flores en el aire, en el ambiente, recibiendo el impulso de todos los vientos, la luz de todo el cielo; pero las raíces alimentándose del jugo de *su* tierra..."

A continuación exponía el siguiente juicio sobre D. Marcelino, juicio que reproducimos por tratarse de un crítico literario de la autoridad de D. Leopoldo Alas:

"En Menédez Pelayo lo primero no es la erudición, con ser ésta asombrosa; vale en él más todavía el buen gusto, el criterio fuerte y seguro y más amplio cada día, y siempre más de lo que piensan muchos. Marcelino no se parece á ningún joven de su generación; no se parece á los que brillan en las filas liberales, porque respeta y ama cosas distintas; no se parece á los que siguen el lábaro católico,

porque es superior á todos ellos con mucho, y es católico de otra manera y por otras causas. Hay en sus facultades un equilibrio de tal belleza que encanta el trato de este sabio, cuyo corazón nada ha perdido de la frescura entre el polvo de las bibliotecas: Menéndez va á los manuscritos, no á descubrir motivos para la vanidad del bibliógrafo, sino á resucitar hombres y edades; en todo códice hay para él un palimpsesto, cuyos caracteres borrados renueva él con los reactivos de una imaginación poderosa y de un juicio perspicaz y seguro. Tiene, como decía Valera, extraordinaria facilidad y felicidad para descubrir monumentos: es sagaz y es afortunado en esta tarea, que no es de ratones cuando los eruditos no son topos.

"Sí, dígase alto, para que lo oigan todos: Menéndez Pelayo comprende y siente lo moderno con la misma perspicacia y grandeza que la antigüedad y la Edad Media; su espíritu es digno hermano de los grandes críticos y de los grandes historiadores modernos; él sabe hacer lo que hacen los Sainte-Beuve y los Planche, resucita tiempos como los resucitan los Mommsen y los Duncker, los Taine y los Thierry, los Macaulay y los Thaylor.

"Es posible que le quede á Marcelino algo del Tostado y del Brocense, pero es seguro que en la visión del arte arqueológico, de la historia plástica, llega cerca de Flaubert, el que vió en sueños á Cartago y la catástrofe heroica de las Termópilas."

Así elogiaba *Clarín*, el año 86, el talento de don Marcelino y la admirable labor que venía realizando. En aquellos cinco últimos años, es decir, desde

1880 á 1885, había publicado libros de extraordinario mérito.

Antes de comenzar su obra magna, la *Historia de la Literatura española*, que tomara en el reinado de los Reyes Católicos, donde la dejó Amador de los Ríos, sin perjuicio de volver á los siglos anteriores, escribió en aquella época, por vía de introducción, su *Historia de las ideas estéticas en España; Clarín* decía el año 86, que nada se había escrito en castellano, acerca de tal materia, con la originalidad y fuerza de Menéndez Pelayo.

Tan monumental obra comenzó á escribirla apenas acabó de doctorarse. El plan de la *Estética en España*, que fué el primer nombre que pensó darle á la *Historia de las ideas estéticas*, lo concibió antes de 1876 y ya en aquella época tenía desarrollados y redactados algunos capítulos. Entonces no se conocía en Europa más Historia de la Estética que la de Robert Zimmermann, publicada en 1858, Historia que no pudo consultar D. Marcelino, porque desconocía aún el alemán. Otra obra análoga, en alemán también, apareció en 1872; la de Max Schasler, y en ambas se comprendía la historia de los conceptos filosóficos respecto á lo bello y al arte desde los griegos hasta los tiempos modernos. Por lo tanto, cuando en 1883 se decidió Menéndez Pelayo á comenzar la publicacion de su *Historia de las ideas estéticas*, no podía tener otros modelos que le sirviesen de guía que las dos obras mencionadas. Las que se publicaron en Inglaterra son posteriores á la monumental enciclopedia filosófica y literaria de D. Marcelino. Puede afirmarse, como lo afirma el ilustre Rubió y Lluch, que la *Historia de las*

ideas estéticas fué en los países latinos el primer libro que abrió el camino á tal linaje de dificilísimos estudios.

También afirma el citado catedrático de la Universidad de Barcelona que esa obra admirable es, además, la obra europea por excelencia de Menéndez Pelayo, aquella por la que España hace más lucida figura en la historia de la moderna civilización.

Por virtud de ella, nuestra Patria puede poner al lado de las magníficas visiones de Taine, las más luminosas todavía de Menéndez Pelayo, que no le sigue en lo sistemático y abstruso, sino en lo humano y artístico. En ellas ensancha el historiador artístico la contemplación práctica del universo con intuiciones superiores á las que tuvieron los mismos escritores citados. Porque es sabido que la *Historia de las ideas estéticas en España*, sólo de nombre está consagrada á nuestra patria. Su contenido se desborda del primitivo cauce y se dilata por los países extranjeros, viniendo á constituir una historia filosófica y literaria de Europa entera.

La advertencia preliminar del primer tomo, que lleva la fecha del mes de Julio de 1883, viene á ser la exposición del plan que se propuso seguir y siguió D. Marcelino, al confeccionar el monumento recopilativo, explicando por qué quiso poner ciertas cosas y por qué omitió otras.

De trabajo árido y de índole puramente analítica y expositiva califica su labor, advirtiendo que el libro en que así compendía doctrinas tan universales, tan prolijas y tan interesantes, no ofrece ningún interés para los aficionados, por no ser obra de estilo, sino de investigación, en la que se sacrifica todo

al empeño de dar claridad á las doctrinas que se exponen. De paso sienta una teoría curiosa sobre el prurito de *hacer frases* sobre autores y libros desconocidos. De imperdonable ligereza califica la moda muy extendida hoy día de hablar de lo que no se entiende, y con notable modestia dice que renuncia á deleitar, contentándose con traer á la historia algunos datos nuevos. Pero responde de la fidelidad de éstos por no haber retrocedido ante ninguna lectura, por árida que pareciese, mostrando orgullo en afirmar que hay páginas en la obra que le costaron el estudio de volúmenes enteros, sólo para descubrir en ellos alguna idea útil acerca de la belleza y del arte.

Se lamenta, después, de las decepciones experimentadas al consultar libros muy alabados, sin que el fracaso engendrara el desaliento, porque bueno ó malo, consignó siempre el resultado de sus lecturas.

Con ingenuidad encantadora manifiesta también en la advertencia preliminar que venimos glosando, que todos los datos los recogió de libros de su exclusiva propiedad. ¡Legítima satisfacción de un bibliógrafo tan excelso!

Añade que su trabajo tiene un triple carácter. Como esta ciencia estética es una de las derivaciones ó ramas secundarias de la filosofía, este estudio puede considerarse como un capítulo de la Historia de la Filosofía en España, obra que ya entonces se proponía escribir.

Segundo carácter: Es al mismo tiempo obra de introducción general á la historia de la literatura española.

El maestro consideraba que habían pasado los tiempos en que era lícito tejer la historia de la literatura por método exclusivamente cronológico, ó atendiendo al desarrollo más externo de las formas artísticas, porque en el fondo del hecho mismo hay una idea estética y á veces una teoría ó una doctrina completa, de la cual el artista se da cuenta ó no, pero que impera y rige en su concepción de un modo eficaz y realísimo.

Por eso—agrega—, paralelamente á la historia del Arte, va marchando la historia de la Estética, influyendo de una manera recíproca los preceptos en los modelos y los modelos en los preceptos, ampliando así el arte sus formas para albergar concepciones cada vez más amplias.

De aquí saca la conclusión de que no hay arte alguno sin cierto género de teoría estética, con sus cánones permanentes fundamentados en bases matemáticas é inquebrantables.

Declara después en la *Historia de las ideas estéticas*, que en casi toda la parte anterior á Kant, ha seguido el método histórico, *único que por su sabia serenidad conviene á cosas ya tan lejanas.*

Pero de allí en adelante confiesa que todo tomó un carácter más animado y crítico, resolviéndose al fin en ideas propias.

Con clarísimas razones defiende la antigüedad de la ciencia estética, aunque este nombre sólo se remonte á la mitad del siglo XVIII. Y hace una observación que parece paradógica y no lo es, á saber: que la Estética es al mismo tiempo una de las ciencias más antiguas y una de las ciencias más modernas y más atrasadas todavía.

Menéndez Pelayo considera que sólo una obra de genio ha producido, la *Estética*, de Hegel, aunque no carezca de errores, vacíos y oscuridades.

Comentando el desdén que los artistas han tenido por la Estética, afirma el maestro que ese desdén ha influído desventajosamente en los mismos artistas, los cuales, faltos de ideal, se abandonan á un empirismo rutinario, cayendo fácilmente en la *manera* ó en el industrialismo, ó envileciendo el arte con asuntos triviales.

Contra estos vicios previene una teoría sólida que ha de descender forzosamente de la *Metafísica estética,* es decir, del estudio de lo bello y de su idea. Pero luego, para dar más transcendencia real á esta ciencia, se muestra partidario de la división de la misma en *Física estética* y *Filosofía del arte*

Por último, expone el índice de materias de que consta su obra. Es el siguiente:

1.° Las disquisiciones metafísicas de los filósofos españoles acerca de la belleza y su idea.

2.° Lo que especularon los místicos acerca de la belleza de Dios.

3.° Las indicaciones acerca del arte en general, esparcidas en nuestros filósofos y otros autores de muy desemejante orden.

4.° Todo lo que contienen de propiamente estético, y no de mecánico y práctico, los tratados de cada una de las artes poéticas y retóricas, los libros de música, pintura y arquitectura.

5.° Las ideas que los artistas mismos, especialmente los artistas literarios, han profesado acerca de su arte, exponiéndolas en prólogos ó en el cuerpo mismo de sus libros.

De tan desemejantes orígenes proceden las ideas de la historia trazada por D. Marcelino para, según él afirma, presentar á España, no como nación cerrada é impenetrable al movimiento intelectual del mundo, sino para probar que en todas las épocas y con más ó menos gloria, pero siempre con esfuerzos generosos, se ha llevado nuestra piedra al edificio de la ciencia universal. ¡Noble empeño, digno de imitarse, y condenación manifiesta de tanto huero detractor de nuestro pasado intelectual!

En la parte correspondiente al siglo XIX hay una introducción que es un maravilloso resumen de la filosofía estética en el anterior siglo.

De cuantos estudios críticos se habían hecho, ninguno llega al que hizo D. Marcelino de hombres como el Padre André, Diderot, Voltaire, Baumgostem, Vinkelann, Lessing y Kant, en cuanto estéticos.

El ilustre Benedetto Croce, quizá la más alta mentalidad italiana contemporánea, cita con severos y sólidos elogios la *Historia de las ideas estéticas*, no sólo en cuanto á los capítulos que se refieren á nuestra cultura, sino precisamente en esos otros en que el pensamiento del autor, con titánico empuje, se desborda fuera de las fronteras de su patria. Así la recomienda encarecidamente para el estudio de las ideas de San Agustín y de los escritores cristianos, y la pone por cima de todos los trabajos de la crítica europea para las tradiciones de las ideas platónicas y neoplatónicas en la Edad Media y el Renacimiento; así vuelve á recomendarla en cuanto á la estética alemana de menor importancia, y afirma ser la suya la mejor exposición para la historia de la

Estética francesa del siglo XIX. Gracias á Menéndez Pelayo, España ha podido ser llamada en la *Estética* de Croce el país de la libertad crítica, desde Vives á Feijóo, y figurar por vez primera en la Historia de la Estética con los nombres de sus inmortales pensadores.

Y, sin embargo, la prensa y la crítica española, que entonces, como ahora, tenía en abundancia columnas y cuartillas que dedicar á la apología de un torero ó al elogio de una cupletista, no se ocupó apenas en aquellos días de tan asombroso trabajo. *Clarín* censuraba duramente este silencio el año 86 en un precioso artículo.

Y había más, y lo sigue habiendo aún; á pesar de que en ninguna otra obra aparece tan gigante el espíritu del maestro, no es tan conocida y leída como merece serlo y como por egoísmo intelectual debiera serlo, porque pocos libros hay de nuestra moderna producción que enseñen más que ése. Menéndez Pelayo, en su misma obra, se dolía del despego del público para el más colosal de sus esfuerzos. "El silencio y la indiferencia de la crítica son tales—decía con cierto abatimiento resignado y filosófica ironía—que si no nos alienta ni nos estimula, tampoco nos molesta ni perturba. Como apenas somos leídos, libres somos para dar á nuestras ideas el desarrollo y rumbo que tengamos por conveniente, y quien tenga la fortaleza de ánimo necesaria para resignarse á este perpetuo monólogo, podrá hacer insensiblemente su educación intelectual por el procedimiento más seguro de todos: el de escribir un libro cuya elaboración dure años."

Esta queja de D. Marcelino era justificadísima.

Es esos cinco años, comprendidos desde 1880 á 1885, ó sea desde la publicación de la *Historia de los heterodoxos Españoles*, hasta el momento en que nos encontramos de la vida de D. Marcelino, dió también á la luz pública el maestro otras obras y trabajos interesantísimos, aparte de la *Historia de las ideas estéticas en España* y de sus discursos en las recepciones académicas.

He aquí algunas noticias de esos trabajos:

"Cuatro palabras acerca del teatro griego".—Estudio de Menéndez Pelayo en el primer tomo de "Aristófones: Comedias", traducidas del griego por D. Federico Baráibar.

"Prólogo" que figura en la traducción hecha por D. Ignacio Montes de Oca de los "Poetas bucólicos griegos".

"Prólogo" de las "Geórgicas: Virgilio", traducidas por el duque de Villahermosa.

"Adiciones á Horacio en España".

"San Isidoro.—Su importancia en la Historia intelectual de España".

"La Galerna del Sábado Santo".—Poesía publicada en la *Revista de Madrid.*

"Tres Heterodoxos españoles en la Francia revolucionaria."

"Algunas reflexiones acerca del Padre Feijóo".

Impugnadores del "Enciclopedismo".

"Blanco (White)".

"Doctrina estética de Platón".

"De la poética de Aristóteles".—Artículos publicados en la *Revista Hispano-Americana.*

"Traducción de dramas de Guillermo Shakespeare.

"Letras y literatos portugueses".

"Propagación y desarrollo de la Filosofía sensualista en España durante el siglo XVIII".

"El Regalismo".—Artículos publicados en la *Revista de Madrid.*

"Sectas místicas".—Trabajos insertos en la *Revista de Madrid.*

"Prólogo" á la Monografía "El Sentimiento del honor en el teatro de Calderón", de D. Antonio Rubió y Lluch.

"Prólogo" á los "Diálogos literarios", de D. José Coll.

"Odas de Q. Horacio Flaco".—Traducidas é imitadas por ingenios españoles y coleccionadas por D. Marcelino.

"Enrique Heine".

Crítica de las obras del marqués de Molins.

"Sobre la traducción de la Iliada, por Hermosilla."—Estudios críticos.

"Noticias sobre la vida y escritos de Rodrigo Caro".

"Nuestro siglo".—Reseña histórica de los más importantes acontecimientos sociales, artísticos, científicos é industriales de nuestra época, por Otto Von Leixner. Traducción del alemán, revisada y anotada por Menéndez Pelayo.

"Blanquerna, Maestro de perfección cristiana", compuesto en lengua lemosina por el iluminado doctor... B. Raimundo Lulio, con un prólogo de D. Marcelino.

"Enrique Heine: Poemas y fantasías".—Traducción de José J. Herrero, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo.—(*Biblioteca clásica*).

"Cicerón: Obras completas".—(*Biblioteca clásica*). Los cinco primeros tomos están traducidos por Menéndez Pelayo.

"Poetas líricos griegos".—Traducción.

"Estudios de crítica literaria".

"Calderón y su Teatro".

"Himno de la creación para la mañana del día del gran ayuno".—Poema del poeta hebraico-hispano del siglo XII Judah Leví.—Versión castellana de don Marcelino.

"Horacio en España" (Solaces bibliográficos).

Publicó también D. Marcelino en esos cinco años otros trabajos de menos importancia, cuya nota bibliográfica se encuentra en la notabilísima "Bibliografía de Menéndez Pelayo", hecha por el ilustre D. Adolfo Bonilla y San Martín.

A esa bibliografía remitimos al lector que quiera conocer casi totalmente las noticias de cuanto escribió D. Marcelino.

Nosotros hemos citado esas cuantas obras con el propósito solamente de dar idea al que leyere de la estupenda labor realizada por el maestro desde el año 1880 á 1885.

Capítulo XVI

Los educadores de Menéndez Pelayo.

Milá y Fontanals, Llorens y Laverde.—Orientaciones filosóficas.—La escuela catalana.—Palabras del maestro.

Los comentaristas más acertados de la obra de Menéndez Pelayo afirman que el período de mayor elaboración filosófica de su actividad mental, se extiende desde 1876 á 1891. Después entró en una fase más tranquila y apartada de las contiendas de los hombres.

De ese período hemos dado al lector en las anteriores páginas una visión exacta. Conocidas, pues, esas actividades, nos corresponde en este capítulo completar el dibujo de la figura insigne, refiriendo cómo fué educado para realizar su obra y cómo se hizo su formación intelectual.

Preciso es esto, además, para llegar á la síntesis que haremos en el siguiente capítulo del pensamiento filosófico de D. Marcelino, expresado ya perfectamente en las obras que durante ese período de 1876 á 1891 había escrito.

Nadie desconoce el influjo de la educación en el

hombre, porque, como dice un refrán: "no donde naces, sino donde paces". Es decir, no donde ves por primera vez la luz de la vida exterior, no en los lugares donde se meció tu cuna, arrullando una inconsciencia, sino donde paces, donde comes el pan del cuerpo y, sobre todo, el pan del alma, donde te preparan las sensaciones y te favorecen el desarrollo de los sentimientos y percibes las primeras luces. Según su peculiar color, así juzgas del panorama donde te enseñan á amar aquello que en la limitada esfera de una convivencia local se ama, donde se escucha la voz del padre como un oráculo y, ante todo, la voz del maestro como una iluminación de lo alto. ¡Ah, el influjo personal y social de los maestros!

Se ha dicho que la primera educación se olvida pronto, que el hombre se tapa muchas veces los ojos para penetrar en el engranaje de esa rueda de la fortuna que, según muchos, es el árbitro de los destinos humanos.

Eso parece á primera vista. Pero hay una diferencia notabilísima, sustancial, decisiva, entre el concepto que un hombre forma de los actos de su vida al juzgarlos contrarios á la idea moral impresa en su alma por la educación, á la que de esos mismos actos obtiene el que nunca distinguió, no la luz perenne, ni aun las intermitencias del faro de la verdad.

Los grandes educadores de Menéndez Pelayo en España, los que contribuyeron más á su formación intelectual, fueron don Francisco Javier Llorens, de quien recibió en edad muy temprana, y en muy contados días, un misterioso, inexplicable y profundo

influjo; don Manuel Milá y Fontanals, el más estrechamente ligado á él, por lazos de filiación espiritual, y hasta de herencia literaria, y don Gumersindo Laverde Ruiz, con quien no sólo le unieron lazos de admiración y respeto, sino otros más dulces de entrañable cariño.

De todos sus maestros, á ninguno admiró tanto como al profesor de Estética y Literatura de la Universidad de Barcelona, cuyas lecciones cursó dos años consecutivos, y al que consagró una semblanza literaria, que es tal vez la joya mejor que trazó su vigorosa y admirable pluma.

En concepto de Menéndez Pelayo, el sabio profesor barcelones fué el primer crítico español de su tiempo, y aún dudaba que después hubiese sido dignamente reemplazado. Añadía que sus tres volúmenes de *Opúsculos literarios* eran para él la más instructiva lectura de su género que puede encontrarse en España y una de las más amenas.

Un maestro de tan excepcionales dotes no podía menos de dejar profunda impresión en el espíritu excelso de su discípulo. Sembradas de ideas de Milá se hallan muchas páginas de Menéndez Pelayo.

De aquél proceden algunas doctrinas capitales, la estética realista que don Marcelino profesó, su luminosa distinción entre el arte cristiano y el arte de los pueblos cristianos que le inspiró una brillante página de su *Historia de las ideas estéticas* y, sobre todo, aquella hermosa máxima de que "no se deben dejar nuestras convicciones á merced de las impresiones de las obras de índole estética".

Máxima que su discípulo don Marcelino tradujo con la no menos sugestiva de que "no se ha de eri-

gir el orden estético en disciplina moral, ni confundir el sueño del arte con la acción viril".

Como Milá, admiró también todo lo noble, todo lo delicado; como él, conservó un alma de niño, incapaz de comprender la intriga, toda sinceridad y grandeza. Por ello guardó inefables y muy especiales simpatías por las almas suaves y escogidas, en quienes la belleza moral se ilumina con los fulgures de la más alta mentalidad ó de una inspiración delicada, tales como su venerado maestro y como Amós de Escalante, Laverde, Quadrado y otros excelsos desconocidos que él reveló á su patria.

Don Francisco Javier Llorens y Barba, catedrático también de la Universidad de Barcelona, fué, sin duda, otro de los mentores intelectuales de don Marcelino.

Menéndez Pelayo le conoció solamente durante medio año—murió el 23 de Abril de 1872—, y sólo guardó de él y del que fué último curso de su profesorado, escasos recuerdos personales.

Algunas veces asistió á sus lecciones por mera curiosidad y anhelo de saber, pues la Metafísica, asignatura que explicaba Llorens y Barba, no era materia del primer año de la carrera de Filosofía y Letras, que era el que entonces cursaba D. Marcelino.

Sin embargo, las doctrinas de aquel ilustre filósofo influyeron mucho en el insigne polígrafo.

No hemos de detenernos en este capítulo á explicar el pensamiento filosófico de Llorens. Nos concretaremos á decir que adoptó en su enseñanza sin reserva la divisa socrática, que promete á la investigación resultados de mayor provecho.

"El *nosce te ipsum*—decía—nos conduce al examen de nuestra naturaleza, y con esto avigora las más altas facultades de la mente y nos allana la crítica de los sistemas. Por fortuna, en todos tiempos el precepto socrático ha tenido fieles seguidores, quienes, aun cuando no hayan levantado los *colosales sistemas que han llenado de admiración pasajera al mundo científico*, al menos han contribuído á la elaboración de aquella *philosophia perennis* que el gran Leibnitz vislumbraba al través de las opiniones de todas las escuelas; y en nuestros tiempos, tan importante, aunque modesto trabajo, ha continuado, con fe viva y ajena de pretensiones sistemáticas, en la tierra clásica del buen sentido, en la sencilla Escocia. ¿Me será lícito indicar—añadía—que á la observación psicológica y á la crítica á que ésta da origen, podemos fiar la suerte de nuestro desenvolvimiento filosófico?"

Y en este sustancioso pasaje está contenida toda la profesión de fe filosófica de Llorens y Barba y de los pensadores de la escuela catalana del segundo tercio del siglo pasado, en la que se educó nuestro Menéndez Pelayo, que tan intensamente la sintió y la comprendió.

El propio D. Marcelino confirmó esta su procedencia filosófica, en una fecha gloriosísima en la historia del Renacimiento catalán, en 1908.

Fué entonces Menéndez Pelayo á Barcelona, y, en una memorable solemnidad celebrada en aquel Ateneo, se declaró hijo de las entrañas espirituales de Cataluña en estos términos:

"En esta escuela—la Universidad barcelonesa—me eduqué primeramente, y, aunque la vida del

hombre sea perpetua educación y otras muchas influencias hayan podido teñir, con sus varios colores, mi espíritu, que, á falta de otras condiciones, nunca ha dejado de ser indagador y curioso, *mi primitivo fondo es el que debo á la antigua escuela de Barcelona, y creo que sustancialmente no se ha modificado nunca.* A esta escuela debí, en tiempos verdaderamente críticos para la juventud española, el no ser ni krausista ni escolástico cuando estos dos verbalismos, menos distantes de lo que parece, dividían el campo filosófico y convertían en gárrulos sofistas ó en repetidores adocenados á los que creían encontrar en una habilidosa construcción dialéctica el secreto de la ciencia y la última razón de todo lo humano y lo divino. Allí aprendí lo que vale el testimonio de la conciencia y conforme á qué leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de *parsimonia, integridad y armonía.* Allí contemplé en ejercicio un modo de pensar histórico, relativo y condicionado que me llevó, no al positivismo—tan temerario como el idealismo absoluto—, sino á la prudente cautela del *ars nesciendi.* Allí la visión de lo concreto, manifestada en las formas tradicionales del arte y de la costumbre y en la perenne y práctica observación de los fenómenos del alma, tenía aventajados intérpretes, que á cualquiera escuela de Europa hubieran honrado, y entre los cuales descollaban dos que bien podemos llamar eminentes: D. Francisco Javier Llorens y don Manuel Milá y Fontanals."

Y nunca olvidó el futuro apóstol de la ciencia española, que en la Universidad de Barcelona, ó sea en la antigua escuela catalana, se formó su espíritu,

y que su primitivo fondo lo debió á ella y substancialmente no se modificó jamás.

Muchos opinan que Menéndez Pelayo, que en 1872 encontró ya decadente el espíritu de la Escuela catalana, fué, sin embargo, el que lo recogió y conservó.

La primera vez que el escritor montañés habla en sus obras de dicha Escuela y de su maestro, es en *La Ciencia Española*, al salir en defensa de la existencia y de las glorias de la filosofía nacional. Sostenía Revilla, como ya hemos dicho, que don Marcelino y Laverde eran los únicos defensores de la filosofía ibérica y los únicos aficionados á ella, á lo que le salía al paso Menéndez Pelayo, citando, entre otros muchos á quienes les había merecido también alguna atención ó estudio profundo, á los admiradores de Vives en Cataluña, como "el ilustre Martí de Eixalá, importador de la filosofía escocesa y su sabio y nunca bastante llorado discípulo el Dr. Llorens, eminente profesor de Metafísica en la Universidad barcelonesa, de quien todos los que alguna vez tuvieron la dicha de oirle recordarán el respeto con que citaba siempre á Vives, el largo estudio que de sus obras había hecho, dejando traducida é ilustrada la *De anima et vita*, y las relaciones que hallaba entre las doctrinas del eminente pensador valenciano y la del *sense common* de Guillermo Hamilton, por él con tanta gloria defendida". En otro lugar de la misma obra habla luego de las dos intentadas restauraciones del vivismo en España, á saber: una en el siglo XVIII y otra en el XIX, atribuyendo la primera al *animoso* Forner y la segunda al *sabio metafísico* Llorens, *secuaz de la escuela es-*

cocesa, que procuró enlazar con la tradición de Vives, en cuya empresa le sorprendió la muerte.

Un año después, en 1877, salía en defensa de la licitud ú ortodoxia de la escuela escocesa, puesta en duda, con suaves reticencias, por el elocuente orador católico D. Alejandro Pidal y Mon, y al hacerlo mostraba de nuevo bien á las claras sus simpatías.

Algunas de las doctrinas de Llorens quedaron tan íntimamente grabadas en el espíritu de Menéndez Pelayo, que hasta cierto punto pudieron darle programa y orientación á su vocación manifiesta de historiador.

En su luminoso y detenido estudio acerca de Gómez Pereira, que dedicó á D. Juan Valera, y que apareció en la *Revista de España*, y luego en la segunda edición de *La Ciencia Española*, no halló palabras más autorizadas que oponer á los sabios que denigraban nuestro pensamiento nacional, que las que el Dr. Llorens estampó en una oración inaugural de la Universidad de Barcelona, en defensa de la tradición intelectual de las naciones. "Cuando la civilización de un pueblo ha salido de sus corrientes primitivas, cuando la masa de sus ideas es más bien un agregado informe que un conjunto ordenado, y su energía natural se ha ido gastando en empresas poco meditadas ó en serviles imitaciones, no hay que esperar que la importación de una doctrina filosófica venga á llamar á la vida á un cuerpo desfallecido y exhausto"... "El pensamiento filosófico no es un nuevo elemento de la conciencia humana, sino una forma especial que el contenido de la conciencia va tomando, de manera que la

masa de ideas elaboradas por cada pueblo debe ser la materia sobre la cual se ejercite la actividad filosófica". "Esto dijo Llorens en 1854—añade Menéndez Pelayo—cuando el desorden de las ideas y el desprecio á la tradición no habían llegado al punto en que hoy le vemos. *Lo mismo, aunque con menos gravedad y elocuencia, he procurado inculcar en más de una ocasión.*

Con el tercero de sus mentores espirituales, don Gumersido Laverde Ruiz, no tuvo D. Marcelino propiamente relaciones de discípulo; pero en el seno de una amistad inquebrantable, recibió sus lecciones y consejos.

Y á Laverde le debió el descubrimiento de un horizonte hermosísimo en el camino de su vida intelectual, su más preciado título de gloria, el arranque de su reputación, el ser en un principio el paladín y más tarde el maestro y el apóstol de la ciencia española.

Laverde mostró ante los ojos de don Marcelino un nuevo continente espiritual y á su conquista se lanzó éste al momento con una fe y una voluntad admirables.

En un soneto que á continuación transcribimos, dejó grabada Menéndez Pelayo su admiración á aquel hombre ilustre.

Ese soneto lo escribió en Noviembre de 1876. Figura en sus *Estudios poéticos* y dice así:

A mi doctísimo amigo y paisano

DON GUMERSINDO LAVERDE RUIZ

restaurador de los estudios de filosofía española.

Noble campeón de la humana ciencia
por quien renace la inmortal memoria
de Soto y Suárez, la olvidada gloria
de Lulio y Foxo, Vives y Valencia.
Ellos del ser la inexcrutable esencia,
del *pensamiento* la agitada historia,
del *espíritu* humano la victoria,
y el potente *afirmar* de la *conciencia*,
con lengua revelaron soberana;
mas sus nombres cubrió silencio triste
hasta que tú avivaste el sacro fuego:
Por ti que tal tesoro descubriste,
no envidiará ya mas la gente hispana
al germano tenaz, al sabio griego.

Creemos, lector, haberte dado una sencilla, pero cabal idea, de los iniciadores del insigne polígrafo.

Bien le encarrilaron en la vida científica, á la que nació el maestro en una época de desorientación intelectual.

D. Marcelino halló cerradas todas las sendas del engrandecimiento científico de la patria, y vió al krausismo como selva obscura é intrincada donde se perdía la juventud española.

Pero Menéndez Pelayo, encarnando el espíritu nacional, cada día con mayor amplitud y pujanza, supo llegar á ser el español más representativo de su tiempo, y, gracias á él y á su acción decisiva, tuvo España la revelación en su propio genio.

"La generación presente—escribía en 1876—se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras

de los krausistas; la generación siguiente, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas. Faltan estudios sólidos y macizos."

Y eso hizo Menéndez Pelayo. Predicó con el ejemplo.

Capítulo XVII

Menéndez Pelayo, filósofo

Algunas consideraciones sobre las doctrinas filosóficas del maestro.

No deja de ofrecer dificultades para unos modestos biógrafos el trazar la silueta filosófica del maestro. Requiere esto serios estudios; acumulación de datos, muy difícil de realizar; acierto en la síntesis y exactitud en los vocablos. La inmensa figura de Menéndez Pelayo filósofo, es poco suceptible de discretas reducciones de tamaño para que pueda ser apreciada en su totalidad por los que no alcanzan á distinguir en ciertas alturas.

Es incuestionable que la reputación capital de D. Marcelino, se refiere á la esfera de la crítica é Historia literaria; pero su labor en el orden filosófico tiene excepcional importancia, por haber hecho más con su excitaciones y ejemplos que todos sus contemporáneos con obras diputadas por originales.

Sobre estas ideas ha disertado elocuentemente el señor Bonilla y San Martín. De su trabajo recogeremos algunas consideraciones capitales.

No puede negarse que, fuera de los trabajos humanísticos, la parte más extensa de la producción del maestro es la concerniente á la filosofía.

Cuando por el año de 1875, comenzó á dar muestras de su prodigioso genio, era la situación de la disciplina filosófica entre nosotros muy lamentable. Se ahogaba, según opinión del señor Bonilla y San Martín, entre dos fanatismos, el escolástico y el krausista.

En esta situación, Menéndez Pelayo creyó indispensable enderezar sus esfuerzos en el sentido de los siguientes fines: 1.°, labor de crítica imparcial, pero cuando fuese necesario, dura, violenta; 2.°, labor paciente de exposición amplia de nuestra historia para poner de relieve los hechos y las ideas; 3.°, labor de inspiración de nuestro pensar en alguna dirección filosófica que no contrariase su naturaleza ni sofocara su tradicional tendencia, porque entendía, como Taine, que "en cada instante puede considerarse el carácter de un pueblo como el resumen de todas sus acciones y sensaciones precedentes; es decir, como una cantidad y como un peso, no infinito, puesto que todas las cosas están limitadas en la naturaleza, sino desproporcionado al resto y casi imposible de ser levantado, porque cada minuto de un pasado casi infinito, ha contribuído á engrosarle, y para vencer la balanza sería preciso acumular en el otro platillo un número de acciones y de sensaciones todavía más grande."

Por eso la gran obra del maestro responde á estros tres fines: de *crítica*, de *reconstitución* y de *regeneración*.

El mismo señor Bonilla y San Martín, declara

que D. Marcelino le confesó que su aspiración en materia de estilo era *no tenerlo.*

Don Marcelino fué acérrimo defensor de la filosofía de Luis Vives, constituyendo este *vivismo* el fondo del espíritu crítico del maestro.

Y este espíritu no fué ni *especialista* ni *sistemático,* y á ello debió el ser polígrafo y enciclopédico.

Al primero de los tres fines antes indicados, responde gran parte de *La ciencia española* y la *Historia de los heterodoxos españoles,* donde se respira una atmósfera de combate.

Las páginas del tercero y último de esta obra, abundan en enérgicos rasgos de severa censura contra los krausistas, cuando dice:

"Es mala vergüenza para España que cuando ya todo el mundo culto, sin distinción de impíos y creyentes, se mofaba con homérica risa de tales visiones, dignas de la cueva de Montesinos, una horda de sectarios fanáticos, á quienes sólo da fuerza el barbarismo (en parte calculado, en parte espontáneo) de su lenguaje, haya conseguido atrofiar el entendimiento de una generación entera, cargarla de serviles ligaduras, incomunicarla con el resto del mundo, y derramar sobre nuestras cátedras una tiniebla más espesa que la de los campos Cimmerios. Bien puede decirse de los krausistas lo que de los averroístas dijo Luis Vives: "Llenó Dios el mundo de luz y de flores y de hermosura, y estos bárbaros le han llenado de cruces y de potros, para descoyuntar el entendimiento humano."—Porque los krausistas han sido más que una escuela, han sido una logia, una sociedad de socorros mutuos, una tribu, un círculo de *alumbrados,* una *fratría,* lo que

la pragmática de D. Juan II llama *cofradía* y *monipodio*, algo, en suma, tenebroso y repugnante á toda alma independiente y aborrecedora de trampantojos. Se ayudaban y se protegían unos á otros: cuando mandaban, se repartían las cátedras como botín conquistado: todos hablaban igual, todos vestían igual, todos se parecían en su aspecto exterior, aunque no se pareciesen antes, porque el Krausismo es cosa que imprime carácter y modifica hasta las fisonomías, asimilándolas al perfil de D. Julián ó de D. Nicolás. Todos eran tétricos, cejijuntos, sombríos: todos respondían por fórmulas hasta en las insulseces de la vida práctica y diaria: siempre en su papel: siempre *sabios*, siempre absortos en la *vista real* de lo absoluto... Todo esto, si se lee fuera de España, parecerá increíble. Sólo aquí, donde todo se extrema y acaba por convertirse en mojiganga, son posibles tales cenáculos. En otras partes, en Alemania, pongo por caso, nadie toma el oficio de metafísico en todos los momentos y ocupaciones de su vida: trata de metafísica á sus horas, profesa opiniones más ó menos nuevas y extravagantes, pero en todo lo demás es un hombre muy sensato y tolerable. En España no: el filósofo tiene que ser un ente raro, que se presente á las absortas multitudes con aquel aparato de clámide purpúrea y chinelas argénteas con que deslumbraba Empédocles á los siracusanos."

Estas apreciaciones no impidieron á Menéndez Pelayo reconocer ciertos méritos de la escuela que combatía.

Fué su espíritu independiente y libre dentro de su acendrado amor al catolicismo, siendo sus funda-

mentales principios, *independencia de juicio y amor al conocimiento de las tradiciones españolas.*

Por lo que á la Filosofía respecta, dedicó buena parte de su obra á la vindicación de nuestra historia, no sin mencionar con su habitual sinceridad á los que le habían precedido en esta empresa.

Publicó textos inéditos de nuestros filósofos, por ejemplo, el tratado de *De processione mundi* del Arcediano Domingo Gundisalvo, el *Demócrates alter* de Ginés de Sepúlveda y varios opúsculos de Arnaldo de Vilanova; copió otros, inéditos también, que no llegó á publicar, como el *De artificio omnis et investigandi et inveniendi natura scibilis* de Fernando de Córdoba; reimprimió trabajos de singular rareza, como el *Blanquerna* de Lulio, y constantemente dedicó especial atención á la exposición crítica de las doctrinas de nuestros pensadores: recuérdense, por ejemplo, las de Gómez Pereira, Lulio, Vives, León Hebreo, y Francisco Sánchez, para no hablar de otras muchas, tan exactas, profundas y admirables como las precedentes.

Consideraba él como creaciones del pensamiento ibérico: el *senequismo*, el *averroísmo*, el panteísmo judaico-hispano de Abengabirol, el *lulismo* el *suarismo* y el *vivismo* ó filosofía crítica, de la cual surgen, en su opinión, cuatro direcciones oficiales:

1.ª El *peripatetismo clásico*, "muy conforme con la tendencia de Vives, que admiraba y seguía en mucha parte á Aristóteles *puro* y sin mezcla averroísta ni escolástica". Representado por Sepúlveda, Gouvea, Cardillo de Villalpando, Martínez de Brea y Pedro Juan Núñez, "caudillo de la que pudiéramos

llamar *escuela valenciana*" (Monzó, Monllor, Serverá, etc.).

2.ª El *ramismo español* (el salmantino Herrera, Pedro Núñez Vela, etc).

3.ª El *onto-psicologismo* de Fox Morcillo.

4.ª El *cartesianismo ante-cartesiano* (Dolese, Gómez Pereira, Francisco Vallés, Torrejón y Barreda).

Y señalaba, por último, en esta relación de sistemas, el racionalismo escéptico de Francisco Sánchez, y el empirismo sensualista del Dr. Huarte de San Juan y de la falsa D.ª Olivo Sabuco.

Parecíale absurdo á Menéndez Pelayo que se identificase la *ortodoxia* con el escolasticisco, como actualmente hace la escuela de Lovaina, en la cual se ha trazado un cuadro de dogmas, fuera de los cuales nadie es escolástico ni ortodoxo. Y á este propósito decía:

"En rigor, ¿qué es la escolástica? ¿Dónde principia y dónde acaba? ¿Es escolástica la ciencia compilatoria de Casiodoro y de Boccio, la de San Isidoro, la de Beda ó la de Alcuino? Pues más vale conocer la antigüedad en sus fuentes que en alterados extractos. ¿Es escolástico el *panteísmo* de Scoto Erígena? ¿Lo es el antitrinitarismo de Roscelín, ó el racionalismo de Abelardo, ó alguna otra de las infinitas herejías que brotaron en las escuelas de la Edad Media? ¿Son escolásticos los místicos educados con el libro falsamente atribuído á Dionisio Areopagita? ¿Sonlo los averroístas con su panteística teoría del entendimiento uno? ¿Dónde está la verdadera escolástica? En el *tomismo*, dice... Pero entonces se enojarán los *escotistas* y los *ockamistas*, si alguno queda, y se enojarán también los *suaristas*, á no ser por

el fervor architomista que en estos últimos años ha entrado á los en otro tiempo disidentes jesuítas."

Toda la ciclópea obra de Menéndez Pelayo contiene un espíritu alentador y fortificante, sobre todo en la obra *La ciencia Española*, en la cual defendió la Inquisición con energía, afirmando que el genio español es eminentemente católico; la heterodoxia es entre nosotros accidente y ráfaga pasajera.

Manteniendo la misma idea, en Septiembre de 1910 escribía el maestro estas inmortales palabras, que se consideran, á pesar de no ser las últimas, como su testamento intelectual:

"Hoy presenciamos el lento suicidio de un pueblo que, engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan, y corriendo tras vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu, que es el único que ennoblece y redime á las razas y á las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece á cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la historia lo hizo grande, arroja á los cuatro vientos su riqueza artística, y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía. ¡De cuán distinta manera han procedido los pueblos que tienen conciencia de su misión secular! La tradición teutónica fué el nervio del renacimiento germánico. Apoyándose en la tradición italiana, cada vez más profundamente conocida, construye su propia ciencia la Italia sabia é

investigadora de nuestros días, emancipada igualmente de la servidumbre francesa y del magisterio alemán. DONDE NO SE CONSERVA PIADOSAMENTE LA HERENCIA DE LO PASADO, POBRE Ó RICA, GRANDE Ó PEQUEÑA, NO ESPEREMOS QUE BROTE UN PENSAMIENTO ORIGINAL NI UNA IDEA DOMINADORA. UN PUEBLO NUEVO PUEDE IMPROVISARLO TODO MENOS LA CULTURA INTELECTUAL. UN PUEBLO VIEJO NO PUEDE RENUNCIAR Á LA SUYA SIN EXTINGUIR LA PARTE MÁS NOBLE DE SU VIDA Y CAER EN UNA SEGUNDA INFANCIA MUY PRÓXIMA Á LA IMBECILIDAD SENIL."

Terminantemente declaró Menéndez Pelayo que no era tomista; él profesaba *el criticismo vivista*, teniendo gran afición á la escuela escocesa, aunque no dejó de ver sus defectos.

Su antipatía, propia del humanista y del crítico, hacia el tomismo, se revela ya en el bello estudio sobre la *Antoniana Margarita*, de Gómez Pereira, donde aplaude la briosa refutación que el médico de Medina del Campo hace de la teoría escolástica sobre la conversión del *fantasma* en especie inteligible por la luz del entendimiento agente. Pero su total pensamiento acerca de estas cuestiones, consta especialmente en su controversia con el dominico Padre Fonseca.

Opinaba Menéndez Pelayo que Santo Tomás tiene sólo una originalidad de método: "ninguno de los principios filosóficos de Santo Tomás, ha sido formulado primeramente por el Santo, sino que todos estaban contenidos; ó en germen ó en desarrollo pleno, en Aristóteles y sus comentadores, ó en los platónicos, ó en San Agustín, ó en los escolásticos anteriores al Santo."

Afirmaba también que no debía atribuirse á Santo Tomás el descubrimiento de la inducción baconiana: "Pertenezco—dice—al número de los *inconscientes*, que creen que Santo Tomás no adelantó en esto de la inducción sobre lo que Aristóteles le había enseñado, y que Aristóteles, aunque conoció la inducción como todo ser racional, y la aplicó maravillosamente á las ciencias naturales, á la política y á la teoría del arte, en su lógica la relegó á muy secundario lugar, y no la estudió con el mismo amor que el silogismo, ni fijó los cánones del método de invención, mérito que estaba reservado á Bacon, precedido en la Edad Media por el otro Bacon, franciscano, y en el Renacimiento por el gran Vives, por Telesio y por otros italianos. Y aunque sea hoy moda decir mil afrentas de Bacon, á título de fautor del positivismo, yo creo que á cada uno debe darse lo suyo, y que el procedimiento inductivo no es malo cuando rectamente se aplica á sus naturales objetos. Lo malo es el exclusivismo y el abuso."

Con respecto á las *especies inteligibles*, á las *representaciones* y á los *fantasmas*, opina que se trata de "obstrucciones y quimeras idealizadas", y en tal punto se declara antiescolástico intransigente, abominando de la restauración escolástica, á modo de la del P. Fonseca y otros, con los cuales proclama no tener nada que ver y "cuya obra sólo ha de servir para perpetuar en España el estado de desidia intelectual y de agitación estéril en que vivimos".

Consecuente con su abolengo vivista, consideraba D. Marcelino la Psicología como una ciencia natural y, como tal, ha de colocarse en el punto de

vista del sentido común, dejando para los *ingenia metaphysica* (según la expresión de Vives) todas las elucubraciones de la *Erkenntnistheorie.*

En casi todas las obras de Menéndez Pelayo se encuentran estas apreciaciones personales acerca de materias filosóficas, especialmente en su *Historia de las ideas estéticas en España.*

Sobre el arte sentaba la teoría de que el arte por la moral es una espada de dos filos terrible en manos del fanatismo sectario. El fin inmediato de la obra de arte no es otro que la producción de la belleza, y con producirla se cumple, sin ninguna otra aplicación, sentido ni transcendencia. Las leyes éticas no obligan al artista sino como persona moral. Si hay pintores, escultores y poetas inmorales, no es porque el arte que practican sea por sí mismo moral ó inmoral, sino porque ellos son malos hombres y malos artistas, que han tomado al pie de la letra la doctrina de que el arte no debe hacerse por el arte mismo ni por la belleza, sino por otros fines distintos, como la lujuria, la concupiscencia ó el sórdido anhelo de ganancia.

Capítulo XVIII

Más de la labor del genio.

No cesa el trabajo.—Apartamiento de la vida de sociedad.—La Emperatriz Eugenia y D. Marcelino.—Bibliografía.

Seguimos narrando en este capítulo la vida de D. Marcelino.

Desde 1885 á 1891 no hubo apenas variaciones en su sencillo vivir. Su existencia se concretaba á sus libros y á las lecciones de su cátedra.

Continuaba hospedado en el Hotel de las Cuatro Naciones. Allí almorzaba y comía, excepto las veces que estaba invitado á mesas aristocráticas, especialmente en las casas de las ilustres familias descendientes de los duques de Rivas, Villahermosa y Alba.

Todavía en esa época hacía D. Marcelino bastante vida de sociedad; pero desde 1891 fué poco á poco apartándose de ella y reconcentrándose cada vez más en sus estudios.

Y ya que hablamos de esto, diremos que en sus últimos años rara vez acudía á otras casas que no fueran la del marqués de Valmar y la de una seño-

ra de ilustre alcurnia montañesa, llamada doña Joaquina Pezuela, hermana del marqués de Viluma.

Esta virtuosísima dama era muy aficionada á las Letras, y sentía, como su hermano el marqués, vivísima admiración por el maestro.

Al fallecer dio á Menéndez Pelayo el último testimonio de su admiración y de su cariñosa amistad, dejándole en su testamento una manda de quince mil pesetas para que pudiera comprar libros viejos cuando tuviese ocasión, sin pasar para ello apuros ni privaciones de dinero.

Una de las últimas invitaciones aristocráticas que recibió D. Marcelino fué la del duque de Alba, que le convidó á almorzar en su palacio con la Emperatriz Eugenia, la última vez que esta insigne dama estuvo en la Corte.

Menéndez Pelayo agradeció mucho aquella invitación. La Emperartiz Eugenia conversó con el maestro afablemente, hablándole de los literatos españoles de su tiempo que frecuentaban los salones de su madre la condesa del Montijo.

Pero volvamos á ese período de 1885 á 1891.

Su actividad mental continuó siendo enorme, tan grande como la que en anteriores años había desarrollado.

He aquí la relación de algunos de los trabajos que publicó durante ese período:

"Prólogo" á la obra "San Francisco de Asís", de doña Emilia Pardo Bazán.

"Personajes ilustres": Martínez de la Rosa, Núñez de Arce.—Estudios biográfico-críticos de don Marcelino.

"Prólogo" á las "Poesías divinas y humanas", de D. Pedro de Quirós.

Contestación de D. Marcelino al discurso leído en la Real Academia Española por el P. Miguel Mir.

Estudio crítico de "Calderón: Teatro selecto".

"Prólogo" á la "Gramática griega elemental", del Dr. Jorge Curtius.

"Obras completas de D. Manuel Milá y Fontanals", coleccionadas por D. Marcelino.

"Prólogo" de D. Marcelino á "Lo Gayter del Llobregat", poesías de D. Joaquín Rubió.

Contestación de Menéndez Pelayo al discurso leído en la Real Academia de la Historia por don Eduardo de Hinojosa.

Discurso leído en la Universidad Central en la inauguracion del curso de 1889 á 1890.

"Prólogo" á las "Obras completas", de D. José María Pereda.

Notas críticas, muy extensas, de D. Marcelino á los "Estudios literarios", de D. Pedro José Pidal.

"Prólogo" á "Tácito: Los Anales", traducción de Carlos Coloma.

Informe sobre la obra "Monumentos antiguos de la iglesia compostelana".

Traducción de Juan Ginés de Sepúlveda.—"Diálogo sobre las justas causas de la guerra".

"Un poeta montañés desconocido del siglo XVIII".

"Antología de poetas líricos castellanos, desde la formación del idioma hasta nuestros días".

"Estudio sobre los orígenes del romanticismo francés. Los precursores".

"Los iniciadores. Mad Stoel, Chateaubriand y sus respectivos grupos".

"La música de la lengua castellana".—Contestación al discurso académico de D. Francisco Asenjo Barbieri.

Don José María Cuadrado.—Su vida y escritos.

"Influencia de las lenguas y literaturas orientales en la española, por D. Francisco Fernández y González.

"Investigaciones biográficas y bibliográficas sobre Tirso de Molina."

"Memorias de Benedetto Croce, acerca de las relaciones políticas y literarias entre España é Italia".

"Memorias de Benedetto Croce sobre la corte literaria de Alfonso V de Aragón en Nápoles. Alabanza de la Duquesa de Ferrara. Lucrecia Borgia y la Cuestión de Amor".

"La historia Parthenopea de A. Hernández" (elogio del gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdova). "La Corte de las tristes reinas de Nápoles (Juana III y IV)". "Tratado de educación de Galateo", publicados por Benedetto Croce. Bastero, poeta provenzal. Discurso de Rubió.

"Estudios sobre la Edad Media en España", por Dolfus.—"Epopeyas francesas", de Gautier.—"El endecasílabo en la poesía castellana del siglo xv y principios del xvi", por Morel-Fatio.

"Grillparzer y Lope de Vega", por el Dr. Arturo Farinelli.

"De los poemas históricos relativos á Chile".

"Jorge Manrique".

"La sátira política en tiempo de Enrique IV de Castilla".

"Nueva biografía del abate Marchena".

"La leyenda de los Infantes de Lara", por D. R. Menéndez Pidal.

Todos estos artículos se publicaron en la *España Moderna*.

"Prólogo" al libro de poesías "Soñar despierto", de D. Antonio Arnao.

"Advertencia preliminar" en el "Libro de las virtuosas é claras mujeres", de D. Alvaro de Luna.

A esta labor admirable hay que añadir la que realizó en la Cátedra y en las Academias.

Capítulo XIX

Académico de Ciencias Morales y Políticas.

La recepción.—El discurso de Menéndez Pelayo.—"Los orígenes del criticismo y el escepticismo, y los precursores españoles de Kant".—Contestación del señor Pidal.

Con la solemnidad de costumbre y ante un público tan numeroso como distinguido, se verificó el 15 de Mayo de 1891 la recepción del Sr. Menéndez Pelayo en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Presidió D. Francisco de Cárdenas, que tenía á su derecha al obispo de Huesca y al secretario de la Corporación, Sr. García Barzanallana, y á su izquierda á D. Alejandro Pidal y al Sr. Concha y Castañeda.

Don Marcelino penetró en la sala, según tradicional costumbre, acompañado por los dos académicos más modernos, Sres. Azcárate y Linares Rivas, y seguidamente dió lectura á su discurso de ingreso, que versaba sobre "Los orígenes del criticismo y

el escepticismo, y los precursores españoles de Kant."

Ciento catorce páginas abrazaba la notable oración académica de Menéndez Pelayo, y en ella desenvolvía su maravillosa erudición y el admirable sentido crítico y artístico que hace que sus obras no sean sólo obras de erudito, sino de pensador eminente y de verdadero artista.

Comenzó D. Marcelino haciendo un caluroso elogio de su predecesor en el sillón académico, el ilustre marqués de Molins, y entró á desenvolver el tema del discurso de una manera maravillosa.

Las dimensiones de este libro nos obligan á concretar todos estos magníficos trabajos del insigne maestro. Diremos, sin embargo, que al hablar de los precursores de Kant demostró el autor de la *Historia de los Heterodoxos Españoles* que en éste, como en los demás sistemas de filosofía, la ciencia española había dado siempre muestra de su vitalidad, no quedándose á la zaga de la de otros países.

A más de esta consideración relativa á la filosofía española, los puntos culminantes de su discurso constituían un admirable bosquejo histórico del escepticismo en la antigüedad, en la Edad Media y en el Renacimiento.

Los retratos de Luis Vives y de Francisco Sánchez aparecieron trazados de mano maestra, y el análisis de la filosofía agnóstica moderna, con que terminaba la disertación, era acabadísimo.

Las últimas palabras de su discurso fueron: "Practiquemos aquel programa tan modesto, pero tan sabio, de higiene intelectual, que compendió Wiliam Hamilton en tres palabras de inmenso sen-

tido, nunca más dignas de recordarse que en épocas de dura transición, como la presente: *parsimonia, integridad, armonía.*"

Don Alejandro Pidal, que estaba encargado de contestar á D. Marcelino, hizo un discurso elocuentísimo que revelaba profundos estudios filosóficos. Trazó el cuadro de la España histórica, haciendo resaltar la libertad de pensamiento de que se disfrutaba durante épocas en que se hallaba en toda su fuerza la Inquisición.

Se extendió después en un detenido análisis del escepticismo vulgar, del místico ó tradicionalista y del transcendental, juzgándolos desde el punto de vista de la filosofía escolástica.

Ambos ilustres académicos fueron calurosamente aplaudidos.

Capítulo XX

Cambio de domicilio.

Un nuevo cargo.—Bibliotecario de la Academia de la Historia.—Las habitaciones del maestro.—Sencillez y modestia.—En recuerdo de D. Marcelino.

En 1894 fué nombrado D. Marcelino bibliotecario de la Academia de la Historia, y tomó posesión del cuarto que le correspondía en los altos del edificio de la calle del León, en que desde 1874, por disposición del Sr. Ruiz Zorrilla, se instaló la citada Academia.

En esa habitación gratuita vivió el maestro el resto de su vida, y aunque en 1909 fué elevado á director, los dos bibliotecarios que le sucedieron, el Sr. Rodríguez Villa y el conde del Cedillo, le cedieron su derecho para que continuara ocupándolas, por vivir ellos en casas propias.

En el cuarto, donde el insigne maestro vivió durante diez y ocho años, se limitó á habitar dos habitaciones: la que le servía de gabinete de lectura y de trabajo, y en la que dormía y se aseaba. Hoy se entra á ellas por la puerta del cuarto que ocupa el portero de la Biblioteca, y son reflejo vivo del espí-

rítu sencillo y modesto del gran polígrafo. Como que D. Marcelino continuó viviendo como un estudiante. No teniendo en Madrid familia, hizo que su entrañable amigo, D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja, le acompañase en su nueva vivienda, cediéndole habitaciones de las que el maestro no utilizaba. Su sobria comida hacíala ordinariamente en el restaurant de Fornos. Y en aquellas dos modestísimas habitaciones se albergó el genio para seguir laborando sin tregua. No había en ellas nada que revelase refinamiento de lujo, ni aun de aficiones artísticas. Había nada más que lo absolutamente necesario para la vida y el trabajo, y las eligió por ser interiores y por tener dos ventanas al patio del edificio, donde no podían llegar ruidos que perturbasen sus largas horas de meditación y de lectura.

En la sala de trabajo, en el testero de enfrente, entre las ventanas, había un sencillo sillón de rejilla, de Viena, bastante usado, delante del cual se hallaba una humilde mesa de escritorio, antigua, y sobre ella un tintero de cristal, con tinta de la que él usaba; dos plumas con sus mangos; la pluma de escribir y la pluma de leer; esto es, con la que anotaba las márgenes de los libros que leía; un pisapapeles de cristal, de figura prismática; un secante; una caja con plumillas de acero y otra con tarjetas de visita; una caja con papel y sobres para cartas, y otra con B. L. M.; una carpeta de cartón con cuartillas, y otra para escribir, con papel secante también. El resto del mobiliario de esta habitación consistía en un cuadro de marco dorado en el muro de la derecha, conteniendo una fotografía de gran tamaño con los retratos de S. M. la Reina D.ª María

Cristina, en grupo con el Rey D. Alfonso XIII, niño; distribuídas por toda la babitación media docena de sillas de rejilla, de Viena, y dos marquesitas al lado de la chimenea de mármol. Junto á la chimenea, una mesita de caoba, teniendo en ésta una botella de cristal con agua, un vaso y una copa, y todo sobre una pobre bandeja de lata maqueada. Por último, en el testero de enfrente, desde la puerta de entrada al ángulo respectivo de la sala, una estantería tosca de pino sin pintar, con cuatro divisiones y ocho tableros cada una, y en ellos los libros de su uso, la mayor parte enviados para este fin, desde Santander, por D. Enrique Menéndez Pelayo, hermano del insigne polígrafo y también escritor excelente.

De esta habitación se pasaba á la que servía de dormitorio al maestro. En esta alcoba se acentuaba la modestia de D. Marcelino.

Sobre la cama, de hierro maqueado, con flores de color y remates dorados, de bronce, una cruz, de metal dorado también, como de 10 ó 12 centímetros de altura, sobre un fondo formado por otra cruz plana de madera, cubierta de *peluche* de color granate; colchones, almohadas y colcha blanca de piqué, aseados y modestos. Junto á la cama, una mesita de noche con tablero de mármol blanco, y una alfombrilla á los pies. Frente á la cama, otra marquesina vieja, forrada de *reig*, y otras dos sillas de rejilla. Lavabo de mesa, imitando palosanto, con sus correspondientes aljofaina, jarro y cubo, y en otro rincón un armario, también viejo, para ropa. Por último, junto á la puerta que comunica con la sala de trabajo, una percha común, de metal, de tres ganchos, y pendiente de uno de ellos el bastón que

había usado toda su vida, y que no pudo llevar en su viaje á Santander, por habérsele caído en la Puerta del Sol, al bajar de un tranvía, y haber sido aplastado bajo las ruedas de éste.

Así era la casa del genio al acabar el siglo XIX y al comenzar el XX.

La Academia de la Historia, á la muerte de don Marcelino, acordó que esas dos habitaciones, con el modesto y casi pobre menaje del hombre ilustre que las ocupó, fuesen para siempre consagradas á su recuerdo, como un anhelo generoso á que allí, en el teatro principal de su inmensa labor, tuviera perpetuamente para la Academia, para la Patria, para el Olimpo de la Ciencia universal, una representación formal, siempre viva, con su sombra, que allí vaga, y los instrumentos de su saber y de sus trabajos.

El profesor de la Escuela Superior de Agricultura Sr. Lampérez y Romeo, hizo la obra de decoración y de instalación definitiva de aquellas estancias, y en el mes de Mayo, del año que corre, se celebró la tierna ceremonia de inaugurar aquel Museo.

En el muro de la izquierda se colocaron tres cartelas pintadas y adornadas con letras y listones de oro y coronas de laurel, con barras del mismo metal y una lápida marmórea de idénticas proporciones con los nombres de las obras literarias principales del insigne maestro; en una de estas cartelas: *Historia de las ideas estéticas en España.—Obras de Lope de Vega;* en otra: *Historia de la poesía hispano-americana.—Orígenes de la novela;* en la tercera: *Historia de los heterodoxos españoles.—Anto-*

logía de poetas líricos castellanos; y por último, en lápida de mármol: *A la memoria | de | Marcelino Menéndez y Pelayo | Director egregio | de la | Real Academia de la Historia | Qui elucidant me vitam æternam habebunt |* Ecili. XXIV 31.

En el testero principal, por encima del sillón en que D. Marcelino trabajaba, se colocó también una magnífica lápida de mármol blanco, con recuadro escultórico de hojas de laurel y de roble, sobre marco en mármol negro, y en cuyo centro se lee esta inscripción latina, redactada por el actual director de la Academia, Padre Fidel Fita (S. J.):

Hic. per. annos. XVIII. commoratvs. est
Marcelinvs . Menendez . et . Pelayo
magnvm. Hispaniarum. deevs
de Regia. Historiae. Accademia. Præses. benemeritissimvs
Obiit. XIV. kalendas. ivnias
A . D. MCMXII.
Semper . honos. nomemque. tvvm. lavdesque. manebvnt

Esta feliz idea tuvo el aplauso de todos los admiradores del glorioso maestro.

Capítulo XXI

Menéndez Pelayo en la cátedra.

Veinte años de enseñanza.—Cómo explicaba en la clase.—Su método.—Contra los libros de texto.—Un discípulo bien suspendido.—El ramo de lilas.

Dentro del orden cronológico que seguimos en esta biografía, nos vamos acercando á la época en que D. Marcelino cesó en las tareas de la cátedra. Necesario es, por lo tanto, que nos detengamos un punto y dediquemos un capítulo á sintentizar el aspecto que como profesor de la Universidad Central ofrecía el insigne polígrafo.

Desde el año 1878, en que, tras brava lucha en reñidísimas oposiciones, ganó D. Marcelino la cátedra de Historia crítica de la literatura española, hasta 1898, fecha en que fué nombrado director de la Biblioteca Nacional, no interrumpió el maestro su labor de catedrático.

¡Veinte años de asistencia continua á la clase, y de no interrumpida enseñanza á tantas generaciones! Esto fuera suficiente para que el recuerdo del maestro insigne no se borrara nunca. Pero hay algo más que esa constancia y ese amor que Menéndez

Pelayo sintió por la cátedra: la labor admirable que realizó en ella.

Su método de enseñanza era eminentemente analítico. Se preparaba todos los días para la lección que había de explicar, y llevaba á la clase los textos de los autores correspondientes á la materia que le tocaba desenvolver. Para los escritores en prosa, se valió generalmente de la antología de Capmany.

Tenía la clase por la tarde. Su presencia en los claustros era siempre acogida por los estudiantes con respeto y cariño. Cesaban las conversaciones, las risas y los alborozos, y hasta las más pequeñas y díscolas cabezas estudiantiles se descubrían al paso del maestro.

Ya en el aula, D. Marcelino ocupaba su sillón en el estrado, y entre el silencio de los alumnos comenzaba su explicación con voz gutural, fuerte, metálica, reposada.

Refería primero la biografía del autor y analizaba después los textos que había escogido, tanto en el aspecto gramatical, cuando ofrecían alguna particularidad digna de notarse, como en el aspecto del estilo y de su valor literario y estético.

Aborrecía los libros de texto, afirmaba que la mayor parte de ellos eran malos, y opinaba que en vez de consignar como mérito en la hoja de servicios de un catedrático el haber publicado un libro de texto, debía considerarse como demérito.

También era abierto enemigo de esos apuntes que suponen ser la reproducción ó el resumen de las explicaciones de un catedrático y que se venden con el exclusivo propósito del lucro. Y tenía buen

cuidado en manifestárselo así á sus discípulos el primer día de clase, desautorizando de una manera absoluta cuantos apuntes les ofrecieran como síntesis de sus explicaciones.

En cambio recomendaba á los alumnos el conocimiento directo de las obras maestras de la literatura española. Y ponía tal empeño en que esta recomendación se atendiera, que se dió el caso de suspender á un examinando de su asignatura, que contestó regularmente á las preguntas que se le hicieron, pero que en alguna de las respuestas dejó ver de una manera inequívoca que no había leído *El Quijote.*

No era, sin embargo, don Marcelino duro ni exigente con sus discípulos. Era benévolo, cariñoso, afable. Todos le querían y le respetaban, y no olvidarán nunca el recuerdo de sus bondades.

Eduardo Zamacois, discípulo de Menéndez Pelayo, elogió en un precioso artículo esas cualidades del maestro, y contó el siguiente episodio:

Una mañana llegó don Marcelino á clase con un ramo de lilas. Sobre la severidad académica de su levita, la lozanía de aquellas flores ponía una agradable nota pastoril. El aula misma, con la aridez de sus paredes desnudas y de sus bancos de madera, pareció alegrarse. ¿De dónde provenían tales flores? ¿Las compró el maestro ó las cogió por su mano en algún solitario rincón de la Casa de Campo?

Comenzó la explicación. Los discípulos le escuchaban atentamente, y á intervalos se inclinaban para apuntar en su cuaderno de notas un nombre ó una fecha. Transcurrida la hora de clase, D. Marcelino se levantó, y recobrando su ramo de lilas, lo

olisqueó con fruición, cual si quisiera refrescar en él su semblante ardoroso. Después, para justificarse ante los alumnos de aquel capricho, exclamó:

—Adoro las flores; si alguien me preguntase en qué mes prefiero morir, le diría que en Mayo.

¿Presentimiento? ¿Azar?...

Don Marcelino Menéndez Pelayo falleció á las seis y media de la tarde del día 19 de Mayo de 1912.

Su deseo se cumplió totalmente.

Capítulo XXII

Director de la Biblioteca Nacional

Como se hizo el nombramiento.—El patriotismo de una dama ilustre y la gestión de un ministro.—Interesante correspondencia.

Otro de los altos puestos que ocupó Menéndez Pelayo, fué el de director de la Biblioteca Nacional, para cuyo cargo fué nombrado el día 6 de Julio de 1898.

No fué negociación fácil este nombramiento, aun cuando en aquel concurso se imponía el nombre de D. Marcelino de una manera avasalladora. Hasta la calumnia se empleó como arma para derrotarle.

Pero el patriotismo y el entusiasmo de una dama ilustre, la duquesa de Alba, y el empeño con que secundó sus deseos D. Germán Gamazo, que en aquellos días desempeñaba la cartera de Fomento, consiguieron el triunfo en aquella lucha, llevando á la dirección de la Biblioteca Nacional al hombre que más méritos, indiscutiblemente, reunía en España para desempeñarla, á D. Marcelino Menéndez Pelayo.

¿Cómo se logró esto? El Sr. Paz y Melia, archi-

vero de los duques de Alba, realizó una obra de justicia y de patriotismo, descubriendo el proceso de tal nombramiento y publicando en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* la correspondencia que medió entre la inolvidable duquesa de Alba y el Sr. Gamazo, con motivo de asunto tan interesante.

Esos documentos, que honran por igual á la noble señora y al ilustre ministro, los transcribimos en estas páginas, porque de ningún otro modo reflejaríamos más intensamente la verdad de lo ocurrido con el nombramiento de D. Marcelino.

Queremos también, reproduciendo esas cartas, rendir un homenaje de gratitud y de respeto á la memoria de la insigne dama y del político ilustre que realizaron tan hermosa obra de justicia.

He aquí esa correspondencia:

I.ª

Excmo. Sr. D. Germán Gamazo.

Mi distinguido amigo:

Estos renglones tienen por objeto hablar á usted de un asunto reservado.

Todos sabemos que el gran poeta Tamayo, Director de la Biblioteca Nacional, está gravemente enfermo, según noticias, de anemia cerebral. A Menéndez Pelayo convendría á su tiempo ocupar aquel cargo, para el que evidentemente ha nacido. He sabido por una casualidad que aspiran á la misma plaza personas que no pueden comparársele en ningún terreno. Como se trata de una *gloria nacional*,

reconocida en España y más aún en el extranjero, no dudo que usted apoyará la inmejorable candidatura que yo me atrevo á recomendarle. No llevo al proponerla otro móvil que el pensar que es una honra el apoyarla. Como el pobre Tamayo vive aún, no quisiera que se supiera que yo pretendía acelerar su sucesión; pero por si alguno, no teniendo esta delicadeza, se adelantara hablando á usted, he querido prevenirle.

Espero que estará usted ya mejor y me repito suya a. a.,

C. R.º Alba.

31 Mayo 1898.

2.ª

El Ministro de Fomento.

Excma. Sra. Duquesa de Alba.

Mi distinguida y buena amiga:

No dude usted que tendré muy presente, cuando el triste suceso llegue, la bien intencionada indicación que me hace respecto á Menéndez y Pelayo. Tampoco abrigue temor alguno de que nadie se entere de la previsión con que ha querido usted atajar el camino á las intrigas habituales en tales casos. Ya que no pueda excederla en elevación de miras y nobleza de propósitos (que sería mi ideal), consiéntame, á lo menos, ser un modesto auxiliar de sus generosas iniciativas.

Siempre suyo muy de corazón, afectísimo amigo,

G. Gamazo.

3 Junio 98.

3.ª

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Mi distinguido amigo:

El mismo día que murió Tamayo vi á la Reina, y me pareció oportuno indicarla el deseo de usted respecto á la Dirección de la Biblioteca Nacional. Su Majestad acogió la idea con entusiasmo, y me encargó que le dijera que era usted su candidato.

Me apresuro á comunicarle tan buena noticia, persuadida de que con tan valioso apoyo, con el del Ministro y con la opinión pública unánime en favor de usted, el triunfo debe ser suyo.

Le anticipa á usted la enhorabuena su afectísima amiga,

C. La Duquesa de Alba,

P. D. Envié á usted el día 18 un ejemplar del *Catálogo de las Vitrinas.*

23 Junio 1898.

4.ª

Santander, 27 de Junio de 1898.

Excma. Sra. Duquesa de Alba.

Mi distinguida amiga:

El favor que debo á usted es de tal naturaleza, que pretender expresar mi gratitud sería desvirtuarla. Aunque por cualquier contingencia, que no estimo posible, dejara de hacerse el nombramiento, que todos dan ya por seguro, me bastaría para mi profunda satisfacción con que usted hubiese patrocinado mi candidatura y la Reina la hubiese aceptado.

No puedo entrar con mejores auspicios en esta nueva Dirección que se abre á mi vida, y en que creo poder prestar más útiles servicios que en la enseñanza, cuyo mecanismo me ha sido siempre antipático, al paso que el vivir entre libros es y ha sido siempre mi mayor alegría.

Mucho hay que hacer en aquella Biblioteca, como en todas, especialmente en lo que toca á la redacción é impresión de catálogos de manuscritos. Quiera Dios que lleguen á parecerse algo al hermoso modelo que usted ha dado en el suyo, obra admirable, tanto por lo bien escogido de los documentos y la precisión de las descripciones, como por lo correcto, erudito y sóbrio de las noticias biográficas de los personajes, y hasta por el buen gusto de la impresión y de los facsímiles.

Reciba usted mi más cumplida enhorabuena, á la par que el testimonio del más sincero y respetuoso afecto de su agradecido amigo y servidor, q. s. p. b.,

M. Menéndez Pelayo.

5.ª

Excmo. Sr. D. Germán Gamazo.

Mi querido amigo:

Sé que para usted basta recomendarle una sola vez las cosas; pero como el otro día casi no pudimos hablar en Palacio, y después he tenido noticias de la infame calumnia que contra Menéndez Pelayo emplean para derrotar su candidatura, tengo que volver á molestar á usted.

Estoy persuadida de que usted desprecia tan

ruines recursos, á que tiene que acudir el que carece de méritos sobresalientes; pero como la campaña enemiga arrecia, no he querido omitir un esfuerzo más en favor de un nombramiento que, como usted dijo muy bien, sería una honra para el que le firme y una gloria para esta Nación, tan necesitada de ofrecer algún acierto ante las extranjeras.

Es de usted siempre afectísima amiga,

C. R.° Alba.

28-6-98.

6.ª

El Ministro de Fomento. Particular.

Excma. Sra. Duquesa de Alba.

Mi querida amiga:

Salimos de Consejo y creo que hemos pasado el Rubicón. Hablaré con la Reina y daré á usted, así lo espero, en definitiva, la satisfactoria noticia de nuestro asunto.

No era menester que usted me escribiese de nuevo: estaba siempre presente en mi memoria el interés de usted, bajo cuya bandera intentaría yo, y estoy seguro de que realizaría, empresas mucho más difíciles.

Siempre suyo buen amigo,

G. Gamazo.

2 Julio 98.

7.ª

Excmo. Sr. D. Germán Gamazo.

Mi querido amigo:

Ya sabía yo que, siendo usted Ministro, no habían de triunfar del mérito la envidia y la calumnia.

Mil enhorabuenas y mil gracias por la lucha que ha tenido usted que sostener.

Deseo mucho dárselas personalmente y, como no es fácil que nos encontremos por casualidad, ¿quiere usted venir á comer un día con nosotros, así como Maura? El jueves ó el viernes ó el lunes son buenos días para nosotros: elijan ustedes el que más les convenga,

Tendrá mucho gusto en charlar un rato con usted su afectísima amiga,

C. R.ª Alba.

Hoy domingo 3 Julio 1898.

8.ª

El Ministro de Fomento. Particular.

Excma. Sra. Duquesa de Alba.

Mi querida amiga:

S. M. la Reina ha firmado esta mañana el nombramiento de Menéndez Pelayo. La he ofrecido la credencial, y me figuro que desea hacerla llegar á manos del interesado por conducto de usted. Como quiera que sea, he tenido muchísimo gusto en satisfacer las nobles aspiraciones de usted, á las cuales me asocié desde el primer instante.

Espero que el lunes 11, salvo caso de fuerza mayor, tendremos Maura y yo el gusto de acompañar á ustedes en la mesa. Si por cualquier motivo me fuere á mí imposible (no espero que Maura se halle en ese caso), tendría la pena de avisar á usted su buen amigo,

GAMAZO.

9.ª

6 Julio 98.

Mi querido amigo:

Cuatro líneas, porque considero un deber dar á usted las más expresivas gracias por su resuelta campaña en favor de Menéndez Pelayo.

Encantada de ver á ustedes el lunes, en que podré dárselas de palabra.

¡Qué fecha la del 4 de Julio para la historia patria y qué días estará usted pasando presenciando tanta desgracia!

Su afectísima amiga,

C. R.ª ALGA.

Con el aplauso de la nación entera desempeñó D. Marcelino hasta su muerte la dirección de la Biblioteca Nacional, realizando en ella una labor admirable.

Capítulo XXIII

Académico de Bellas Artes,

La recepción.—El discurso de D. Marcelino.—La contestación del señor Avilés.

El 31 de Marzo de 1901 tomó el Sr. Menéndez Pelayo posesión del sillón de académico de número en la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Su recepción en esta Academia resultó brillantísima. Figuraron en la concurrencia muchas señoras, gran número de literatos, artistas, críticos y aficionados á las Bellas Artes.

Presidió la sesión D. Elías Martín, académico más antiguo, que tenía á su derecha al arzobispo-obispo de Madrid-Alcalá, Sr. Cos, y al Sr. Avalos, y á su izquierda, á los Sres. Lozano y Avilés.

Asistieron los académicos Amador de los Ríos, Zubiaurre, Martínez Cabello, Casanova, Pedrell, Bretón, Repullés, D. Amós Salvador, Somsó, Mélida, D. Bartolomé Maura, Sborbi, Esperanza y Sola, Ferrant, Jimeno de Lerma y algunos otros. Versó el discurso del recipiendario sobre "Lo que fué la

estética de la pintura y la crítica pictórica en los tratadistas del Renacimiento". Hizo un acabado estudio de los autores que sobre estas cosas escribieron, fijándose principalmente en Francisco de Holanda, autor de una obra titulada *Los diálogos*, que, si no es en todo rigor la más antigua de Artes compuesta en la península, es, por lo menos, el más antiguo libro de pintura.

Menéndez Pelayo leyó el primero de los cuatro diálogos en que se divide el libro, referente al coloquio entre Victoria Colonna y Miguel Angel.

Contestó al recipiendario D. Angel Avilés en un breve discurso para dejar, según dijo, los lauros de la solemnidad al nuevo académico, que fué muy felicitado al terminar el acto.

Capítulo XXIV

Menéndez Pelayo, íntimo.

Cómo empleaba el día en Madrid.—Su vida en Santander.—Siempre trabajando.

En anteriores páginas hemos referido al lector la vida que hizo el insigne maestro en distintos períodos de su gloriosa existencia.

En este capítulo contaremos cómo empleaba el día en Madrid en sus últimos años, intercalando detalles íntimos de su vida.

Don Marcelino se levantaba tarde generalmente. Se desayunaba en la cama con café. Después, sin abandonar el lecho, corregía pruebas, y á veces estudiaba ó tomaba notas de los libros que estaba leyendo.

A media mañana se vestía. Su tocado era breve, sencillísimo. A continuación, si tenía que despachar alguna correspondencia, lo hacía, aunque era éste, de todos sus trabajos, el que más enojoso le resultaba.

Recibía á diario numerosas cartas, muchas de ellas de mujeres inglesas y alemanas, que le expresaban su admiración y le hacían consultas biblio-

gráficas. Pero de todas estas cartas contestaba únicamente las de personas conocidas ó las de aquellas á quienes estaba unido por relaciones de amistad.

Almorzaba y comía fuera de casa, generalmente en restaurants. Uno de los que más frecuentó fué el antiguo Fornos. También acudió algunas veces al restaurant de Los Italianos. Últimamente frecuentaba el Ideal Room y Tournier.

Le gustaba comer bien, aunque no mucho. Pedía siempre la carta y elegía un *menú* de platos raros, singulares, de escaso alimento.

Sentábase en una mesa apartada, sólo, ó cuando más, acompañado de su entrañable amigo D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja que, como ya hemos dicho, vivió algunos años con el maestro en las habitaciones de la Academia de la Historia.

Su costumbre inveterada de leer durante las horas del yantar, perduró hasta los últimos días de su existencia. Y es de creer, por esta causa, que no se enteraba de lo que comía, fuera del momento en que pedía la carta para elegir los manjares.

Después del almuerzo daba un paseo por las calles céntricas, deteniéndose en todos los escaparates de las librerías. Luego marchaba á su clase, cuando era catedrático, ó á la Biblioteca, cuando desempeñaba el cargo de Director de la Nacional.

Entre cinco y cinco y media de la tarde volvía á sus habitaciones y permanecía trabajando una hora ú hora y media. Al anochecer, y mientras vivió la marquesa de Viluma, acudía á la casa de esta dama aristocrática, cuyo domicilio estaba próximo á la Academia de la Historia.

Allí permanecía hasta la hora de comer, en que dirigíase al restaurant de Fornos ó á los otros que frecuentaba.

De joven iba D. Marcelino al teatro algunas noches; pero en los últimos años de su vida fué únicamente á los coliseos cuando se celebraba alguna solemnidad clásica.

Así, pues, todas las noches, á las once, se retiraba á sus habitaciones de la Academia de la Historia. Se metía en la cama y permanecía leyendo hasta altas horas de la madrugada. Muchas veces, distraído, se olvidaba de apagar la luz, y encendida continuaba hasta el día siguiente.

Aquí, en Madrid, trabajaba poco en sus libros. Lo que principalmente hacía era corregir pruebas y tomar notas para las obras que tenía en preparación.

Su mayor actividad la reservaba para las temporadas que pasaba en Santander, y que procuraba alargar todo lo posible.

Esas temporadas eran dos al cabo del año: una en el verano y otra en Pascua de Navidad.

Y hacía lo que los estudiantes: se tomaba estas últimas vacaciones á principios de Diciembre y regresaba al finalizar Enero. Pero sus temporadas en la bella capital del Cantábrico las aprovechaba admirablemente. De cada una de ellas solía salir un nuevo tomo.

Contaremos la vida que el maestro hacía en Santander, ya que hablamos de sus vacaciones en aquella población.

Llegaba siempre D. Marcelino á la capital montañesa precedido ó escoltado de grandes cajas de

libros. Eran las nuevas adquisiciones que durante la temporada había logrado en Madrid para su biblioteca. Nada le impacientaba más que la tardanza de estos envíos, cuando se detenían en los caminos de hierro. Por eso los facturaba en gran velocidad invariablemente y no había ilusión ni contento como los suyos, en los primeros días de su llegada.

Abría las cajas, sacaba los volúmenes que contenían y, ayudado generalmente por su hermano Enrique, comenzaba á distribuirlos por los estantes. Cuando tocábale el turno á alguna obra peregrina, no registrada en catálogos bibliográficos, crecía el júbilo del maestro. A todas las personas que le acompañaban poníalas por testigos del hallazgo, haciéndolas participar de su contento. Después de puesto el libro en su sitio, no podía privarse de volver á mirarle muchas veces y de disfrutar del efecto que le hacía su presencia entre los demás.

Su vida ordinaria era uniforme, invariable. Le despertaba la luz de la aurora que penetraba por la ventana de su cuarto, y, sin salir del lecho, incorporado en él levemente, se ponía á leer. A las ocho se desayunaba con una taza de café puro para despejarse la cabeza. Luego, cerca ya de las diez, se vestía, bajaba al comedor y almorzaba fuerte. Acto seguido pasaba á la biblioteca.

En un precioso artículo contó el Sr. Lomba (que trabajó muchas veces en la biblioteca de D. Marcelino), que para los que allí solían estar á aquellas horas era el anuncio de la llegada del maestro una sirvienta que introducía en su despacho una jarra de agua con una copa. Y á poco aparecía el gran polígrafo con un libro ó dos en la mano y con un

mango de pluma, de ordinario partido, ó si no con la punta rota; si era verano, en mangas de camisa; si hacía mucho calor, sin chaleco y siempre del mejor humor del mundo. Era la hora de los saludos joviales y afectuosos, de las conversaciones chistosas y ligeras, de los comentarios sobre noticias políticas ó de sociedad, ó sobre libros curiosos ó sobre anécdotas y percances de la vida literaria. Entonces se admitían todas las preguntas, todas las consultas, y al buen maestro no le importaba ponerse á buscar despacio, persiguiéndole por toda la biblioteca, en caso necesario, el libro ó el dato concreto que un estudioso cualquiera de los presentes desease hallar.

No se sentaba nunca. Iba y venía continuamente en torno á las mesas de trabajo de sus amigos. Al paso, gustaba de enterarse de las labores de éstos y de que se le comunicaran los hallazgos afortunados, ó imprevistos, ó extravagantes. Estos los celebraba siempre con algazara. A su vez, despertándose con la conversación sus recuerdos, comenzaba á hacer á su interlocutor indicaciones de obras que tocaban su asunto; le ponía sobre nuevas pistas bibliográficas, ó bien, diciendo y haciendo, le presentaba delante nuevos libros, llevándole tal vez á nuevas regiones inexploradas del mundo intelectual, relacionadas con sus trabajos... ¡Por eso eran tan provechosos los estudios en la biblioteca de Menéndez Pelayo en Santander, como saben muy bien todos los que han pasado por ella!

Esto ocurría en la sala grande, del centro. Las primeras visitas que el maestro hacía á su despacho eran breves. Tornaba de buena gana y al poco tiem-

po á la conversación con sus huéspedes. Poco á poco las ausencias eran más largas. Hacia la una, estaba ya absorbido y concentrado en su labor, escribiendo febrilmente sobre la mesa de su despacho. Entonces, si aparecía por el salón central, era en silencio y en busca de algún volumen. Si se le abordaba, era lacónico en sus respuestas. No gustaba de recibir consultas en su despacho. Las visitas que le llegaban á aquellas horas, ostensiblemente le contrariaban. Escribía, poseído del furor de la producción, ajeno á lo que pasaba en torno suyo, y alguna vez, aunque rara, una frase cortada, un grito, que retumbaba en la biblioteca y hacía sonreir á sus amigos, daba testimonio de la tensión á que estaba puesta su mente.

Cerca de las cinco abandonaba D. Marcelino su biblioteca y hacía su estrafalaria comida. Siempre comía solo; en verano y con buen tiempo, en la glorieta del jardín. Claro es que leyendo al mismo tiempo algún libro.

Después de la comida salía de paseo. Invariablemente marchaba en tranvía al Sardinero, donde rara vez se apeaba. Volvía á la población en el mismo vehículo y sin haberse movido del asiento.

Si descendía, no solía ser á esparcirse por playas ó paseos á la orilla del mar, sino sólo á sentarse en algún café al aire libre y á ver pasar la gente. En invierno ó con tiempo malo se dirigía al *Círculo de Recreo*, sociedad la más aristocrática de Santander, donde, por variar, se metía en la biblioteca á echar un vistazo á revistas y periódicos.

Se retiraba á su casa temprano. En la estación de los días largos, no dejaba de recalar por su biblio-

teca y en especial si, como muchas veces pasaba, se hallaba allí trabajando alguno de sus amigos. Buena hora también aquella para poner á tributo el filón inexhausto de su memoria. Mas de ordinario limitábase á recorrer los estantes con la vista, refrescando el recuerdo de las riquezas bibliográficas que encerraban, cuidadoso de tenerle siempre presente.

Su cena era entre nueve y diez, y era la única comida que hacía en familia. Allí, sin perjuicio de aprovechar su tiempo, abriendo, por ejemplo, las hojas de algún libro que preparaba para la madrugada siguiente, gustaba de tomar parte activa en la conversación; comentaba las nuevas de la ciudad y se mezclaba de buen grado en las pláticas más íntimas.

A las once, fatigado de la labor intelectual del día, buscaba el maestro el reposo.

Los domingos eran para D. Marcelino exactamente iguales que los días de trabajo. Sólo se diferenciaban en que el maestro acudía á misa de doce á la iglesia de San Francisco.

Capítulo XXV

La tertulia de la Academia.

La prodigalidad científica del maestro.—Una frase de Salillas.—La viveza de un literato.

En la narración que hemos hecho en el anterior capítulo de la vida cotidiana del maetro, omitimos de propósito los detalles que van en éste, relacionados con su tertulia literaria.

Queríamos dedicar capítulo aparte á sus inolvidables reuniones. Seguramente, lector, habrás oído hablar de ellas muchas veces.

En Madrid, mientras vivió D. Marcelino en la Academia de la Historia, sólo por excepción admitía visitas en los días de trabajo. En cambio, los domingos por la tarde, recibía en su cuartito de trabajo á todos los amigos que querían verle, formándose una tertulia que á veces era muy numerosa.

Se componía casi exclusivamente de literatos españoles y extranjeros que iban á hablar á D. Marcelino de sus obras y á pedirle fuentes de información ó juicios críticos sobre el objeto de los peculiares estudios de cada uno.

Y allí no se hablaba de otra cosa que de Literatura, de Historia y de Ciencia.

El insigne polígrafo atendía á todos con amabilidad exquisita y eran verdaderamente maravillosas la rapidez y la seguridad conque pasaba de uno á otro de sus contertulios, derrochando erudición y crítica sobre las materias más diversas de Filosofía, Historia y Literatura clásicas españolas y extranjeras que sometían á su consulta.

Generosamente comunicaba noticias y datos de toda clase. Con prodigalidad estupenda suministraba su ciencia á quien sinceramente la demandaba. ¡Si un taquígrafo hubiese recogido todas aquellas conversaciones de D. Marcelino, la obra del maestro hubiera aumentado en un doble de los volúmenes que escribió!

Su afán era que la Literatura y la Historia se estudiaran; á todos llamaba indistintamente á esta empresa, y con todos los que acudían estaba pronto á poner en común los bienes allegados. Como el fin se obtuviese, parecía que le era indiferente que fuera por la ajena mano ó por la propia. No el honor personal que se granjea, sino la utilidad común que se presta, parecía ser su divisa.

Don Rafael Salillas, al salir una tarde de la tertulia de D. Marcelino, concretó en una ingeniosa frase lo que allí ocurría.

Dirigiéndose á D. Gonzalo Cedrún, que le acompañaba, le dijo:

—La tertulia del maestro es, por lo que he visto, una serie de sablazos literarios.

Y algo de eso había. Cierta tarde un literato le pidió á D. Marcelino informes y noticias sobre los

orígenes y desarrollo del Romanticismo en España, pues tenía que presentar un trabajo sobre tal materia en la Universidad de París.

Menéndez Pelayo se recostó en su sillón, comenzó á mover la pierna que tenía montada sobre la otra y se dispuso á complacerle.

¡Y satisfecho quedó el aludido literato!

Don Marcelino comenzó á hablar, á hablar, y, sin darse cuenta, hizo una disertación tan admirable sobre el tema citado, que todos los reunidos le escuchaban en silencio, pendientes de su palabra.

Pero á todo esto, el literato en cuestión había sacado cuartillas y lápiz, y, ni corto ni perezoso, comenzó á tomar el magnífico discurso de D. Marcelino. Cuando acabó estaba hecho ya el trabajo. ¡Y de qué manera! Seguramente obtendría un gran éxito.

Así prodigaba su ciencia el insigne polígrafo.

Capítulo XXVI

La memoria de D. Marcelino.

Cómo leía los libros.—Su biblioteca.—El tino infalible del dedo del maestro.—Se le olvidan las cuartillas, pero le queda la memoria.—Recordando fechas y citas.

Una de las facultades de Menéndez Pelayo que, según el vulgo, más contribuyó al desarrollo de su magna obra, fué su memoria.

Pero en esto se ha exagerado mucho, y de ello se quejó en el discurso de contestación al de Barbieri cuando éste ingresó en la Academia de la Lengua.

No fué la memoria su rasgo fundamental, con ser asombrosa.

Lo que más valía en D. Marcelino era su inteligencia rápida, penetrante y acerada; su intuición genial para llegar á la esencia de las cosas y hasta el fondo del alma de los personajes históricos; la rara combinación del análisis con la síntesis, consecuencia de ver el conjunto de las cosas como una unidad total, y entre sus partes múltiples relaciones desconocidas para inteligencias menos luminosas; su estilo, rico á la vez que sobrio, lleno de vida y de expresión, y la inmaculada transparencia de su pen-

samiento, que huyó de las tinieblas como el águila aborrece las cuevas donde viven los murciélagos. Por eso abominó de la escuela krausista, más acaso que por excomulgada, por bárbara y confusa, pues cuando en el camino de sus estudios tropezaba con herejes que, cual Juan Valdés, tuvieron alma de artistas, no podía ocultar lo muy gratos que le eran aquellos hombres, rebeldes á la Iglesia católica, pero cuyas doctrinas aparecían envueltas con el cendal purísimo del arte. Porque, lejos de ser uno de esos investigadores que con criterio meramente objetivo y todo lo impersonal que cabe en la condición humana se limitan á la averiguación del hecho, del que sólo consignan la parte externa, ni más ni menos que si fuese realizado automáticamente, D. Marcelino descendía á las profundidades de la Psicología individual ó colectiva y, derramando allí su luz intensa, nos mostraba llena de vida el alma de la sociedad, con sus ideas, sus aspiraciones, sus luchas y sus triunfos, á manera de grandiosa epopeya donde se cantara la evolución del espíritu humano.

Pero volviendo á su memoria, y dejando á un lado las exageraciones del vulgo, puede afirmarse, sin temor á exagerar, que fué verdaderamente asombrosa.

Leía obras de filosofía escritas en latín y en griego con la rapidez conque una persona habituada á leer periódicos, se entera de lo que éstos dicen. ¡Y se quedaba con todo!

Tanto, que al cabo de meses y hasta de años y sin que hubiese vuelto á hojearlos, citaba palabras y frases de los libros aquellos.

¡Calcule el lector la rapidez conque leería las obras escritas en español y lo grabadas que en su memoria quedarían!

Asegúrase que en esos libros españoles leía ocho ó diez renglones á la vez.

Esto no hemos podido comprobarlo, pero es lo cierto que de tener lugar tal fenómeno, no hubiera sido mayor la rapidez de su lectura.

Su mirada sobre las páginas de un libro era un relámpago, y siéndolo, nunca se le pasaba por alto la noticia, el concepto ó la frase que perseguía. Daba en seguida con ellos con un tino, con una seguridad maravillosos.

Cuando se trataba de buscar un libro en las estanterías, su golpe de vista no era menos sorprendente.

Así, y solamente así—decía el Sr. Lomba en un magnífico trabajo sobre D. Marcelino—podía él manejar su biblioteca de Santander. Su biblioteca, en realidad, no tuvo nunca catálogo. El que tiene empezado su hermano D. Enrique, muy copioso en verdad, está incompleto. Es cierto que la colocación general de los libros obedece á un orden trazado, por materias; pero, aparte de lo imposible que resulta siempre en una biblioteca, por pequeña que sea, aplicarle rigurosamente á todos los libros que contiene, razones de espacio y de conveniencia especiales, impidieron siempre en la biblioteca de Santander desarrollarle en su pureza teórica asequible. Allí la colocación de los libros nunca pasó, en el pensamiento de su dueño, de provisional. No hubiera pasado nunca, porque continuamente se estaba enriqueciendo con nuevas adquisiciones. Muchos li-

bros pertenecientes á una sección se hallan lejos de ella, dispersos por otros estantes, caídos allí por razones circunstanciales, en espera de la colocación definitiva. En estas condiciones, y en una biblioteca de cuarenta mil volúmenes á lo menos, nadie hubiera podido conducirse sin el auxilio de dotes excepcionales. El Sr. Menéndez Pelayo se conducía con facilidad, no obstante su prurito de andar mudando de sitio á cada momento libros para los que no hallaba nunca un lugar á propósito. Se conducía con la ayuda de su memoria incomparable y de su golpe de vista, con el cual, entre hileras copiosísimas de volúmenes que asomaban sólo el tejuelo, por un don singular y misterioso, distinguía al momento el que buscaba y le ponía la mano encima. ¡Cuántas veces se comentó, riendo, en su biblioteca, este tino infalible de su dedo!

Por estas cualidades, sin duda, y así como nunca tuvo necesidad de preparar sus obras, aun las más desbordantes de erudición, con apuntes largos y metódicos, sino á lo más con notas breves y volantes, así desdeñó también el uso de índices y catálogos para el manejo de su biblioteca. La manejaba de memoria, sin esfuerzo y sin pérdida apreciable de tiempo.

Contó también el Sr. Lomba que deseando él hacer un obsequio al maestro de cerca de 2.000 comedias sueltas de los siglos XVII y XVIII que estaban juntas, sin catalogar, en unas estanterías de la sala grande del medio, hizo un índice por papeletas. Puso á cada comedia un número de orden y le hizo corresponderse con el de la papeleta respectiva. Estas, ordenadas en una caja por índice alfabético

de autores, permitían manejar con facilidad y ahorro de tiempo un montón tan confuso de materiales.

"Pues bien—exclamaba el Sr. Lomba—: ¡Obra vana! Jamás Menéndez Pelayo, aunque muchas veces consultó sus comedias, hizo aprecio del índice. Este durmió en su caja un sueño tranquilo hasta su muerte. Don Marcelino desbarató mil veces el orden en que yo había puesto las comedias, respondiendo á su numeración, con lo que inutilizó mi trabajo. Yo mismo, que una vez quise ver dos comedias que estaban en la colección, pero fuera ya de sus sitios, fatigado de buscarlas, hube de acudir al maestro diciéndole: "Maestro, usted se ha empeñado en hacerse aquí indispensable. Muy bien por mi parte. Ahora necesito yo dos comedias. Usted tendrá que buscármelas. ¡Qué remedio!" Las buscó y las halló en seguida."

También el distinguido escritor D. Luis Maldonado, en un notable artículo que publicó en un periódico de Salamanca, refirió un episodio revelador de la prodigiosa memoria de D. Marcelino, presenciado por él en las tertulias que se celebraban en la casa de Pidal en la época aquella en que el maestro leía en las citadas reuniones capítulos de *La Historia de los Heterodoxos Españoles*.

Fué el caso que un día se le olvidaron á D. Marcelino las cuartillas. Pero no se arredró ante tal olvido. Dijo de memoria los capítulos que había prometido leer, sin omitir nada. El asombro de los que le oían fué estupendo.

Ha habido también curiosidad en el público por saber si los libros los leía enteros ó buscaba en ellos

únicamente las novedades que podían encerrar para un hombre de su extraordinaria erudición. Nosotros podemos decir que los leía enteros, desde la primera página hasta la última. Y prueba esta afirmación el hecho de que cuando se hablaba de alguno de esos libros, citaba el maestro hasta los detalles que estaban contenidos en una nota ó en un apéndice.

También solía escribir numerosos artículos y capítulos en que citaba las ediciones de libros con sus fechas y establecimientos en que fueron impresos, sin necesidad de consultarlos.

Y nunca se daba el caso de que se equivocase.

Tal era la asombrosa memoria de D. Marcelino.

Capítulo XXVII

La luz del genio se apaga.

La enfermedad de don Marcelino.—Su afán insaciable de trabajo.—Dos frases sublimes del maestro.—El momento de la muerte.—El duelo en España.—La biblioteca de don Marcelino.—Su vida ordinaria.

Venía padeciendo el maestro desde hacía algunos años una cirrosis atrófica (afección al hígado) producida por su temperamento artrítico, que poco á poco iba destruyendo su organismo.

Era de evolución lenta y de pronóstico fatal. En sus comienzos asistía á D. Marcelino el médico don Manuel Martínez Conde, que bien pronto solicitó el concurso del doctor Quintana, para hacer al enfermo unas punciones que diesen salida á los líquidos formados en la cavidad del vientre. La operación se practicó con éxito.

En Enero de 1912 se encargó de la asistencia del paciente el doctor Cabello, que tuvo diferentes consultas con el Sr. Quintana, y se hicieron á Menéndez Pelayo tres ó cuatro punciones más.

Durante todo el curso de la enfermedad, y muy acentuadamente en los últimos días, cuando D. Mar-

celino estaba desahuciado, el cariño de su familia quería aún abrir algún resquicio á la esperanza. A todas las proposiciones de que viese y asistiese al insigne literato un especialista de Santander ó de fuera, oponía él la más rotunda negativa.

Las contadas personas que gozaban el honor de ser recibidas en el hotel de la capital del Cantábrico donde tenía su residencia D. Marcelino, con su hermano Enrique y la esposa de éste, sabían que la grave dolencia que había destruído el organismo del infatigable trabajador no tenía remedio. El fin de su gloriosa vida se aproximaba.

Sin embargo, médicos y amigos guardaban silencio, como juramentados, para evitar que la Prensa diera la menor noticia acerca de la enfermedad, y la alarma llegara á turbar el espíritu sereno del sabio.

Los acontecimientos se precipitaron en los últimos días de Mayo. La enfermedad produjo al paciente graves trastornos, avivada por el insaciable afán de trabajo de D. Marcelino que, como si presintiera su próxima muerte, quería apresurar y adelantar todo lo posible la edición de sus obras completas.

Preparaba el primer tomo de éstas y escribía el admirable prólogo que precede á la nueva edición de *Los heterodoxos*. Trabajaba, sin tregua, de una manera intensísima. Un día, de una tirada, escribió cien cuartillas de letra menuda, de renglones estrechos. Al dejar la pluma sintió que la dolencia antigua se agudizaba.

Y desde entonces dejó de vérsele por las calles. No se le volvió á encontrar ni en el café Suizo ni en el Ancora, término obligado de sus paseos, donde

quedábase el insigne polígrafo leyendo la Prensa ó mirando á los transeuntes. Ni siquiera se le vió en la tienda del óptico Roberto Bosáñez, muy frecuentada por los literatos. Y esto fué una señal demasiado grave. Su ausencia de los sitios predilectos llegó á inspirar inquietud y en todas partes se repetía:

—Don Marcelino debe estar muy malo.

Y esta ansiedad del público era justificadísima por tratarse de tan egregia figura.

Los médicos le habían recomendado una larga temporada de descanso si quería conservar su preciosa existencia, y el ilustre maestro, sencillamente, con profunda convicción, exclamó:

—Más quiero vivir un año trabajando, que veinte sin trabajar.

El 16 de Mayo, cuando la enfermedad había entrado en su postrera terrible etapa, el médico de cabecera vió en la biblioteca á Menéndez y Pelayo, y le aconsejó que se metiese en cama. En su insaciable afán de trabajar, resistíase el enfermo, y entonces el doctor Cabello tuvo que acentuar su indicación con transparentes insinuaciones sobre la gravedad del mal. Don Marcelino, resignado á obedecer el mandato del médico, agachó la cabeza, y sólo dijo estas palabras:

—¡Qué lástima morirse, cuando me queda tanto que leer!

El régimen de vida de Menéndez Pelayo, durante sus últimos días, era éste:

Se levantaba, para comer, á la una de la tarde. Encaminábase luego á la biblioteca, y allí, olvidándose del mundo, se encerraba, y se ponía á trabajar con el ahinco y el entusiasmo de un hombre sano y

joven; revolvía volúmenes y llenaba cuartillas hasta las siete de la tarde. A esta hora se envolvía en una capa; apoyándose en un bastón, atravesaba lentamente el jardín, y se dirigía á la casa, para meterse de nuevo en el lecho. Y aun en él trabajaba, revisando libros y tomando notas con lápiz.

Cuando los médicos ó la familia le pedían que dejase el trabajo por uno ó dos días, protestaba, diciendo que aquello era matarle.

Tres días antes de su muerte se agravó considerablemente, presentándose violentos vómitos, y tuvo que obedecer á los médicos, recluyéndose en el lecho. El pulso del enfermo se debilitó extraordinariamente, y el hilo de su voz se hizo imperceptible.

Al día siguiente celebraron una conferencia el médico de cabecera, doctor Cabello, y el doctor Quintana, y ambos facultativos convinieron en el triste pronóstico de que la vida de D. Marcelino no se prolongaría muchos días.

En la mañana del domingo 19 sufrió el enfermo un colapso, del cual pudo reponerse.

A las doce confesó con el coadjutor de la parroquia de San Francisco, dando pruebas de su gran serenidad. Poco después perdió el conocimiento y entró en la agonía. En los ojos profundos de D. Marcelino no volvió á lucir más la chispa de su gran inteligencia.

A las cinco de la tarde le fué administrada la Extremaunción, y á las seis y media entregó á Dios su alma el eminente sabio, gloria de España.

Rodeaban el lecho de D. Marcelino su hermano Enrique, la esposa de éste y el concejal republicano

D. Paulino García Moral, que vive, con su familia, en una casa inmediata.

Durante todo el día no habló el paciente una sola palabra. Sólo se le oyó quejarse débilmente, de vez en cuando, hasta que su razón se apagó.

La noticia de la muerte de D. Marcelino circuló rápidamente por todo Santander, produciendo gran dolor en todas las clases sociales.

En el teatro Principal celebraba su segundo concierto la Sociedad Filarmónica de Madrid. Acababa de comenzar la fiesta, cuando circuló por la sala la triste nueva. La orquesta ejecutó la marcha fúnebre de *El ocaso de los dioses*, que el público oyó en pie. Muchos de los concurrentes lloraban. En seguida, en señal de duelo, se suspendió el concierto.

Las autoridades, numerosos representantes de Corporaciones y centenares de personas acudieron á la casa mortuoria, para testimoniar la gran pena del pueblo de Santander, que adoraba á D. Marcelino.

La muerte del ilustre polígrafo produjo también en Madrid sentimiento general. En todos los centros y Corporaciones la dolorosa pérdida del señor Menéndez Pelayo fué el tema principal de las conversaciones.

Al homenaje oficial que al insigne escritor se tributó en las Cámaras, se asoció todo el pueblo de Madrid, con los elementos intelectuales, que tan profunda admiración tenían al sabio.

Las Academias á que pertenecía el finado, y el Ateneo, ostentaron colgaduras negras en señal de duelo.

De todas las provincias se recibieron telegramas,

dando cuenta del sentimiento producido por la muerte de Menéndez Pelayo.

Los Ayuntamientos y Corporaciones oficiales hicieron constar en acta el duelo por la pérdida del insigne sabio. Los Centros científicos y literarios y las demás Sociedades se unieron también al sentimiento general.

Las sentidas manifestaciones de pésame, demostraron que el duelo por la muerte del eminente polígrafo era nacional.

En el personal de la Biblioteca Nacional, que profesaba gran cariño á su insigne jefe, produjo su muerte profunda pena. Acordó rendir un homenaje de admiración y respeto al que fué sabio maestro y jefe queridísimo y envió á Santander una magnífica corona de laurel y roble, formando dos ramas que se entrelazaban.

Las simbólicas hojas estaban sujetas por una ancha cinta de los colores nacionales, sobre la que, en letras de oro, se leía esta conmovedora inscripción: "A su inolvidable y glorioso director, D. Marcelino Menéndez Pelayo, el personal de la Biblioteca Nacional."

El Ateneo de Madrid organizó una solemne velada en homenaje al insigne sabio.

El cadáver del maestro fué amortajado con hábito de San Francisco, y colocado en una sencilla capilla ardiente.

Demacrado el rostro, cerrados los ojos, la barba un poco en desorden, las manos cruzadas, la figura de D. Marcelino era como la imagen de un santo asceta.

El alcalde, Sr. Lloreda, telegrafió la noticia de la

muerte al Presidente del Consejo, al ministro de la Gobernación y al presidente del Senado.

No se dió sepultura al cadáver en terrenos que el Ayuntamiento quería adquirir para levantar un mausoleo; D. Marcelino dejó dispuesto que se le enterrase en el panteón de los suyos, junto á los restos de su padre.

Por la casa mortuoria continuaron desfilando innumerables personas, muchas de las cuales mostraban en su rostro la huella de las lágrimas.

El ilustre maestro había otorgado testamento dos meses antes.

En este testamento legaba á la ciudad de Santander su magnífica biblioteca, en la que había unos 40.000 volúmenes; legaba también el edificio en que la biblioteca se hallaba instalada.

Fué creada ésta por el padre de D. Marcelino dentro del jardín de la antigua casa de los señores Menéndez Pelayo.

Era bibliotecario de la misma el ilustre literato D. Enrique, hermano del grande hombre.

Este adquirió directamente la inmensa mayoría de las obras, y algunas de ellas, como la *Colección de clásicos griegos y latinos*, le fueron regaladas por sus amigos de Santander.

El gran valor de la biblioteca legada á la capital del Cantábrico, está, principalmente, en la delicada y minuciosa selección que de las obras hizo el maestro, hasta el punto de que encierra los volúmenes más interesantes y de mayor valor en todos los órdenes de la cultura.

La importancia del legado es inmensa, sobre todo teniendo en cuenta que la ciudad de Santander es,

sin duda alguna, y relativamente, la capital donde más se lee, habiéndose creado hace tres ó cuatro años una Biblioteca pública, con unos 12.000 volúmenes, cuya sala de lectura se ve siempre llena de personas; dato que demuestra, antes que nada, el alto nivel cultural del pueblo santanderino.

Esta hermosa biblioteca fué el sepulcro de don Marcelino. En ella estuvo trabajando hasta los últimos momentos, á pesar de las recomendaciones de los médicos.

Capítulo XXVIII

El entierro.

Traslado del cadáver desde la casa mortuoria al Ayuntamiento.—Telegramas de pésame del Rey.—El cortejo fúnebre.—El cadáver recibe sepultura.

El día 20 á las doce se reunió el Ayuntamiento en sesión extraordinaria, asistiendo concejales de todos los partidos.

El alcalde presentó una proposición, encaminada á solicitar de la familia de Menéndez Pelayo que entregara el cadáver de éste para exponerlo en las Casas Consistoriales.

Propuso también que se organizaran solemnes funerales; invitar al pueblo á que se uniera al Ayuntamiento, acompañando al cadáver; erigir una estatua al insigne sabio, y colocar una lápida en la casa donde nació.

Los acuerdos fueron adoptados por unanimidad, y se nombró una Comisión para comunicárselos á la familia.

Dicha Comisión, formada por el alcalde, el concejal conservador Sr. Gómez, el jaimista Arris y el

republicano Castillo, cumplió inmediatamente su misión, siendo recibida por D. Enrique Menéndez.

Este se negó al principio á la exposición del cadáver, diciendo que era una ostentación pagana, contraria á la humildad cristiana del muerto. Al fin accedió á los reiterados ruegos.

La Diputación provincial, en sesión extraordinaria, acordó cooperar á la erección del monumento á D. Marcelino y colocar el retrato del insigne polígrafo en el salón de sesiones.

Entre los primeros telegramas de pésame que se recibieron en Santander, figuraban los de S. M. el Rey.

Decían lo siguiente:

"Enrique Menéndez Pelayo.

La Reina y yo, profundamente conmovidos por la muerte del gran Menéndez Pelayo, que enalteció y honró á la Patria en tan alto grado, enviamos á usted y á su familia la expresión de nuestro más sentido pésame, y unimos nuestras oraciones á las suyas.—ALFONSO."

"Alcalde de Santander.

Profundamente apenado y conmovido al conocer la triste nueva del fallecimiento de Menéndez Pelayo, me apresuro á transmitir á usted y al pueblo de Santander, cuna del ilustre sabio, gloria legítima de la Ciencia y orgullo de nuestra Patria, el testimonio de mis sentimientos del más acendrado pésame, á los que la Reina se asocia de todo corazón.—ALFONSO."

El acto del traslado del cadáver desde la casa mortuoria al Ayuntamiento, aunque desprovisto de todo carácter oficial, resultó solemnísimo.

El sencillo féretro fué colocado sobre unas andas, que llevaban los concejales Sres. Calonge, Molina, Polo, Lama, Gómez, Alonso, Hortigueira y Escalante. Al frente de la comitiva iba una cruz alzada, y un sacerdote con capa pluvial. Presidían el gobernador y los tenientes de alcalde.

En público numerosísimo presenció el paso del cortejo por las calles de Rubio y Amós Escalante, y Plaza de Pí y Margall.

En estos momentos tocaban á muerto las campanas de todas las iglesias.

Entró el cortejo por la gran escalera de honor del Ayuntamiento, y á las ocho y cuarto quedaba depositado el cuerpo del Sr. Menéndez Pelayo en el túmulo puesto en el centro del salón de la alcaldía, convertido en capilla ardiente, y alfombrado de hermosas flores.

En uno de los testeros había sido colocado un altar.

El Ayuntamiento en corporación veló de noche el cadáver.

Para asistir al acto del entierro que se verificó el día 21 de Mayo llegaron á Santander, procedentes de Madrid, el ministro de Instrucción pública, señor Alba; el albacea del Sr. Menéndez Pelayo, don Gonzálo Cedrún de la Pedraja; el diputado D. Luis Redonet y otras distinguidas personas.

El ministro fué recibido por las autoridades y numerosas Comisiones.

Por la capilla ardiente, instalada en el Ayuntamiento, desfiló el pueblo entero. Las mujeres lloraban.

Desde las cinco de la madrugada se dijeron mi-

sas en la capilla ardiente, asistiendo á ellas los concejales y numeroso público.

El Sr. Alba, desde la estación, se dirigió en automóvil á la casa mortuoria, dando el pésame á la familia del ilustre finado.

A las diez de la mañana se celebraron solemnes funerales en la catedral, que fueron presididos por el ministro y las autoridades. Estuvieron concurridísimos.

Desde las primeras horas de la mañana todos los edificios principales ostentaban colgaduras negras.

A las doce, hora señalada para el entierro, se organizó el cortejo.

Presidió el ministro de Intrucción pública, á cuya derecha iban el hermano del finado, D. Enrique, el gobernador militar y otras autoridades.

A la izquierda del Sr. Alba marchaban el senador D. Emilio Alvear, que ostentaba la representación del Senado; el obispo de la diócesis, el gobernador civil y representaciones del Ayuntamiento y la Diputación.

En el acompañamiento figuraba una representación del Ateneo de Madrid.

En las calles presenció el paso del cortejo un público enorme.

Seguían muchos coches, con coronas de las Juventudes conservadoras de Madrid y Santander; de la familia, del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, del regimiento de Valencia y muchas más.

El duelo se despidió en la Alameda, siguiendo hasta el cementerio la mayor parte de los asistentes al acto.

En el cementerio fué bajado el féretro á hombros

por los concejales. El momento fué emocionante.

Se calcula que asistieron al entierro del Sr. Menéndez Pelayo más de 20.000 personas, en su mayoría pertenecientes á las clases populares.

Al dar tierra al cadáver asaltó á D. Enrique Menéndez la duda de que su hermano no estuviera muerto.

El cuerpo del Sr. Menéndez Pelayo, á pesar de lo que se había dicho en contrario, no presentaba el menor síntoma de descomposición.

Se avisó al médico, y éste certificó la muerte.

Entonces se dió sepultura á los restos del sabio glorioso que llenó de prestigio á su Patria y á las letras españolas.

Capítulo XXIX

El testamento de Menéndez Pelayo.

Disposiciones del maestro relativas al legado de su biblioteca particular.

He aquí la parte del testamento de D. Marcelino Menéndez Pelayo, relativa al legado de su biblioteca particular:

"Por gratitud á la ciudad de Santander, mi patria, de la que he recibido durante toda mi vida tantas muestras de estimación y cariño, lego á su excelentísimo Ayuntamiento mi biblioteca juntamente con el edificio en que se halla.

„El cumplimiento de este legado se hará en la forma y se sujetará á las condiciones que se expresan en los párrafos siguientes:

„Mi hermano y los albaceas y ejecutores testamentarios que más adelante nombraré, formarán, dentro de un plazo que no deberá exceder de tres años después de mi fallecimiento, un inventario ó índice de todos los libros, códices, impresos, manuscritos y demás objetos existentes en mi biblioteca al tiempo de mi muerte.

„Los libros y papeles de mi propiedad que en la misma fecha se hallaren en mi casa de Madrid, serán catalogados y remitidos á Santander, con intervención de mis albaceas, para unirlos á los demás y darles igual destino.

„Tan pronto como se haya terminado el inventario de que queda hecha mención en el párrafo anterior, mi hermano, acompañado de los albaceas que puedan concurrir á este acto, hará entrega de la biblioteca y del edificio á la representación legal del Ayuntamiento mediante acta notarial, de la que se sacarán dos copias: una para el Ayuntamiento y otra para los herederos.

„Quedarán expuestas en lugar visible de la biblioteca, para conocimiento del público, todas las cláusulas de este testamento que tienen relación con el legado de la misma, juntamente con las reglas que después se adopten para el servicio.

„Los libros todos serán sellados antes de la entrega con un sello ó *ex libris* sencillo que indique su procedencia.

„Independientemente del personal subalterno que el Ayuntamiento considere necesario para el cuidado del edificio y servicio del público, habrá al frente de la biblioteca un oficial del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, que será el jefe responsable de ella con arreglo á las leyes generales y á las especiales del Cuerpo.

„Esta plaza se proveerá por oposición entre individuos del citado Cuerpo, debiendo acreditar los aspirantes en sus ejercicios el conocimiento de las lenguas griega y latina y de dos lenguas modernas, además del francés, en el grado necesario para po-

der catalogar debidamente y dar razón de los libros, así como los conocimientos paleográficos indispensables para leer sin dificultad los códices de esta biblioteca, y en general, los conocimientos técnicos bibliográficos que requiere el desempeño de este cargo.

„Los ejercicios de oposición serán públicos.

„Mis ejecutores testamentarios y mis herederos se pondrán de acuerdo con el Ayuntamiento para determinar si las oposiciones se han de verificar en Santander ó en Madrid, como acaso fuera preferible para facilitar el concurso de mayor número de aspirantes idóneos, é igualmente resolverán acerca de la composición del Tribunal que haya de presidirlas, si bien teniendo en cuenta en este punto mi voluntad de que formen parte de él, por lo menos, un paleógrafo del Cuerpo de Archiveros con categoría de jefe, un catedrático de Facultad universitaria de Filosofía y Letras versado en lenguas clásicas y un profesor oficial de lenguas vivas que conozca la alemana y la inglesa. Cualquiera dificultad que surgiere para el cumplimiento de esta disposición, se someterá á la decisión inapelable del Ministerio de Instrucción pública.

„En la convocatoria de las oposiciones á la plaza de bibliotecario fijará el Ayuntamiento la retribución que haya de dársele. El nombramiento lo hará el Ayuntamiento en virtud de propuesta unipersonal del Tribunal mencionado en el párrafo anterior.

„El bibliotecario nombrado estará presente al acto de entrega de la biblioteca al Ayuntamiento.

„Ni antes ni después de la entrega de la biblioteca al Ayuntamiento se podrá, bajo ningún pre-

texto, prestar ni sacar de ella libro, códice ni documento alguno. Los ejemplares duplicados de libros raros se conservarán en mi biblioteca en atención á su valor bibliográfico.

„Las obras que se hallen incompletas por estar en publicación ó por otro motivo podrán completarse, y se podrá asimismo continuar la suscripción á algunas revistas literarias si lo estimare conveniente y factible la Comisión municipal de biblioteca, á cuyo celo por la cultura y por el buen nombre de nuestra ciudad encomiendo muy especial y confiadamente la conservación y cuidado de esta colección, que me ha costado muchos sacrificios y desvelos.

„La entrada á mi biblioteca será gratuita.

„El bibliotecario, por su parte y bajo su responsabilidad, adoptará las medidas que crea convenientes para garantizar la conservación de los libros y manuscritos puestos bajo su custodia á la vez que para facilitar su manejo á las personas que acudan á consultarlos.

„Las obras que por su índole ó tendencias puedan considerarse peligrosas para cierta clase de lectores, sólo se servirán á aquellos que, á juicio del bibliotecario, se propongan con su estudio un trabajo de seria investigación científica ó literaria.

„Será obligación del bibliotecario continuar y concluir con el debido rigor bibliográfico el catálogo comenzado, y podrá darle á luz por su cuenta y riesgo.

„Si el Ayuntamiento, por cualquier razón, no pudiera aceptar el legado de mi biblioteca, ó, después de aceptarlo, dejara de cumplir las condiciones im-

puestas, deseo que sustituya á la Corporación municipal como legataria de las mismas obligaciones y derechos la Diputación provincial de Santander, para impedir que la biblioteca salga de esta provincia; pero en el caso de que ni á una ni á otra de dichas Corporaciones les conviniere aceptar el legado ó de que á ninguna de las dos les fuere posible, después de aceptarlo, cumplir las antedichas condiciones, es mi voluntad que esta biblioteca pase á poder del Estado, á fin de que los estudiosos no queden privados de la utilidad que pueda proporcionarles, debiendo incautarse entonces de ella el ministro de Instrucción pública, mediante inventario hecho en forma legal y destinar los libros y manuscritos de que se compone á alguno de los establecimientos: á la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, de la que fuí por espacio de veinte años catedrático; á la Biblioteca Nacional, de que después he sido y soy actualmente director; á la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, de la que fuí discípulo.

„Para el cumplimiento de mi última voluntad nombro albaceas ejecutores testamentarios con facultad, solidarios, á mi hermano y heredero D. Enrique Menéndez Pelayo, á los Sres. D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja, D. Adolfo Bonilla San Martín, de la Real Academia de la Historia; D. Ramón Menéndez Pidal, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid é individuo de número de la Real Academia Española; D. José Ramón Lomba de la Pedraja y D. Carmelo Echegaray, cronista de Vizcaya, por ser todos ellos amigos míos y conocedores de mi biblioteca.“

Se acordó aceptar el legado con todas sus condiciones. Colocar en la Biblioteca una placa de mármol con una inscripción que expresase el agradecimiento de la Corporación al eximio donante por tan extraordinario y valioso legado y encabezar con 50.000 pesetas una suscripción para erigir un monumento á Menéndez y Pelayo y ofrecer al rey la presidencia honoraria de la Junta encargada de la erección del monumento.

Capítulo XXX

El sabio.

El artista, el crítico y el historiador.—La obra del genio.

Menéndez Pelayo no fué sólo un bibliógrafo sapientísimo. Todos los que conocen su obra, lo saben. Tenía otros títulos gloriosos que le hicieron acreedor á la inmortalidad. Sobre su labor inmensa, asombrosa, de erudito, está la que realizó como artista, como crítico y como historiador.

Le examinaremos en este capítulo en el primero de dichos aspectos.

¿Puede dudarse de que D. Marcelino fué un excelso artista?

La tarea que realizó de restaurar el gusto clásico en España, demuestra que lo fué de una manera categórica. Su amor á la antigüedad no tuvo nunca los caracteres de vanidosa ostentación; fué una irresistible tendencia de su alma. Verdad es que estudió los textos griegos como filólogo; pero no lo es menos que el estudio más intenso de esos libros lo hizo como artista.

Para D. Marcelino la forma más perfecta de la

hermosura artística era la que el genio griego había encontrado, y opinaba que sus modelos debían considerarse constantemente como estímulo de las facultades creadoras, como dique á los escarrios de la imaginación y como ejemplares de acabada armonía entre el fondo y la forma.

La poesía grave y humana de los poemas homéricos le atraía. Admiraba la pureza de las líneas, la armonía de las proporciones, el desarrollo del pensamiento que ordena el ritmo de la vida. Pero nunca se dejó llevar por este su criterio varonil, hasta el punto de convertir el entusiasmo por la belleza antigua en adoración por la sociedad pagana.

Su paganismo fué puramente artístico, literario. El ideal del arte consistía para él en infundir en las formas clásicas el ideal cristiano. Por esto, sin duda, era su poeta predilecto Fray Luis de León, que pulsa la lira de Horacio, expresa anhelos místicos y parafrasea la estética de Platón. Tampoco don Marcelino cayó jamás en sus versos originales en un crudo sensualismo. Sus cantos sobre temas eruditos son obra de la pasión, de su temperamento artístico. Tienen un sello personal característico.

Y no sólo en esa clase de poesía brilló su astro. También en su alma de poeta prendió la llama de la pasión amorosa, ardiente y apasionada en los versos á su prima y en los cantos á Fidias y Aglaya, figuras reales que despertaron hondas pasiones al maestro.

Pero la inspiración lírica de D. Marcelino se extinguió pronto.

Su vocación era la de prosista y á la prosa llevó

sus cualidades poéticas de imaginación y de sentimiento.

La prosa del insigne polígrafo, severa, castiza, de corte moderno y discretamente adornada, era de una elegancia sencilla, pero atrayente.

Su pensamiento encontró constantemente en ella forma adecuada de expresión.

Entre los renglones eruditos de sus obras asomó siempre el artista amenizándolas, embelleciéndolas.

También tuvo el maestro asombrosas dotes de narrador y retratista, como puede comprobarse leyendo su obra *Historia de los heterodoxos españoles.*

*
* *

Si en todo se distinguió el gran maestro, para diferenciarse de todos, en sus actuaciones críticas se agrandó la distancia y acreció la diferencia. Porque D. Marcelino no fué un crítico frío y analizador, sino que aportó á su obra una impresión personalísima. En una colaboración asidua incorporó á las obras por él criticadas algo del resultado de su visión portentosa, realzándolas con los nuevos detalles bellos que descubría y enriqueciéndolas con un segundo soplo de vida que brotaba alentador de sus entrañas de artista.

Admira la crítica que de Pascal hace en las *Ideas estéticas.*

Muy atractiva es también su obra *Estudios de crítica.*

No cultivó la crítica de actualidad sino para rendir homenaje á figuras de gran relieve en las letras

ó de su afecto personal, tales como Milá y Fontanals, Pérez Galdós, Pereda y Núñez de Arce.

Su serie de estudios artísticos y eruditos han sido comparados por muchos á la obra de Taine, *Ensayos de crítica y de historia.*

Sus discursos sobre la poesía mística son ejemplares de forma crítica en que la ciencia y la belleza se hermanan.

*
* *

En el aspecto de historiador no se distinguió menos Menéndez Pelayo que en los otros aspectos de artista y de crítico.

D. Marcelino hizo resaltar en su obra de historiador aquellas bellas cualidades que caracterizan al humanista, cualidades con las que hermoseó los áridos campos de la historia.

Su biografía de Juan Valdés, el retrato literario de Marchena, el paralelo que hizo entre Balmes y Donoso Cortés, la semblanza de Sanz del Río, son obras en que, como ha dicho un discípulo suyo, "la pluma del literato compite con el pincel genial de Goya".

Pero Menéndez Pelayo no se limitó á narrar. De vez en cuando empuñó las armas del polemista y con sus censuras y argumentos en contra flageló á muchas celebridades.

Como obras fundamentales de crítica histórica pueden considerarse su *Historia de los heterodoxos españoles* y su *Historia de las ideas estéticas en España.*

Como este libro no es de crítica literaria, sino

simplemente biográfico, renunciamos, no ya á exponer una opinión propia sobre esos monumentos de erudición, gusto artístico, procedimiento crítico y maravillosa recopilación, sino á recoger, siquiera fuera someramente, lo que de esa obra se ha dicho por muchas autoridades científicas.

Su *Historia fundamental de la literatura española* es otro de los monumentos del humano saber.

Antes de acometer esta obra en conjunto, escribió los *Orígenes de la novela*, el *Examen crítico de las obras de Lope de Vega* y el admirable *Tratado de los romances viejos.*

Algunas de estas producciones son suficientes para elaborar la gloria de un literato. La monografía de Boscanes perfecta en su género.

La tesis general de toda su obra histórica, á cuya demostración encaminó todos sus esfuerzos, puede sintetizarse en estas palabras: "Una nación no puede romper con la tradición de su pensamiento, como no puede romper con su historia. Su mentalidad es el resultado de una elaboración secular, y ninguna ilusión más funesta que la de esperar transformarla bruscamente."

Al historiar y estudiar las negociones más ó menos francas de los librepensadores de estos tiempos, D. Marcelino opuso esta rotunda afirmación:

"Soy católico *á macha martillo*, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna. Soy católico, apostólico, romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna á la impiedad ni á la heterodoxia, en cualquiera

forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso".

Los ataques al catolicismo consideréloslos como heridas que se hacían en el alma nacional.

Angel Ganivet coincidió con el gran maestro al formular esta declaración:

"España se halla fundida con su ideal religioso, y por muchos que fueran los sectarios que se empeñasen en descatolizarla, no conseguirían más que arañar un poco la corteza de la nación."

*
* *

El aspecto filosófico de D. Marcelino reflejado quedó oportunamente en anteriores capítulos. Nada más queda por decir en esta sencilla y breve síntesis de la figura del sabio.

Genio de la erudición, de lo clásico, de la crítica y de la historia, no hay pista que pueda seguirse, ni fuente que consultar, ni escuela literaria ó filosófica que definir; ni modo, en suma, de caminar por el campo de la literatura sin ir cogido de la mano de D. Marcelino ó asido de su desgarbada y clásica capa española.

Se pidió el premio Nobel para el maestro y teníalo bien merecido.

Toda España se hubiera sumado en aquella petición, de no haberse interpuesto anteriormente otro nombre glorioso, el de D. Benito Pérez Galdós.

La estirpe de los sabios se concretaba en D. Marcelino. No se había conocido precedente ni tenía rivales.

Como careció de compañero y de par, es muy difícil que tenga sucesor.

Capítulo XXXI

El hombre.

El alma del maestro.—Su prodigalidad científica.—Las tertulias en la Academia de la Historia.—Espíritu infantil.—Lo que ganó con algunos libros.—Su amor á la verdad y á la justicia.—Su talento.—La patria chica.

Dato importantísimo, detalle interesante, y más que todo esto, noticia de significación altísima, supone el escribir algo sobre el alma, sobre el carácter, sobre la idiosincrasia de Menéndez Pelayo.

Con temor se acerca siempre un hombre á los umbrales de la conciencia de otro hombre. Por poco perspicaz que sea su mirada, descubre allá, en las intimidades de aquella alma, recovecos y reconditeces, misterios que sólo es dado descubrir á Aquel que formó los corazones y las almas en la gradación armónica que su sapiencia infinita le dictara.

El conocer un alma es fortuna, es suerte, es distinción concedida sólo á los que se aman, á los que atisban en el dintel del almario, impelidos por su celo apostólico, á los que noblemente persiguen y hasta mendigan sentires de corazones reacios ó deferencias de espíritus hoscos.

En esta milicia de la vida, en esta lucha de la existencia, surge, como problema capital, la dificultad que existe para que unos espíritus se comuniquen con otros espíritus, estableciéndose la recíproca comunión de ideas y afectos que engendra la verdadera solidaridad.

Los más indoctos, los menos avisados, aunque no sepan expresarlo, aciertan á sentir y deplorar el vacío, la distancia que existe entre alma y alma. Esto y sólo esto entenebrece los horizontes de la vida.

Pues bien; en este capítulo vamos á ocuparnos, reverentes, del *santa sanctorum*, del espíritu de Menéndez Pelayo. Vamos á prescindir del maravilloso desarrollo de sus facultades anímicas, de su vocación providencial, de sus excepcionales aptitudes, de todo. Miremos al hombre, sólo al hombre.

No; no desmerece la visión, no se da el caso, muy común en la historia, de hallarnos con un hombre de mucho talento, pero á la vez, como vulgarmente se dice, muy mala persona.

El alma de D. Marcelino, serena, armoniosa, sencilla, ingenua, no albergó jamás la envidia y la soberbia. La lumbre que en su inteligencia ardía iluminó más veces actos de bondad y de indulgencia encantadoras, que condenaciones sistemáticas é intransigentes.

La misma potentísima luz de su numen, al descubrir los defectos, incompetencias y torpezas de los semejantes, los envolvía en la suave claridad de una indulgencia alentadora que le hacía alabar cualquiera observación atinada, cualquier dato curioso, animando siempre á los autores noveles, como si temiese, según frase de un discípulo suyo,

cortar con el hierro de la censura flores que acaso luego dieran copiosos frutos.

Su prodigalidad científica es proverbial. Derramó torrentes de su sabiduría aun en las conversaciones familiares; pero con tal sencillez, con tal ausencia de vanidad, que su misma modestia parecía obrar un milagro. Aparentaba aprender hasta en las más nimias observaciones de sus interlocutores y estimulaba y animaba al trabajo al que lo emprendía con alientos y con alguna preparación. Y hacía más: le comunicaba generosamente noticias y datos de todas clases; le abría horizontes bibliográficos; le sugería puntos de vista; le ofrecía aspectos inesperados á su imaginación ó á su inteligencia. Proporcionaba con delicado tacto sus auxilios á la capacidad de su consultante; no deslumbraba y abrumaba con su saber á quien poca cosa alcanzaba; iluminaba suavemente su espíritu, infundiéndole aliento. Ponía de manifiesto cuantos aciertos descubría en los trabajos de sus amigos, ó con el velo del olvido y del silencio encubría sus faltas ó sus errores como si hubieran sido propios. Y de esta regla no se exceptuaron nunca las obras eminentes y extraordinarias, que las ha habido también, como saben todos.

Ya hemos referido al lector lo que en este respecto sucedía durante las horas de los domingos y días de fiesta en que recibía á sus amigos en sus habitaciones de la Academa de la Historia.

De aquellas tertulias se había desterrado la murmuración y la maledicencia, cebo que atraía en otras parecidas reuniones, y la conversación versaba siempre sobre asuntos literarios.

Don Marcelino tenía un espíritu verdaderamente

infantil. Diríase que en él se cumplía aquella maravillosa sentencia del Maestro de Galilea: "Si no os hiciérais como uno de estos pequeñuelos, no entraréis en el reino celestial."

¡Supremo llamamiento á la ingenuidad del alma, reproche cariñoso á los que se velan tras las hipocresías y los disimulos; condenación de la falacia, del engaño, y mil y mil artes como se emplean en la lucha ruin de la vida para aparentar lo que no se es, para lograr lo que no se merece, para escalar alturas poco acomodadas á nuestra debilidad mental. Se ha hablado mucho del hondo sentido cristiano que inspira la monumental obra del maestro. No debe causar extrañeza. Don Marcelino era ingénitamente cristiano, aun en los más nimios detalles, aun en las tentaciones en que ponen á prueba la fe de un alma.

Cuando tuvo que combatir doctrinas ó que responder á los ataques de otros escritores, lo hizo siempre sin descender á lo personal, desde la altura de la idea, ajeno á la mezquindad, á la pasión y al egoísmo literario.

Al publicar el 28 de Abril de 1887 la tercera edición de *La Ciencia Española*, dió el propio maestro una prueba categórica de lo que acabamos de decir, escribiendo estas líneas:

"En descargo de mi conciencia, *no de escritor*, sino de cristiano y de hombre, debo dar alguna explicación sobre las personalidades, acritudes y virulencias que en estas cartas hay y que de buen grado habría yo suprimido si para hacer esto no hubiese sido preciso destruir enteramente el libro y escribir otro nuevo. He vuelto á leer estas cartas

diez años después de publicadas con la frialdad de quien lee cosa ajena, y no he encontrado en ellas verdadera injuria personal, ni expresión alguna que pueda desdorar el crédito moral de ninguno de mis adversarios. En esta parte estoy tranquilo; y si añado que ellos se mostraron en la polémica tan duros y violentos como yo y que, por añadidura, escribí estas cartas á los veintiún años, sin conocer del mundo y de los hombres más que lo que dicen los libros, creo que ni aun los más severos han de negarme su indulgencia. Pero es tal mi respeto á la dignidad ajena; me inspira tanta repugnancia todo lo que tiende á zaherir á mortificar, á atribular un alma humana hecha á semejanza de Dios y rescatada con el precio inestimable de la sangre de su Hijo, que aun la misma censura literaria, cuando es descocada y brutal, cínica y grosera, me parece un crimen de lesa humanidad, indigno de quien se precie del título de hombre civilizado y del augusto nombre de cristiano... *Yo peleaba por una idea; jamás he peleado contra una persona, ni he ofendido á sabiendas á nadie.*"

Su sencillez y su modestia admiraba á las gentes. Era inaccesible á los estímulos de las vanidades menudas. Y había en esto mucho que alabar, puesto que desde los umbrales mismos de la vida se vió aplaudido y aclamado como un prodigio y su carrera fué una serie no interrumpida de triunfos brillantísimos. Un éxito y un aplauso tan desusados no fomentaron en su carácter ni presunción de las dotes propias ni desdén ó desabrimiento con las ajenas.

Lejos de esto, él mismo, con una espontaneidad

hermosa, reconocía y declaraba públicamente hasta los más nimios defectos de sus obras.

En Julio de 1910, al terminar la segunda edición de la *Historia de los heterodoxos españoles,* decía:

"Para mí, el *mejor estilo es el que menos lo parece*, y cada día pienso escribir con más sencillez; pero en mi juventud no pude menos de pagar algún tributo á la prosa oratoria y enfática que entonces predominaba. Páginas hay en este libro que me hacen sonreir, y, sin embargo, las he dejado intactas, porque el libro tiene su fecha y yo distaba mucho de haber llegado á la manera literaria que hoy prefiero, aunque ya me encaminase á ella. Por eso es tan desigual la prosa de los *Heterodoxos* y fluctúa entre dos opuestos escollos: la sequedad y la redundancia. Otro defecto tiene, sobre todo en el último tómo, y es la excesiva acrimonia é intemperancia de expresión con que se califican ciertas tendencias ó se juzga de algunos hombres. No necesito protestar que en nada de esto me movía un sentimiento hostil á tales personas. La mayor parte no me eran conocidas más que por sus hechos y por las doctrinas expuestas en sus libros ó en su enseñanza. *De casi todos pienso hoy lo mismo que pensaba entonces*; pero si ahora escribiese sobre el mismo tema, lo haría con más templanza y sosiego, aspirando á la serena elevación propia de la historia, aunque sea contemporánea, y que mal podía esperarse de un mozo de veintitrés años, apasionado é inexperto, contagiado por el ambiente de la polémica y no bastante dueño de su pensamiento ni de su palabra."

Escribía sus libros con un desinterés generoso,

como lo demuestra lo poco que ganó con ellos. Fuera de *Los Heterodoxos*, que le produjeron 15.000 pesetas, y de los prólogos de las obras de Lope de Vega, que le valieron algo más, según cuenta su discípulo Serrano y Sanz, por la mayor parte de sus escritos se juzgó bastante remunerado con cantidades á veces irrisorias.

Por su admirable estudio de Torres Naharro, le dieron solamente 25 duros, y por el magnífico artículo que publicó en "Los lunes de *El Imparcial*", descubriendo el verdadero autor del Quijote de Avellaneda, le abonó este periódico cuarenta duros.

En cierta ocasión, cuando vivía el maestro en el Hotel de las Cuatro Naciones, se le presentó un sacerdote americano y le propuso que colaborara en un gran diario de una de las repúblicas sudamericanas. La proposición que le hizo fué la siguiente: Escribir cuatro cartas mensuales y pagárselas á cincuenta duros cada una.

Don Marcelino rechazó sencillamente esta colaboración, manifestando que tenía muchas cosas que hacer. Pero recomendó al sacerdote á su amigo don Antonio Rubió y Lluch, catedrático, como el lector sabe, de la Universidad de Barcelona. El Sr. Rubió aceptó la colaboración en el periódico americano rechazada por D. Marcelino, y desde entonces viene escribiendo mucho y con gran aplauso en los grandes periódicos de aquellas repúblicas. No era, no, el escritor glorioso, apegado al dinero. Tratándose de un hombre de su categoría, vivió siempre con gran modestia. La cantidad mayor que llegó á ganar al cabo del año no pasó nunca de setenta mil

reales, incluyendo en ella su sueldo de catedrático y de director de la Biblioteca Nacional y sus dietas académicas.

Para muchos de sus escritos no buscó la remuneración pecuniaria, siempre atento á la verdad y á la belleza.

El mismo Sr. Serrano y Sanz, lamentándose años ha de que D. Marcelino tuviese en *Los Heterodoxos* una rica mina sin aprovechar, le facilitó ocasión de ganar unos 10.000 duros con una segunda edición; pero se excusó, después de pequeñas vacilaciones, no solamente por motivos de delicadeza exquisita que él creía le ligaban con un su amigo y compañero, sino alegando que su conciencia de historiador le obligaba á refundir y revisar con sumo cuidado aquella obra que, por haberla escrito en sus mocedades, tachaba de infantil y aun la tenía poco afecto, con ser uno de los monumentos históricos más artísticos y más llenos de vida que se publicaron en el siglo XIX. Y era verdaderamente esclavo de su conciencia profesional.

Él mismo confesó explícitamente y más de una vez, que anteponía la verdad á las bellezas literarias, al deseo de agradar y al afán de tener muchos lectores; bien joven era cuando comenzó á escribir las *Ideas estéticas*, y, lejos de buscar los aplausos del vulgo indocto, del gran público, con seriedad espartana dijo que acometía una empresa llena de arideces, casi exclusivamente científica, pero que no le arredraba el considerar que la leerían pocos, ni la perspectiva de la ingente y penosa labor que echaba sobre sus hombros. Y ésta fué la regla de toda su vida literaria.

Cuando hace años comenzó á refundir *Los Heterodoxos*, algunos de sus amigos y admiradores le manifestaron el escrúpulo de que obra tan artística, tan llena de entusiasmo y de vida, quedase ahogada entre el aparato de asombrosa erudición que en ella pondría, y contestó el maestro en el prólogo que el historiador debe atender más que nada á la verdad, como un deber imperioso de conciencia, y no confundir sus obras con la novela ú otro género ameno, cuyo fin principal es mitigar las pesadumbres de la vida humana.

Aunque D. Marcelino parecía dócil, casi abúlico, y seguía en mucho los consejos de sus amigos, tenía, sin embargo, una voluntad inconmovible cuando se trataba de la justicia; de tal manera, que en las elecciones de académicos, en las oposiciones á cátedras y en otros actos, nunca dejó de votar al más digno con serena y firme constancia.

Dícese que hubo en D. Marcelino transformación de ideas. Puede ser; pero todos los que le trataron afirman que quedaron firmes en el centro de su alma dos grandes convicciones que animaban sus escritos: la fe en la religión católica y el culto á la Patria, de la que fué apologista infatigable.

Su amor á la Patria chica no tuvo tampoco límites.

Cuenta el citado Sr. Serrano y Sanz: "Poco tiempo antes de morir, visitóle un amigo, de pocas letras, pero aficionado á los libros; después que hablaron un rato, como la visita era de confianza y no de pura cortesía, púsose aquél á corregir unas pruebas del tomo segundo de la *Poesía hispano-americana*, mientras el amigo leía el *Estudio crítico*

de las *Poesías* de Amós de Escalante, que estaban en la mesa, y al llegar á los párrafos donde se reseña la historiografía local de la *Montaña,* dijo al Maestro: "¿No le parece á usted que sería un trabajo útil publicar, con los debidos prólogos y comentarios, los no pocos documentos que acerca de la Cantabria en la Edad Media se conservan inéditos?" Al oir esto levantó D. Marcelino la cabeza, dejó de rastrear con una pluma rota las líneas de las pruebas, relampaguearon sus ojos y contestó tropezando, como solía á veces, en la pronunciación de la erre: *me pa...rece admirable y sería un libro que todos los montañeses y yo el primero veríamos con entusiasmo.*"

Su amor al estudio y á los libros fué en todas las épocas de su vida igualmente intenso.

El Sr. Lomba decía muy acertadamente en un precioso artículo:

"Para el Sr. Menéndez Pelayo dos clases de hechos ó de cosas había en el mundo, bien así como dos clases de personas: los que se relacionaban con las letras en algún modo ó tenían, por decirlo así, estado literario, y los que no tenían tales relaciones, ni tal estado. Su atención y su interés eran todos para el primer grupo; al segundo permanecía extraño é indiferente. Es cierto que á nadie pedía más títulos para darle por admitido en la república de las letras que su afición y gusto hacia ellas. Era en esto modelo de sencillez y llaneza... Pero las preferencias vivas y calurosas de D. Marcelino estaban en los que, como él y á su lado, trabajaban en el campo de la investigación literaria.

Estos constituían su verdadera y casi única intimidad. Remedando una expresión evangélica, podría decirse que éstos eran para D. Marcelino "su padre, su madre y sus hermanos". En la historia de la literatura se darán pocos casos de amistades tan generosas, tan firmes, tan leales y verdaderamente sencillas como las que siempre mantuvo el Sr. Menéndez Pelayo con los que trabajaban en torno de él y en la misma clase de estudios."

Y así era el maestro; esforzado en la lucha, constante en el trabajo, sencillo en las costumbres, leal en las amistades, sincero en la crítica, firme en las convicciones, bondadoso en los juicios, amante de lo bueno y de lo justo.

Ni celos, ni vanidades, ni envidias, ni torpes emulaciones turbaron nunca su alma.

Nada sintió con más amargura que el tener que renunciar á sus vastos proyectos literarios al sentirse herido de muerte.

Cuando las fuerzas comenzaron á faltarle, cuando su mano no sostenía ya la pluma, cuando consumido y postrado iban sus ojos perdiendo el brillo y se iba apagando su voz en la garganta, aún lucía su poderosa inteligencia con resplandores hermosos.

—Siento una extraña debilidad—decía—en todo el cuerpo; no puedo con la pluma. Sin embargo, la cabeza la tengo fuerte y ese es mi consuelo.

Era verdad. Al derrumbarse su cuerpo, aún continuó su vida refugiada en su cerebro. La materia se vino abajo, pero la luz del genio siguió brillando intensamente hasta subir con el alma á las alturas de la gloria.

La vida del maestro fué ejemplo, enseñanza, orientación y guía. Por eso nosotros, españoles y patriotas, hemos querido reflejarla en este libro.

Y en pago al propósito que nos guió al escribirlo, bien merecemos, lector, tu benevolencia.

Capítulo XXXII

Rasgos y anécdotas del maestro.

Recordando la figura insigne.

Al morir el sabio insigne, consagraron todos los periódicos, ¡sin una excepción siquiera! el merecido homenaje de admiración, cariño y respeto á la gran figura nacional perdida para las letras.

Muchos diarios de la corte y de provincias recordaron los rasgos más característicos del maestro, y en este capítulo los recopilamos nosotros, añadiendo algunas interesantes anécdotas que personas muy allegadas á D. Marcelino tuvieron la bondad de contarnos.

—

Menéndez Pelayo gustaba de favorecer á los luchadores. Las recomendaciones le crispaban los nervios.

Cuentan que un día se le presentó un estudiante, con la pretensión de que le diera recomendaciones para los exámenes. No se puede dar idea de la indignación del maestro, que despachó al atrevido, diciéndole:

—¡No hay mejor recomendación que el estudio!

Yo no tengo ni quiero tener noticia de otras recomendaciones.

—

El ilustre escritor Rodríguez Correa, gran amigo y admirador de Menéndez Pelayo, solía ensalzarle con frecuencia en aquellas cultas y amenas reuniones de literatos que se celebraban en el palacio de Medinaceli, en vida de la inolvidable duquesa Angela. En una de ellas contó la graciosa broma de que el propio Rodríguez Correa hizo víctima al insigne sabio algunos meses antes. Rodríguez Correa se complacía en poner á prueba el inaudito memorión de Menéndez Pelayo, procurando encontrar algún título de obra que le fuera desconocida. Claro es que los apicarados deseos del travieso publicista se estrellaban siempre ante las portentosas facultades nemotécnicas del ya ilustre crítico.

Un día, Rodríguez Correa abordó, sonriente á D. Marcelino:

—Estoy contentísimo—le dijo con hipócrita regocijo.—He hallado un libro muy útil, de un gran valor práctico. ¿No le conoces? Está impreso en Alcoy.

—¡En Alcoy!—murmuró D. Marcelino, pensativo.—No, no recuerdo. ¿Quién es el autor?

—Ridaura.

—¡Es raro!—declaró un tanto humillado Menéndez Pelayo, tras unos instantes de recogimiento.—No sé qué libro pueda ser ése.

Sonrió bonachonamente Rodríguez Correa satisfecho del resultado de su travesura, é introduciendo los dedos en el bolsillo del chaleco, extrajo la obra mencionada.

Era un librito de papel de fumar.

El Sr. Menéndez Pelayo no sintió nunca mayor indignación que aquel día.

—

Cuéntase que un día los Sres. Cánovas y Martos acudieron á la biblioteca de El Escorial, en busca de un manuscrito rarísimo que allí estaba. Vanamente procuraron dar con él los empleados. La furiosa busca hecha fué inútil. El manuscrito no parecía por parte alguna.

Desesperábanse los dos ilustres políticos, dudando ya de poder evacuar la consulta que les era indispensable, cuando se les acercó un jovenzuelo como de diez y ocho años, que hasta entonces había permanecido silencioso, tomando notas de un viejo libro que ante sí tenía, y les preguntó cortésmente, solicitando excusa para su indiscreción, qué ejemplar buscaban.

Miráronle Cánovas y Martos, un si es ó no es desdeñosamente, considerando su corta edad; pero al fin, ante la cortés insistencia del joven, declararon el título de la obra que vanamente buscaban todos los empleados, y aun expusieron lo que querían consultar.

No hizo más que oirlo Menéndez Pelayo, pues él era el preguntón, y, asombrando á todos los oyentes, afirmaba:

—Ese libro está en el estante número tantos, tercera tabla, y sin duda lo que ustedes buscan se refiere al contenido de la página tal de la obra.

Cánovas y Martos se convencieron, á los pocos

minutos, de que Menéndez Pelayo había acertado en todo: hasta en el número de la página que les indicara.

—

Era Menéndez y Pelayo, como se ha dicho, un excelente poeta. Sin embargo, él tenía una gran desconfianza de su poesía.

En una ocasión, hablando con su ilustre amigo D. Juan Valera, que tenía las mismas aficiones clásicas, le dijo:

—¿Sabe usted, D. Juan, que me asusta mucho el morirme?

—¡Hombre! ¿Por qué?

—Por miedo á la indignación de los autores de las poesías que he traducido.

—

Dícese que un verano visitó á D. Marcelino Menéndez Pelayo en su casa de Santander el señor D. Aureliano Fernández Guerra para consultarle algunos extremos relativos á un discurso que éste había de leer en la Academia Española.

Halló el Sr. Fernández Guerra á su amigo entre sus libros, que ya entonces pasaban de 20.000, y al notar su aspecto de cansancio, no pudo por menos de preguntarle si se hallaba enfermo.

—No—contestó Menéndez Pelayo, paseando una mirada por las estanterías.—Es que me aburro. Aquí no tengo ya nada que leer.

El Sr. Fernández Guerra sonrió, contemplando los 20.000 volúmenes. Seguramente podía recitar de

memoria el Sr. Menéndez Pelayo la mayor parte de ellos.

—

En Madrid decía que no podía trabajar, y hasta cierto punto no le faltaba razón. No sabía estarse en casa. Se pasaba el día correteando por esas calles. Eso fué lo que le movió sin duda á establecer su biblioteca en Santander.

Cuando hablaba de la patria chica, sentía el mismo deleite que al hablar de un libro. Y mostraba un decidido empeño en encontrar en todas las figuras salientes de la historia de la literatura española alguna relación con la provincia de la montaña.

—

Ha pocos años, un estudioso joven qne acababa de cursar el doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras, acudió al talentoso maestro en demanda de un favor: una nota bibliográfica pertinente á los autos sacramentales de Calderón de la Barca, pues sobre ellos había de versar el discurso de doctorado del joven, y anhelaba éste profundizar en la materia cuanto le fuese dado.

—Vuelva usted mañana por la nota—le dijo sencillamente Menéndez Pelayo.

Acudió al otro día el futuro doctor, y pudo ver, lleno de asombro, la enorme reseña bibliográfica preparada á su intención por el polígrafo insigne. Nada faltaba allí de cuanto se ha escrito en todos los países y en todos los idiomas tocante á los autos sacramentales de Calderón.

Asombrado, repasó el mozo la larga enumera-

ción, pero al cabo de la lectura, expuso con cierta timidez:

—Perdóneme usted, maestro. Pero ha olvidado usted consignar la obra que se considera más importante sobre el asunto.

—¿De veras? ¿Cuál?

—La titulada *Calderón y su teatro*... escrita por usted.

Sorprendido en flagrante delito de exagerada modestia, el maestro se puso rojo como una amapola.

—

Para el maestro los libros lo eran todo. Eran sus hijos, sus amantes, sus amigos. Mirando un libro ha dejado pasar horas y horas, y olvidado hasta de alimentarse.

Sentía el placer de desenvolver el libro que le enviaban recién encuadernado, acariciándole como á la mujer querida. Si en aquella ocasión llegaba un amigo, lo primero que hacía era presentarle el libro:

—Una ganga. Una verdadera ganga—decía.—Lo he adquirido en la mitad de su valor—y volvía á envolverle cuidadosamente con verdadero mimo.

—

Asistía el doctor Thebusen á una sesión de la Academia Española, y tuvo la buena suerte de sentarse junto á don Marcelino. Trabaron conversación erudita, y el doctor iba de asombro en asombro al notar que de todo sabía Menéndez Pelayo más que nadie, y que no había manera de darle ninguna noticia peregrina. Se le picó el amor pro-

pio, y dijo para sí: te voy á llevar á un terreno en que yo sé más que tú: al correo.

Y, diestramente, condujo la conversación á los formularios de cartas, materia verdaderamente rara, y á que sólo un bibliófilo algo extravagante podía haberse dedicado.

Pero con sorpresa del *Cartero mayor del reino*, resultaba que D. Marcelino sabía tanto como él, y aun más que él, de formularios antiguos y modernos, nacionales y extranjeros.

Ya medio desesperado, y jugándose su última carta, dijo el doctor:

—¿Conoce usted el formulario de Reig?

Por vez primera, Menéndez y Pelayo acudió en vano á su memoria, y hubo de decir:

—Hombre, ese no lo conozco.

Thebusen experimentó la más viva satisfacción de amor propio, y, dándose tono, añadió:

—Sí, es obra muy rara. Yo tengo la edición de Barcelona, año de...

—¡Ah! Ya caigo—interrumpió Menéndez y Pelayo—, conozco esa edición y otras dos más.

—¿Cómo?

—No había caído; porque ese apellido es catalán, se pronuncia *Rech*, y no *Reig* como usted ha dicho.

—

Hablando de la gran modestia de Menéndez y Pelayo, ha dicho el Sr. Bonilla y San Martín:

"Era de una modestia tal, que muchas veces yo me le quedaba mirando absorto, y me preguntaba: ¿Es posible que en un hombre de tanto saber se dé tanta modestia? No puede usted figurarse hasta qué

punto olvidaba todo lo que valía... ¡Digo yo olvidaba! ¿Lo supo?...

Cuando en alguna ocasión—rarísima—mostraba desagrado por cualquier desatención de que fuera objeto, sus amigos nos reíamos en sus propias narices, diciéndole burlonamente: "¿Pero usted se ha molestado? ¿Es posible que usted se moleste alguna vez?" E inmediatamente volvía á ser el D. Marcelino de siempre, y haciendo coro á nuestras burlas, daba por terminada su molestia. "¡Qué estupidez! ¿Por qué me habré molestado?"

No gustaba de exhibiciones, y casi siempre paseaba solo.

Por el terruño sentía adoración. En cuanto tenía un momento libre se nos escapaba á Santander."

—

Al Sr. Menéndez y Pelayo no le agradaban los escritores que escribían fuera de su tiempo.

—Hay que escribir como se escribe y se habla en el siglo que se vive—decía.

El maestro dijo esto en su último discurso pronunciado en la Academia de la Historia, en honor de su paisano el gran novelista Pereda.

No admiraba á los preciosistas, á los que todo lo posponen al estilo, sin que esto quiera decir que los criticase. Pero sobre esta cuestión expresó su modo de sentir con estas gráficas frases:

—Mi ideal sobre materia de estilo es no tenerlo.

Jamás dictó sus trabajos, porque afirma que dictando no se le ocurrían más que disparates. Y así se da el caso que todas sus cartas estén escritas de

su puño y letra. Letra chiquita y menuda, desigual é ininteligible, y que denota una gran nerviosidad en quien las escribió.

—

El notable cronista Cristóbal de Castro, contó en un artículo lo siguiente:

"Una tarde, por el invierno, encontramos en la Carrera al muerto inmortal. Bajo el hongo, la plateada barba enjuta alargaba aquel rostro de ojos que dialogaban con lo invisible, como los de Fray Luis ó Juan de Valdés, sus devociones y maestros.

Embozado, mal embozado en su eterna capa, caminaba D. Marcelino entre las gentes como por el campo, sin verlas, sin oirlas; alta la noble faz risueña que tal vez sonreía al abad de los Silos.

De pronto le paramos: ¡Maestro!

Y como si cayera de las nubes, donde quizás segundos antes hablara con Rodrigo Cota, descendió á nosotros la vista, estupefacto. Al cabo nos reconoció, y, como siempre, amable y paternal nos hizo la merced y honra de conversar un rato.

¿Qué hacíamos? Pues nada, lo de siempre; el periódico.

El maestro, todo disciplina armónica, desdeñaba el desorden improvisador. ¿Y versos? ¿Por qué no hacíamos más versos? ¿Por qué no le salíamos al paso al modernismo delirante de insolencias?

—Pues ya ve usted, es lo que triunfa—le dijimos avergonzados.

—¡Qué ha de triunfar!—nos atajó con desusado brío.—Ya se lo he dicho á usted: Napoleón conquistó el mundo con su receta "dinero, dinero y di-

nero". Ustedes reconquistarían á España con esta otra receta: "Romancero, Romancero y Romancero."

En el amor de su homilía el maestro se había desembozado. La vieja y noble capa era en medio de aquel gentío de la Carrera como la túnica de Epicteto en medio de una vía de Nerón.

Aquel hombre que, en plena calle, daba su corazón al "Romancero" y su capa á las burlas necias, se ha llevado al sepulcro el secreto de los conjuros españoles."

—

He aquí las palabras que D. José R. Lomba tradujo de un escritor extranjero que visitó á Menéndez Pelayo en su biblioteca de Santander.

Ese escritor era M. Boris de Tannemberg, y escribió el retrato de D. Marcelino en 1902.

Decía así:

"En el hombre maduro de hoy en día, grueso á efecto del trabajo sedentario, con la barba ligeramente plateada, se halla siempre, en cuanto se anima un poco, el fuego de la juventud. Los ojos claros conservan su movilidad y viveza. También el gesto es nervioso é impaciente. El entusiasmo no ha perdido nada de su ardor. Yo le veo todavía, recibiéndome en su biblioteca de Santander, una biblioteca inmensa, digna de un erudito del Renacimiento, en un edificio aislado, con tres salas dilatadas, guarnecidas de libros hasta el techo. Incapaz de estarse quieto, va y viene por la pieza con pasos desiguales, en tanto que en una conversación animadísima derrama para mí los tesoros de su erudi-

ción, me orienta en el laberinto de la literatura española, se exalta á propósito de un nombre ó de una obra, se interrumpe para recitarme una tirada de versos ó bien, de repente, se encarama en una escalera para alcanzar el libro raro ó el precioso manuscrito, cuyo mérito me encarece con el fervor del bibliófilo. Y en tanto que yo le escucho encantado y que le observo, voy comprendiendo la obra del escritor, sorprendiendo al vivo el temperamento del hombre."

*
* *

Una tarde, como de costumbre, viajaba D. Marcelino en el tranvía del Sardirero. El cobrador avanzaba por el carruaje entregando los billetes á los viajeros. Uno de éstos, que iba sentado junto al grande hombre, entregó al cobrador un peseta para pago del billete. Como éste costaba solamente un real, el empleado del tranvía se dispuso á darle la vuelta. En aquel momento, D. Marcelino, que iba leyendo un libro, creyó sin duda que la vuelta que el cobrador preparaba era la que correspondía á alguna moneda que él hubiese ya entregado, y en esta creencia extendió la mano en espera que en ella depositase el empleado la calderilla sobrante.

El cobrador, que vió una mano extendida, depositó en ella el dinero, y siguió cobrando, sin advertir, como D. Marcelino, aquella confusión.

Claro es que el verdadero dueño de la peseta observó la distracción del maestro, pero no le dijo nada. Se concretó á celebrar con otros viajeros aquella graciosa escena.

*
* *

Cierto día, un caballero de Santander, amigo de su padre y admirador de su ciencia bibliográfica, el señor López Dóriga, le remitió un libro viejo con una carta. El libro era las *Obras de Plotino*, la edición de Florencia, de 1492, de Antonio Miscomino, costeada por Lorenzo de Médicis; un soberbio ejemplar, en vitela. Suplicábale el caballero que le diese su parecer acerca de aquel libro y le informase del mérito y valor bibliográfico que tuviera. Vióle el Sr. Menéndez Pelayo, lo registró, lo admiró; hizo de él muy vivas manifestaciones de aprecio. Llegó á formar la sospecha (que hasta el fin de sus días acarició como muy probable) de haber sido aquel ejemplar un regalo á la Reina Católica, hecho por la Señoría de Florencia. Así se lo expresó al consultante. Al tiempo de devolvérselo, le hizo ponderaciones, también por carta, de la suntuosidad, de la rareza y del mérito extraordinario de su libro. El precioso ejemplar volvió de nuevo á las manos del Sr. Menéndez Pelayo, y esta vez con otra carta, en que el amigo de su padre le suplicaba tuviese á bien aceptarlo como presente. El siempre había estado en la persuasión—lo manifestaba—de que aquel libro era una joya bibliográfica, y habiendo llegado á tener de ello seguridad, por el dictamen que acababa de darle el Sr. Menéndez Pelayo, nada mejor se le ocurría que ofrecérselo. Cuado llegó esta carta, estaba á la mesa Menéndez Pelayo, comenzando á comer; tomó el libro, que es en gran folio, forrado reciamente en cuero, sumamente voluminoso, y se abrazó con él apretadamente, y así abrazado, acabó su comida.

literatura de las postrimerías del siglo XVIII (1). Aquí le mencionamos sólo porque en él se inicia cierto género de enseñanza literaria, recomendando la obra de Batteux para la parte teórica, y la del abate Andrés para la histórica.

Al Virrey Vértiz se debió también la inauguración del primer teatro, *la casa pública de comedias*, en Buenos Aires, no sin oposición de los teólogos; y el establecimiento de la primera imprenta, la *de los Niños Expósitos*, cuyo material se trajo de Córdoba, como ya hemos dicho. Claro es que esta imprenta no sirvió en los primeros tiempos más que para reproducir bandos, ordenanzas, edictos, pastorales y otros documentos de interés público, para surtir las escuelas de catones y cartillas, para estampar anualmente el *Almanaque* y la *Guía de forasteros*, y para alimentar la devoción con novenas gozos y letrillas.(2) Pero ya desde 1790 comenzaron a salir libros de mayor novedad y bulto, como los *Principios de la ciencia económico-política*, que tradujo del francés el entonces Secretario del Consulado, y luego famoso general D. Manuel Belgrano. Y también, aunque rara vez, se ve algún opúsculo literario. Uno de ellos: las *Poesías fúnebres á la tierna memoria del virrey D. Pedro Melo de*

(1) *Plan de estudios para la Universidad de Córdoba, que ha trabajado el Dr. D. Gregorio Funes, Deán de esta Santa Iglesia Catedral, por comisión del ilustre Cabildo, á quien se lo presenta, el año de mil ochocientos trece.—Córdoba, imprenta de la Universidad, año de 1813.* 4.°

(Véase la *Memoria-prólogo* del *Dr. D. Gregorio Funes*, por A. Bunge, en el tomo XV de la *Revista de Buenos Aires*.)

(2) Quizá la primera publicación oficial en verso, que salió de las prensas de Buenos Aires, fué el *Septenario de los dolores de María Santísima.... Por...Dr. Fr. José Antonio de San Alberto, Carmelita Descalzo y Obispo de Córdoba de Tucumán* (1781). Contiene siete décimas y una canción. Fué reimpreso muchas veces como opúsculo popular de devoción. De este Obispo hay muchos y muy curiosos pastorales.

Prueba de Imprenta de la obra predilecta de Menéndez Pelayo, "Historia de la poesía hispano-americana", corregida por D. Marcelino.

Capítulo XXXIII

Últimas notas.

La obra predilecta.—Una anécdota interesante.—La última cuartilla del maestro.—La pluma gloriosa.—Cargos y honores.—La dirección de la Academia Española.—El paraguas de Cotarelo.

La obra que más estimaba D. Marcelino, en la que puso todo su cariño y todo su amor propio de estilista, es la *Historia de la poesía hispano-americana.*

—Y ésta es precisamente—decía dolido el maestro—la que menos se lee y la que apenas si conoce la gente.

Sin embargo, ella era su primogénita, y en donde pulió y limó como el más atildado y exigente de nuestros estilistas.

Que el público no lo comprendiera así y no antepusiese esta obra al resto de su labor, tenía muy disgustado á Menéndez Pelayo.

Verdad es, y así lo hemos dicho en otro lugar de este libro, que no ya el público, la Prensa misma olvidó lamentablemente en diversas ocasiones la

labor gigantesca que el sabio realizaba, escatimándole líneas y elogios que prodigaba á medianías y á improvisados.

Con saber tanto como sabía, no *supo* el maestro hacerse el reclamo para la venta de sus libros, que le hubieran enriquecido, ni organizarse apoteosis, ni *merecer* esa estatua que á nadie ya se regatea.

Y, á propósito de esto, encaja aquí perfectamente una saladísima anécdota que refirió Mariano Miguel del Val por habérsela oído contar al ilustre Rodríguez Marín.

Se encontraba D. Marcelino en Sevilla y le llevaron á almorzar á la Venta de Eritaña. Y á un torero que allí se encontraba y que miró al maestro con cierta curiosidad, le preguntaron:

—¿Tú sabes quién es ése?

—¿Quién es?

—Ese es... ¡Casi nadie!... ¿Tú ves que el Guerra es una catedral?... Pues ese hombre es un alcázar y las pirámides de Egipto. Es... ¡Menéndez Pelayo!

Volvió á mirar al maestro el de la coleta, y dijo:

—En mi ziyetera vía lo oí mentá. Y ¿qué es? ¿Es general? ¿Meniztro si ar caso?

—No, hombre; no es general ni ministro; pero ahí donde tú lo ves, tan humilde en su aspecto, es el sabio más grande de España y uno de los primeros del mundo.

Miró entonces nuevamente el torero á D. Marcelino, esta vez despacio y con mirada escrutadora; midióle con ella de pies á cabeza, lentamente, mientras daba una gran chupada al chicote, y después de arrojar el humo por donde fumaba y escupía, por junto al colmillo izquierdo, volvió los ojos á su

interlocutor para preguntarle entre incrédulo y desdeñoso:

—Y ¿qué ez lo que zabe eze hombre?

La pregunta del torero no pudo ser más elocuente. ¿Qué podía saber un sabio que en estos egoístas y menguados tiempos que corren no supo hacerse popular ni hacerse rico?

*
* *

A raíz de la muerte de D. Marcelino, su hermano D. Enrique recibió una carta del bibliotecario mayor de Palacio, conde de las Navas, expresándole el deseo del Monarca de adquirir la última cuartilla que escribiera el maestro, y la pluma.

Y este deseo de D. Alfonso fué atendido. El albacea testamentario, D. Gonzalo Cedrún, llevó al Rey dicha cuartilla y la gloriosa pluma.

La cuartilla está escrita con mano temblona, y fué hallada por D. Enrique Menéndez entre las hojas de un libro del obispo Osio, uno de los últimos que manejó D. Marcelino, y que se halló en la cama donde murió el sabio polígrafo.

La pluma es la que venía usando el maestro en su biblioteca.

*
* *

Don Marcelino Menèndez Pelayo tuvo, además de los cargos y honores que hemos ya citado en anteriores páginas, los siguientes:

Jefe del Cuerpo de Archiveros, y como tal, vicepresidente de la Junta facultativa de Archivos, Bibliotecas y Museos.

Inspector de publicaciones de la Real Academia Española.

Presidente de la Diputación permanente en Madrid de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Caballero gran cruz de la Orden civil de Alfonso XII, desde 1902.

Esta condecoración, única que poseía Menéndez Pelayo, le fué otorgada en la primera promoción que de la misma se hizo, en 6 de Junio de 1902, en unión de los Sres. Montero Ríos, Echegaray y don Andrés Manjón.

* * *

Cuando quedó vacante la dirección de la Academia Española, por fallecimiento del conde de Cheste, los que pudiéramos llamar elementos liberales de la docta corporación, presentaron la candidatura de D. Marcelino para tan alto puesto. Pero los elementos de la derecha opusieron á ella la de D. Alejandro Pidal y Mon, que salió triunfante.

Esto le costó algunos sinsabores á Menéndez Pelayo. Un hombre como él, que nunca había anhelado cargo alguno, puso, sin embargo, en aquella ocasión gran empeño para ocupar la citada presidencia.

* * *

Otro motivo de disgusto tuvo D. Marcelino, hace unos seis años, con motivo del concurso que abrió la Academia Española para otorgar el premio de 12.000 pesetas del duque de Alba.

El tema sobre el que habían de versar los traba-

jos era "El teatro de Cervantes"; y tratándose de esta materia, fué nombrado D. Marcelino, como es natural, para formar parte de la Comisión encargada de examinar los estudios que se presentasen.

Estos fueron dos, únicamente, y uno lo firmaba el hijo del académico Sr. Cotarelo.

Lo cual no tenía nada de extraño, porque ninguna disposición prohibía presentarse á tal concurso á un hijo de un académico; pero sí lo tuvo el hecho de que, al ser examinado por la Comisión el trabajo del Sr. Cotarelo (hijo), observara ésta que las tres cuartas partes del manuscrito estaban trazadas de puño y letra del Sr. Cotarelo (padre).

Y en vista de ello acordó la Comisión reunirse y adoptar el acuerdo que procediera.

Convinieron los académicos que la formaban y entre ellos D. Marcelino, en que el trabajo era mediano y en que no tenía nada de original, y hasta parece ser que el Sr. Cotarelo (padre) confirmó que la letra de gran parte del manuscrito era suya, si bien todo el estudio habíalo hecho su hijo.

El premio, á pesar de todo y de la oposición decidida de Menéndez Pelayo, se otorgó al Sr. Cotarelo hijo, quedando el académico, padre de este autor, resentido con D. Marcelino.

Este resentimiento se tradujo en un incidente público á los pocos días.

Una noche, al llegar Menéndez Pelayo al restorán de Fornos para comer, se encontró con que á la puerta le estaba esperando el Sr. Cotarelo (padre).

Se acercó éste á D. Marcelino y bruscamente le interrogó en esta forma:

—¿Es cierto que usted ha dicho que el trabajo

presentado á la Academia por mi hijo estaba hecho por mí?

—Sí, señor.

—Pues eso es inexacto y yo no se lo tolero.

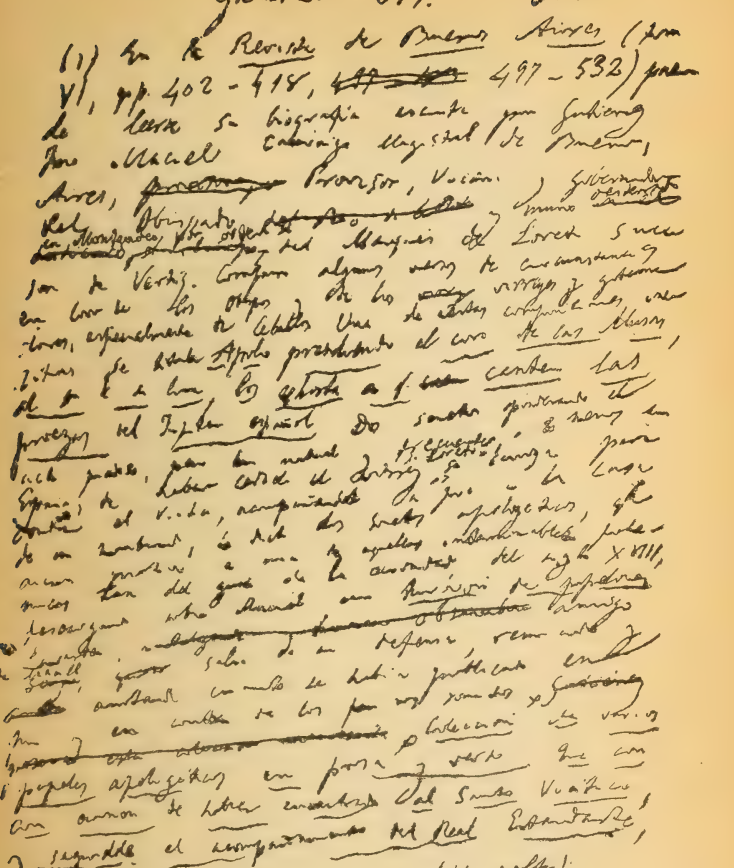
—Pues yo no sólo afirmo tal cosa, sino que además era malo.

Adquirió la disputa tonos más agrios, se acaloró el Sr. Cotarelo y levantó el paraguas que llevaba para descargarlo sobre D. Marcelino.

Este evitó el golpe y, tras rapidísima lucha, pues la gente intervino en el momento, se encontró con que tenía en la mano la mitad del paraguas de don Emilio.

Con ella penetró en el restorán y cenó. Pero, al salir y ver que conservaba aquel trofeo de la lucha, se encaminó al domicilio del académico Sr. Catalina, gran amigo de su rival, y le entregó aquel trozo del paraguas del Sr. Cotarelo, sin darle ninguna explicación de lo que había sucedido.

Claro está que este incidente no tuvo importancia de ninguna clase, y si se comentó entonces fué, únicamente, por la calidad de las personas que en él habían intervenido.



Una cuartilla de la "Historia de la poesía hispanoamericana", de puño y letra de Menéndez Pelayo

Capítulo XXXIV

Cómo queda la obra del sabio.

Catalina, editor de Menéndez Pelayo.—Lo que ocurrió durante muchos años.—La edición de las obras completas.—Nuevo editor.

Allá, por el año 1879, llegó D. Marcelino á un acuerdo con el ilustre académico Sr. Catalina para que éste le editara las obras que fuera escribiendo.

Se hizo un contrato y, en honor á la verdad, no fué este contrato muy ventajoso para Menéndez Pelayo.

Cierto es que el insigne maestro no se cuidó nunca de buscar la debida remuneración á sus trabajos; pero aun así, hubiera ganado mucho más dinero del que ganó con las ediciones de sus obras, de no haber existido el acuerdo á que llegó con el Sr. Catalina.

En virtud de este acuerdo quedó establecido, según las noticias que hemos adquirido por conductos autorizados, que el Sr. Catalina abonaría á D. Marcelino 500 pesetas por cada volumen que publicara de los trabajos del insigne polígrafo.

Y así fué. Exceptuando la *Historia de los heterodoxos españoles*, que, como ya hemos dicho, le produjo unas 15.000 pesetas, y algunos otros volúmenes por los que el Sr. Catalina le abonó 1.000 pesetas, como cantidad máxima estipulada en el contrato, los restantes tomos no le valieron más que 100 duros cada uno.

Y así, con este producto tan exiguo para D. Marcelino, se fueron publicando todas sus obras hasta poco tiempo antes de morir el maestro, en que recibió y aceptó ofrecimientos mucho más ventajosos para la edición de sus obras completas del acreditado editor D. Victoriano Suárez.

Como consecuencia del contrato que hizo con el Sr. Catalina, había perdido Menéndez Pelayo el derecho á editar aislados, sueltos, sus libros; pero en virtud de uno de los artículos de la ley de Propiedad intelectual, podía hacer por su cuenta ó por la de otro editor la edición completa de sus obras.

Y esta edición completa es la que contrató con D. Victoriano Suárez, con gran satisfacción y contento de D. Marcelino, á quien en diversas ocasiones se le oyó alabar la generosidad que para con él demostraba el nuevo editor. Pero la muerte le sorprendió en esa tarea de publicación de sus obras completas, apenas comenzada.

Claro es que se sigue haciendo, y sobre este asunto vamos á dar algunas noticias á los lectores.

Se ha dicho que Menéndez Pelayo dejó su obra incompleta. Esto no es exacto. Lo que ha dejado escrito, completo y bien completo está.

Lo que ocurre es que D. Marcelino iba ampliando sus obras con otras nuevas dentro de las mate-

rias de cada serie, y este propósito comenzado y que pensaba desenvolver en la edición de sus obras completas, es lo que queda sin realizar. A buen seguro también, si cien años hubiera vivido el insigne escritor, otras tantas veces hubiera rehecho ó reformado todos sus tomos, como hizo con el primero de la *Historia de los heterodoxos españoles*.

Pues bien; refiriéndonos ahora á su trabajo de autorrefundidor en la edición de sus obras completas, explicaremos cómo éstas quedaron á su muerte.

De la *Historia de los heterodoxos españoles* no dejó terminado más que el tomo primero. Del tomo segundo no hay más que once pliegos de un apéndice, que contiene textos latinos y griegos, algunos de Prisciliano.

Esos once pliegos los corrigieron juntos D. Marcelino y D. Adolfo Bonilla y San Martín.

El tercer tomo de las obras completas lo forma el primero de la *Historia de la poesía hispano-americana*. De este tomo corrigió Menéndez Pelayo hasta la página 427 inclusive. El resto lo corrigió el Sr. Bonilla, que venía ayudando en esa tarea al maestro. D. Marcelino corregía las primeras pruebas y D. Adolfo las segundas.

Esta obra, que en un principio la dió por terminada el maestro, al cabo del tiempo cayó en la cuenta de que faltaba algo, y este algo era *La Historia de la poesía en el Brasil*, y que había de constituir el tercero y último tomo. Alcanzaba hasta el año 1892, y estaba contentísimo de lo bien que se había documentado.

El cuarto tomo de las obras completas se acaba de encuadernar. Lo constituye el primero de la *His-*

toria de la poesía castellana en la Edad Media, y hay en él varios pliegos corregidos por Menéndez Pelayo.

El tomo quinto lo formará el segundo de esa *Historia*, para volver en el sexto á la *Historia de los heterodoxos españoles.*

Después, los tomos de una misma materia que formen serie, se publicarán seguidos. Esta división la dejó indicada D. Marcelino.

Del *Bibliógrafo hispanolatino clásico* (obra en la que trabajó D. Marcelino desde su infancia), sólo dejó la primera mitad del tomo primero, que consta aproximadamente de unas mil páginas.

La *Antología de poetas líricos españoles* queda como interrumpida en el tomo XIII, siendo el poeta catalán Juan Boscan á quien dedica íntegramente el volumen. En el tomo XIV, que pensaba escribir muy en breve, se habría ocupado de Garcilaso.

Y sin duda tenía alguna idea original sobre el desenvolvimiento de la poesía lírica en España, pues estaba muy entusiasmado con tal proyecto.

También tenía el pensamiento de terminar los dos tomos que siguen á los catorce de los prólogos á las obras de Lope de Vega, que publicó la Academia de la Historia, y no continuar escribiendo más para la citada Corporación.

Pensaba en cambio publicar tomos más baratos sobre estudios del teatro de Lope de Vega.

En la imprenta está el prólogo *De los orígenes de la novela: El asno de Apuleyo.*

La única obra que da por terminada es la *Historia de las ideas estéticas en España hasta fines del siglo XVIII*, por no llegar á los contemporáneos,

que evitó siempre, menos en la *Historia de los heterodoxos*.

Todo cuanto dejó escrito D. Marcelino Menéndez Pelayo verá la luz pública, pues de ello se ha encargado su ilustre discípulo el Sr. Bonilla y San Martín.

Capítulo XXXV

Dos cartas íntimas.

Contando su convalecencia.—La penúltima carta que escribió el maestro.—Sus grandes amores.—Los libros y el trabajo.

Gracias á la suma bondad de nuestros cariñosos amigos D. Adolfo Bonilla y San Martín y D. Antonio Graiño, podemos ofrecerles á los lectores estas dos cartas íntimas de D. Marcelino.

La primera está escrita diez y siete días antes de su muerte y habla en ella de su enfermedad.

La segunda es la penúltima carta que escribió el insigne maestro. La trazó en la cama, con mano temblona, ocho días antes de morir. ¡Y aún pedía más libros para seguir estudiando!

El fotograbado reproduce esas cartas fielmente.

¡Venga pronto el *Tristán*!

Santander, 2 de Mayo de 1912

Mi muy querido Bonilla: Ahora soy yo quien está en falta con Vd. puesto q. le debo contestación á tres cartas, pero Vd me perdonará con su bondad acostumbrada, haciéndose cargo de las intermitencias de esta pesadísima convalecencia q. á veces preocupan el ánimo, distrayéndole de lo q. más grato le fuera. Los médicos dicen q. adelanto mucho, y quisiera creerles, pero no acabo de recobrar el apetito y continúo atenido, á la ~~alimen~~ casi por completo á la alimentación líquida, q. sostiene, pero nutre poco. De esta inapetencia crónica q. no ha desaparecido la causa principal de mi hidropesía, q. es alguna perturbación en las funciones del hígado. De resultas he enflaquecido notablemente; cuando Vd me vea, le parecerá reconocer alguno de los pupilos del licenciado Cabra. Lo q. funciona normalmente es la cabeza, á Dios gracias, y mi an—

Solo dia dejo de cumplir muy
gustosamente la tarea. Al contra-
rio, cada dia me encuentro más
agil y dispuesto para el trabajo.
Tampoco del sueño puedo quejarme

M. Menendez y Pelayo

Santander, 11 de Mayo de 1912.

Sr. D.n Antonio Graiño

Mi muy querido amigo: Recibí días pasados el Clavijero, *Historia de Méjico*, después el primer tomo del Diccionario bibliográfico brasileño de Blake, con el anuncio de que vendrán pronto los demás, que serán un suplemento muy útil á los trabajos de Inocencio da Silva y sus continuadores. El segundo tomo de la *Historia de la poesía americana* quedará acabado muy pronto. Estoy añadiendo un pequeño apéndice con la noticia de algunas obras recientes ó que no habían llegado antes á mi noticia.

Un Sr. Oneca, que ha comprado el último lote del Marqués de Jerez, ó se ha

encargado de su venta, se descuelga con un catáloguito en q. hay verdaderas preciosidades. Quisiera ver si consigo alguna para mí o para la Biblioteca Nacional. No puedo precisar sin saber las pretensiones q. tiene. Quisiera saber lo q. pide por los números 7, 20, 21, 24, 77, 114, 132, 159, 164, 167, 189, 193.

Cariños recuerdos á nuestro Bonilla, y créame V. siempre su mejor amigo

M. Menéndez y Pelayo

Capítulo XXXVI

Más obras del maestro.

Principales trabajos que escribió y publicó desde 1891 hasta su muerte.

Interrumpimos la lista de las principales obras que había escrito D. Marcelino, al llegar al año 1891.

Para final de esta biografía ampliaremos esa lista con los trabajos más salientes que publicó el maestro insigne desde la citada fecha hasta días antes de su muerte:

"Obras de Lope de Vega", publicadas por la Real Academia Española, con prólogos de don Marcelino; catorce tomos.

Contestación al discurso de D. Antonio Mena y Zorrilla en su recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Contestación al discurso leído ante la Academia Española por D. Francisco Asenjo Barbieri.

"Ensayos de crítica filosófica".

Estudio crítico-biográfico sobre las "Obras literarias" del abate Marchena.

"Introducción" á los "Ensayos religiosos, políticos y literarios" de D. José María Quadrado.

Contestación de D. Marcelino al discurso leído ante la Academia de la Historia por el marqués de los Balbases.

"Antología de poetas hispano americanos".

"Prólogo" á las obras del duque de Villahermosa.

Contestación al discurso del marqués de Pidal en su recepción en la Academia Española.

Artículos críticos sobre los libros "Di alcuni versi italiani di autori spagnuoli dei secoli XV e XVI", por Benedetto Croce; "Intorno al soggiorno di Garcilasso de la Vega in Italia", por B. Croce; "Studi di storia letteraria italiana e straniera", por Francesco Flamini; "Peñas arriba", por D. José María de Pereda; "Barlaam and Joasaph in Spain", Memoria de F. de Haan; "L'immigrazione dei gesuiti spagnuoli letterati in Italia", Memoria de Vittorio Cian; "Italia e Spagna nel secolo XVIII.—Giovambattista Conti", Studi di Vittorio Cian.

"Estudios de Crítica literaria"; segunda serie.

"Luis Vives", traducción del alemán, revisada por D. Marcelino.

"Prólogo" á las poesías de D. Evaristo Silió.

Notas y adiciones de D. Marcelino á las "Obras completas de Quevedo", que ordenó, ilustró y publicó D. Aureliano Fernández Guerra.

Contestación al discurso leído ante la Academia Española por D. Benito Pérez Galdós.

"Propaladía de Bartolomé de Torres Navarro", estudio crítico de D. Marcelino.

"Estudios de Crítica literaria"; tercera serie.

"Prólogo" á "El filósofo autodidacto de Abento Fail", novela traducida del árabe por D. Francisco Pons.

"Introducción" á "La Celestina", de Fernando de Rojas.

"Bibliografía hispano-latina clásica".

"Estudio preliminar" á la "Historia de la Literatura española desde los Orígenes hasta el año 1900", de Jaime Fitzmaurice-Kelly, traducida del inglés y anotada por D. Adolfo Bonilla y San Martín.

Contestación al discurso leído por D. Ramón Menéndez Pidal ante la Academia Española.

Discurso leído en el palacio de la Biblioteca con motivo de la entrada en la mayor edad de D. Alfonso XIII.

"Prólogo" á las "Poesías líricas y dramáticas", del marqués de Valmar.

Contestación al discurso leído por D. José María Asensio y Toledo ante la Academia Española.

"Prólogo" á tres comedias de Alonso de la Vega.

Discurso leído en la solemne fiesta literaria celebrada en el Museo provincial de Bellas Artes el 5 de Diciembre de 1904 para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la definición dogmática del Misterio de la Inmaculada.

Discurso acerca de Cervantes y el "Quijote", leído en la Universidad Central en 8 de Mayo de 1905.

"El ingenioso hidalgo Don Qvixote de la Mancha", compuesto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas; nueva edición cotejada con la original, publicada en Tarragona en 1614, anotada y precedida de una "In-

troducción" por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

"La Epopeya castellana en la Edad Media: El Cid".

"Orígenes de la Novela".

"Estudios de Crítica literaria"; cuarta serie.

"Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana", escogidas por Menéndez Pelayo.

"Preámbulo" á la obra "Hermosura de la Naturaleza y sentimiento estético de ella", del arzobispo de Quito.

"Estudios de Crítica literaria"; quinta serie.

"Prólogo" á los estudios literarios de D.ª Blanca de los Ríos, titulados "Del siglo de Oro".

Contestación al discurso leído por D. Adolfo Bonilla y San Martín ante la Academia de la Historia.

"Dos palabras sobre el centenario de Balmes", discurso leído en la sesión de clausura del Congreso Internacional de Apologética el día 11 de Septiembre de 1910.

Discurso leído por el Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, delegado regio, en el acto de la inauguración del monumento á D. José María de Pereda, 23 de Enero de 1911.

Discurso leído por D. Marcelino Menéndez Pelayo, presidente de la Subcomisión del Certamen eucarístico, en la fiesta literaria del 26 de Junio de 1911.

"Obras completas de M. Menéndez Pelayo: I. Historia de los Heterodoxos españoles"; segunda edición, refundida; tomo II. Madrid, Librería general de Victoriano Suárez.

"Obras completas de M. Menéndez Pelayo: II. His-

toria de la Poesía hispano-americana"; tomo I. Madrid, Librería general de Victoriano Suárez.

Ya hemos dicho en anteriores páginas que estas notas bibliográficas de la obra de D. Marcelino son incompletas, y que las consignamos con el propósito únicamente de que el lector se forme idea de la prodigiosa labor del maestro.

Los que deseen consultar una bibliografía completísima de Menéndez Pelayo, con fechas y noticia de ediciones y de imprentas, acudan á la que tiene publicada D. Adolfo Bonilla y San Martín, que es notable en extremo.

INDICE

	Páginas
Dedicatoria	7
Menéndez Pelayo	9
CAPÍTULO PRIMERO.—La cuna del maestro	11
— II.—El bachillerato	16
— III.—La Carrera de Filosofía y Letras.	23
— IV.—De la vida en la Corte.	33
— V.—El Doctorado	31
— VI.—Viajes por el extranjero	35
— VII.—Una polémica y una obra	52
— VIII.—La cátedra	55
— IX.—Una aventura inaudita	65
— X.—El poeta	72
— XI.—Académico de la Lengua	77
— XII.—Académico de la Historia	81
— XIII.—Menéndez Pelayo, político	86
— XIV. — Unico discurso parlamentario de Menéndez Pelayo	92
— XV.—Vida de estudio	100
— XVI.—Los educadores de Menéndez Pelayo	114
— XVII.—Menéndez Pelayo, filósofo	125
— XVIII.—Más de la labor del genio	135
— XIX.—Académico de Ciencias Morales y Políticas	141

Páginas.

CAPÍTULO XX.—Cambio de domicilio 143
— XXI.—Menéndez Pelayo en la cátedra. 148
— XXII.—Director de la Biblioteca Nacional 152
— XXIII.—Académico de Bellas Artes... 160
— XXIV.—Menéndez Pelayo, íntimo..... 162
— XXV.—La tertulia de la Academia.... 169
— XXVI.—La memoria de D. Marcelino. 172
— XXVII.—La luz del genio se apaga.... 178
— XXVIII.—El entierro..... 186
— XXIX.—El testamento de Menéndez Pelayo..... 191
— XXX.—El sabio..... 197
— XXXI.—El hombre..... 203
— XXXII.—Rasgos y anécdotas dél maestro..... 215
— XXXIII.—Ultimas notas,..... 229
— XXXIV.—Cómo queda la obra del sabio..... 237
— XXXV.—Dos cartas íntimas..... 242
— XXXVI.—Más obras del maestro..... 247

208 - 9, 210, 212, 219, 226, 232, 234, 239
233, 237, 60, 102, 165, 173, 174

Menéndez y Pelayo, Marcelino 292202
Author Anton del Olmet, Luis and Carrafa, Arturo García
Title Menéndez Pelayo.
LS
M 5427
.Yan
DATE.
NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU